

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº4

ABRIL 2008



NUESTRA PORTADA:

Cristo de las batallas

Iglesia parroquial de Santa María la Mayor de Verín

Anónimo. Escuela vallisoletana cercano a Gregorio Fernández, siglo XVII. Madera policromada.

Procede de la iglesia de la Compañía de Jesús de Monterrei.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI

Abril 2008

Nº 4

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

- Saludo del Sr. Obispo para una exposición organizada por la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica Miño de Ourense 527
- Actividades del Sr. Obispo 529

IGLESIA DIOCESANA

- Secretaría General
- Nombramientos 535
- Vicaría de Pastoral
- Delegación de liturgia. Las celebraciones dominicales a la espera del sacerdote, en los últimos documentos (Información al Colegio de Arciprestes en la Diócesis)..... 535
- Conferencia de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona, Obispo de Tudela y Director de OMP en España 541

IGLESIA EN ESPAÑA

- Conferencia Episcopal Española
- Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social “Los medios: instrumentos de esperanza” 551
- Mensaje de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar “Laicos cristianos: sal y luz del mundo” ... 555
- Mensaje del Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada. Jornada Pro Orantibus ... 560

IGLESIA UNIVERSAL

- Santo Padre Benedicto XVI
- Regina Caeli 565
- Audiencias Generales..... 571
- Cartas..... 579
- Mensajes 580
- Discursos..... 585
- Homilías 599
- Viaje apostólico a Estados Unidos de América y Organización de las Naciones Unidas 612

CRÓNICA DIOCESANA

- Abril..... 689



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES

**Saludo del Sr. Obispo
para una exposición organizada por la Sociedad Filatélica, Numismática y
Vitolfilica Miño de Ourense**

El Cardenal Quiroga, amigo admirado en Ourense y en Santiago

Me alegra que la figura tan grande de D. Fernando Quiroga Palacios merezca la atención agradecida de vuestra Sociedad.

Me alegra como Obispo de Ourense, en cuya tierra nació y ejerció generoso un fecundo apostolado y como compostelano que le conoció y le admitió cuando en aquella iglesia ejerció con tanto acierto pastoral su ministerio.

Tremendamente humano y cercano, al tiempo que sabedor que toda la fuerza viene de quien es Padre y dador de todo bien.

No se imaginaría el sencillo muchacho de Maceda, el estudioso seminarista de Ourense, que pasando el tiempo se iba a asomar a esa ventana prestigiosa que es cada sello. Cuando él vivió, sólo

era patrimonio de los altos representantes de la autoridad y de contados personajes ese privilegio. Y, por ello, hoy estaría por un lado confundido y, por otro, agradecido por vuestro recuerdo generoso. Permitidme, por tanto, que os felicite por la iniciativa y que, en su nombre, os agradezca la deferencia.

Él sin duda querría, y yo también lo deseo, que si ponéis su luz, con imagen del Evangelio, encima del candelero, sea para alumbrar a todos los de casa con el recuerdo de un hombre bueno, con un corazón de oro y que ese recuerdo nos haga a todos mejores y más generosos.

Os saluda y bendice con afecto vuestro Obispo.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Saúdo do Sr. Bispo
para unha exposición organizada pola Sociedade Filatélica, Numismática e
Vitolfilica Miño de Ourense

O Cardenal Quiroga, amigo admirado en Ourense e en Santiago

Alédame que a figura tan grande de D. Fernando Quiroga Palacios mereza a atención agradecida da vosa Sociedade.

Alédame como Bispo de Ourense, en cuxa terra naceu e exerceu xeneroso un fecundo apostolado e como compostelán que o coñeceu e o admitiu cando naquela igrexa exerceu con tanto acerto pastoral o seu ministerio.

Tremendamente humano e próximo, ó tempo que sabedor que toda a forza vén de quen é Pai e dador de todo ben.

Non se imaxinaría o sinxelo rapaz de Maceda, o estudoso seminarista de Ourense, que pasando o tempo íase asomar a esa xanela prestixiosa que é cada selo. Cando el viviu, só era patri-

monio dos altos representantes da autoridade e de contados personaxes ese privilexio. E, por elo, hoxe estaría por un lado confundido e, por outro, agradecido pola vosa lembranza xenerosa. Permitídmeme, polo tanto, que vos felicite pola iniciativa e que no seu nome vos agradeza a deferencia.

El sen dúbida querería, e eu tamén o desexo, que se poñede-la súa luz, coa imaxe do Evanxeo, encima do candeeiro, sexa para alumar a tódolos da casa coa lembranza dun home bo, cun corazón de ouro e que esa lembranza se nos faga a todos mellores e máis xenerosos.

Saúdavos e bendivos con afecto o voso Bispo.

+ Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

MARZO

- Días 24-29: Peregrinación de Sres. Obispos a Galilea con el Movimiento del Camino Neocatecumenal.
- Día 30: Preside la Celebración Eucarística y administra el sacramento de la Unción de enfermos en la Residencia de Os Gozos con motivo de la fiesta de su Patrona.
Celebración del Acies de la Legión de María en la Parroquia del Sagrado Corazón.

ABRIL

- Día 5: Reunión con los profesores de Religión y homenaje a los que se jubilan en los Milagros.
- Día 6: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Eulalia de León con motivo de las obras de restauración en el templo.
- Día 8: Reunión del Consejo Episcopal.
Asiste a la Conferencia pronunciada por el Rvdo. D. José Ramón Hernández Figueiredo, y el Hno. Eligio Rivas Quintas, CM. que tuvo lugar en el Centro Cultural de la Diputación *en el CL aniversario de la llegada de las Hermanas.*
- Día 9: Asiste a la Conferencia pronunciada por el Sr. Arzobispo de Pamplona - Tudela Mons. Francisco Pérez González sobre la Encíclica del Papa "Spe Salvi" en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 10: Asiste al Acto de presentación "De casa al cole, del cole al trabajo. Tres experiencias en desarrollo" organizado por el Comité local de Ourense de la Fundación Taller de Solidaridad en el salón de actos de Caixanova.
- Día 11: Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.
- Día 12: Saluda a un grupo de niños de la Diócesis que visitan el Seminario Menor.
Preside la Misa de Acción de gracias en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours con motivo del 150º aniversario de la llegada de las Hijas de la Caridad a Ourense.

- Día 13: Preside la Celebración Eucarística en San Adriano de Cexo.
- Día 16: Reunión con el Patronato de la Fundación Baoquivi.
- Día 17: Asiste al Pincho solidario de Manos Unidas.
Preside la Presentación de la publicación “Moral y Política den Quedo” del fallecido D. Celso Pérez Carnero en el Centro Sociocultural de la Fundación Caixa Galicia.
- Día 18: Asiste al curso de Doctrina Social de la Iglesia en el Seminario Mayor.
- Día 19: Preside la Celebración Eucarística a los miembros de la Asociación de Viudas de Galicia en la S. I. Catedral.
Asiste al XXXIX Festival Juvenil de la Canción Misionera en el Auditorio.
- Día 20: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Eufemia a los feligreses y a los niños que van a participar en el Festival Infantil.
Asiste al XXX Festival Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio.
- Día 22: Preside la Celebración Eucarística a los miembros de la Asociación Grupo de mayores de Telefónica de Galicia y Asturias en la S. I. Catedral.
- Día 23: Reunión de Arciprestes en el Seminario Mayor.
- Día 24: Asiste al Acto inaugural del congreso “O Camiño de Santiago para o século XXI. O Camiño do Sueste-Vía da Prata” en el Auditorio.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **10 de abril de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. Sr. D. Camilo Rey Rodríguez**, como Administrador parroquial de San Pelagio de Trado y Administrador parroquial de Santa María de Condado; y del **Rvdo. Sr. D. Emilio Román Estévez**, como Administrador parroquial de San Verísimo de Pontedeva y Administrador parroquial de Santa María de Freáns.

Con fecha **28 de abril de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. Sr. D. José Emilio Casal Selas**, como Administrador parroquial de Santa Eulalia de Berredo, Administrador parroquial de San Martín de Berredo y Administrador parroquial de San Miguel de Berredo.

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE LITURGIA

**Las celebraciones dominicales a la espera del sacerdote,
en los últimos documentos**

(Información al Colegio de Arciprestes en la Diócesis)

Las Asambleas dominicales en ausencia de presbítero (=ADAP) o a la espera de presbítero es un tema recurrente en muchos documentos de la Iglesia, en estos últimos 25 años. Ofrecemos un repaso por *tres* de los más importantes y recientes para iluminar el tema al Colegio de Arciprestes de la diócesis, en orden a orientar a los fieles y a los demás sacerdotes. Este encuentro para estudiar el

tema ha tenido lugar el 23-IV-2008. Ha sido presidido por el Sr. Obispo, D. Luís Quintero Fiuza, que en el momento de la exposición de las aportaciones de los grupos precisó diversos aspectos e indicó determinadas líneas concretas. El hecho de la avanzada edad de los sacerdotes, el menor número de los que están en activo con mayor número de parroquias, la insuficiencia de vocaciones sacerdotales,

la escasez de fieles en las parroquias de tipo rural y la distancia o mala comunicación entre algunas dificulta y hace imposible celebrar la Eucaristía dominical en algunas comunidades.

Ello nos obliga a buscar soluciones, aunque sean temporales en orden a garantizar que en todas las comunidades cristianas se mantenga “de algún modo” la celebración del “dominicum”, asegurando la reunión de la comunidad cristiana. Para la Iglesia es claro que, si una comunidad cristiana no se reúne en el día del Señor se enfría en su fe y termina perdiéndola. De ahí la importancia de una reflexión a nivel diocesano sobre los documentos de la Iglesia al respecto, en orden a una concientización de los sacerdotes y comunidades y a ofrecer una ayuda adecuada a los pastores y parroquias que sufren tales dificultades. Veamos los mencionados documentos.

1) La *Instrucción “Ecclesiae de mysterio” sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes* (15-VIII-1997)¹.

Este documento además de la precisión que reclama en la denominación de los ministerios y los temas de fondo que inciden en los animadores de las *celebraciones* dominicales en ausencia de presbíteros (sic!) (=CDAP), trata expresamente el tema en el artículo 7. El texto se refiere en *primer lugar* a los *guías* de las celebraciones dominicales, “fieles no ordenados”, por faltar pres-

bíteros o diáconos. Señala que se trata de un “servicio, válido cuanto delicado”, que ha de desarrollarse conforme al espíritu y las normas emanadas de la competente autoridad eclesiástica (Código, cn 1248, 2; Inter Oec.; Dir.). Para *animar* estas celebraciones, el fiel no ordenado debe tener un *especial mandato* del Obispo, que dará las indicaciones oportunas sobre la: duración, lugar, condiciones y presbítero responsable.

Las CDAP, cuyos textos deben estar aprobados por la autoridad eclesiástica competente, son siempre “soluciones temporales”.

No se insertarán nunca en la estructura de tales celebraciones “elementos propios de la liturgia sacrificial” (sobre todo la Plegaria eucarística), aunque sí en forma narrativa, para no confundir a los fieles. Por eso, *se debe recordar* a los que participan, que tales celebraciones *no sustituyen* al Sacrificio eucarístico y que el precepto festivo se cumple (cuando se puede hacer) sólo participando en la Misa (CDC, cn 1248). Por eso, donde las distancias o las condiciones físicas lo permitan, los fieles *deben ser estimulados y ayudados* todo lo posible para cumplir con el precepto.

2) En la *Dies Domini* de Juan Pablo II (31-V-1998)² se trata este tema en el n 53. El Papa encuadra el tema:

- como un “problema” de las parroquias que no tienen un sacerdote para celebrar la Eucaristía dominical;

- el *contexto* es el de las Iglesias jóvenes donde un sacerdote es el responsable de los fieles de un territorio extenso, pero también en los países de secular tradición cristiana, donde el sacerdote no puede hacerse presente en cada comunidad.

- Dado el caso de la *imposibilidad* de la celebración eucarística, la Iglesia *recomienda* convocar ADAS (sic!) (Cf. Cn 1248, 2) conforme a las indicaciones y directrices de la Santa Sede. De su aplicación son responsables las Conferencias Episcopales (Cf. SCCD, *Directorio "Christi Ecclesia"* para las celebraciones dominicales en ausencia del sacerdote, 2- VI-1988)³.

- Juan Pablo II precisa con claridad el *objetivo* a perseguir por parte de la pastoral: "debe seguir siendo la celebración del sacrificio de la Misa, única y verdadera actualización de la Pascua del Señor, única realización completa de la asamblea eucarística que el sacerdote preside *in persona Christi*, partiendo el pan de la Palabra y de la Eucaristía".

- El papa exhorta a tomar "todas las medidas pastorales que sean necesarias para que los fieles que están privados habitualmente, *se beneficien de ella* lo más frecuentemente posible". Para ello se facilitará "la presencia periódica de un sacerdote" y "aprovechando todas las oportunidades para reunirlos en un lugar céntrico".

3) En la *Sacramentum caritatis* de Benedicto XVI (22-II-2007)⁴ se trata el

tema de las *Comunidades cristianas* en ausencia de sacerdote (sic!) (=CCAS), en el contexto de la profundización en el sentido de la celebración dominical para la vida del cristiano. Se habla explícitamente de la *imposibilidad* de celebrar la santa Misa en el día del Señor. Las *situaciones reales* son muy diferentes entre sí.

- El Sínodo, ante todo, *ha recomendado* a los fieles acercarse a una de las iglesias de la diócesis, en la que se garantice la presencia del sacerdote, aún con sacrificio.

- Donde las grandes distancias hacen imposible en la práctica participar en la Misa dominical, es importante que las comunidades cristianas se reúnan igualmente (para alabar a Dios y hacer memoria del día dedicado a Él). Se hará esto "en el contexto de una *adecuada instrucción* acerca de la diferencia entre la santa Misa y las asambleas dominicales en ausencia de sacerdote".

- La Jerarquía (Obispo, presbíteros) vigilará para que la celebración de la Palabra (bajo la dirección de un diácono o responsable de la comunidad, por la autoridad competente) se desarrolle conforme a un ritual específico, elaborado por las Conferencias episcopales y aprobado por ellas para este fin.

- Corresponde a los *Ordinarios* conceder la facultad de distribuir la comunión en tales liturgias, "valorando cuidadosamente la conveniencia de la opción".

- Se *evitará* que tales “asambleas provoquen confusión sobre el papel central del sacerdote y la dimensión sacramental en la vida de la Iglesia”. La importancia de los laicos (se les mostrará gratitud) nunca ha de ocultar el ministerio insustituible de los sacerdotes para la vida de la Iglesia.

- Se vigilará con atención que las asambleas sin sacerdote no den lugar a *puntos de vista eclesiológicos en contraste* con la verdad del Evangelio y la tradición de la Iglesia. Deberían ser *ocasiones privilegiadas* para pedir a Dios que envíe santos sacerdotes. La evocación de la *Carta a los sacerdotes* del Jueves Santo 1979, de Juan Pablo II (poner la estola sobre el altar mientras el pueblo recitaba las oraciones de la liturgia eucarística, guardando silencio en el momento de las palabras consecratorias, que sólo puede pronunciar con eficacia el sacerdote).

- Benedicto XVI, consciente del bien que se deriva de la Eucaristía, *pide a todos los sacerdotes* una activa y concreta disponibilidad “para visitar lo más a menudo posible las comunidades confiadas a su atención pastoral, para que no permanezcan demasiado tiempo sin el sacramento de la caridad”.

Sintetizando señalaremos como subrayados, éstos:

1) *Hay una cierta diversidad en el lenguaje* y la Jerarquía de la Iglesia busca *precisar este lenguaje*, cuando se refiere a los responsables de la ejecución de las cele-

braciones dominicales y/o festivas. *Debe evitarse* llamarles ministros, pastores, etc. *Se recomienda llamarles* guías, responsables, ministros no ordenados, animadores, servidores. *Hay fluctuación* en el nombre de tales celebraciones: asambleas, celebraciones de la Palabra, liturgias; en ausencia del presbítero o sacerdote o también a la espera del mismo. *Preocupa* la *divergencia* en el lenguaje, pues de ahí puede brotar la primera confusión. Al presentar a los responsables ¿Qué vocabulario se adopta? ¿Procuramos que nos entienda la gente? ¿Ponemos en claro lo que es un servidor no ordenado y lo que es el sacerdote ordenado?

2) Se han de *agotar todos los medios* para hacer que los fieles participen de la celebración dominical en una comunidad que tenga sacerdote. La *única y verdadera* actualización de la Pascua, la *única realización completa* de la asamblea eucarística es la celebración de la Eucaristía, presidida por un sacerdote. *Sólo con ella se cumple con el precepto dominical*. Por eso, toda persona que pueda participar en la Eucaristía, en cualquier Iglesia donde celebra un sacerdote, debe hacerlo y ello es lo óptimo. Sólo cuando esto sea *imposible* se han de establecer las asambleas dominicales en ausencia o a la espera del sacerdote. ¿Insistimos suficientemente en la importancia para la vida cristiana de participar en la santa Misa? ¿Mostramos con claridad a los fieles que la Eucaristía dominical no puede dejarse si no es por causa grave? ¿Tienen claro los fieles que faltar a misa

el domingo sin motivo serio constituye una falta seria?

3) *Se insiste* mucho en las *condiciones y normas* para establecer estas celebraciones en una diócesis. La iniciativa es de la SCCDDS, del CDC, de los Papas y del Sínodo. Las ADAP no son algo nacido de la moda o de iniciativas privadas. La Conferencia Episcopal, el Obispo diocesano o el Ordinario y el Presbiterio deben determinar las orientaciones concretas. (Cf. CCDDS, *Instruc. Sacramentum redemptionis* (25-III-2004) nn 162-167)⁵. El *mandato especial* a la persona (estudiada su idoneidad y formándoles, cf. *Instruc. Interdic.* n 13) corresponde al Ordinario; él determina el tiempo de esta misión, el lugar, siempre en coordinación con un presbítero, con el cual trabajará el enviado. Hay una preferencia por el *diácono* antes que por el ministro no ordenado. Esto plantea la oportunidad de los diáconos permanentes, como ministerio más comprometido con la Iglesia en orden a la ayuda de los sacerdotes. (Podrían ejercer ordinariamente el ministerio de distribuir la Comunión, atender a los enfermos, asistir a los matrimonios, las exequias a falta del presbítero, manteniendo siempre la normativa de la Iglesia (Cf. *Instruc. interdicasterial* nn 8-10; 12).

En la práctica, todo esto se encuentra en el *Directorio* de la SCCD y del Secretariado Nacional de Liturgia. ¿Se ha asumido la normativa al respecto

de la Iglesia? ¿Se ha revisado con cierta periodicidad? ¿Cómo se ve la oportunidad del diaconado permanente en la diócesis? ¿No habría que ir pensando en ello? En otras diócesis se ha implantado.

4) *Se insiste también* en que, antes de establecer las ADAP, preceda una *instrucción seria* a los fieles, en orden a distinguir las celebraciones de la Palabra guiadas por un diácono o ministro no ordenado y la celebración de la Eucaristía, presidida por un presbítero.

Es preciso explicar bien el *papel insustituible* (*Instruc. interdicasterial* n 3) del sacerdote, en orden a la Eucaristía y la dimensión sacramental en la vida de la Iglesia. Prevenir frente a concepciones eclesiológicas contrarias al Evangelio y a la tradición de la Iglesia. No deben insertarse en la celebración de la Palabra elementos de la liturgia eucarística y nunca de la Plegaria eucarística. El Ordinario es quien tiene facultad para autorizar la distribución de la comunión en estas celebraciones, valorando adecuadamente la conveniencia de esta opción. ¿Hemos ofrecido una instrucción seria de la comunidad antes de establecer las ADAP? Los sacerdotes en general ¿nos preparamos para recibir gustosamente esta aportación de las ADAP? ¿Qué experiencia tenemos de la comunión eucarística en estas celebraciones? ¿Por qué en ocasiones hay recelos frente a las ADAPS? Si no hay recelos ¿Por qué no se prepara gente para ello o se insiste en la necesidad de hacerlo?

5) Hay una *llamada muy clara a los pastores* de las comunidades que en domingo y festivos se ven privadas de la celebración de la Misa. Se les invita a visitarlas asiduamente, celebrarles periódicamente la Eucaristía (en días feriales o valiéndose de sacerdotes de fuera). Deben aprovechar todas las posibilidades y medios para “resarcir” de la carencia del domingo, ofreciéndoles la celebración de la Eucaristía lo más frecuentemente posible. Por eso, les pide encarecidamente el Sínodo que estén disponibles activa y concretamente. Es algo que se ve *muy necesario* para mantener la vida cristiana en esas comunidades y ayudar a los fieles a sentirse Iglesia y amados por la Madre Iglesia. ¿Cuál ha sido la actitud pastoral de los sacerdotes en cuyas parroquias tienen lugar las ADAP, durante la semana? Por aquí puede fallar esta pastoral. ¿Cuál es la actitud de los demás sacerdotes a la hora de ofrecerse, en la medida de lo posible, a celebrar la Eucaristía? ¿Nos hacemos la pregunta, sobre todo los de la ciudad, sobre la disponibilidad?

Ramiro González Cougil.
Delegado Diocesano de Liturgia

6) Estas celebraciones deben ser *momentos especiales* para fomentar en los fieles el deseo, acompañado de una oración fervorosa, por *las vocaciones sacerdotales*. Cuando el pueblo celebra la Palabra de Dios, que reclama con normalidad la mesa eucarística, los fieles no pueden sino echar de menos al sacerdote y clamar al Señor que de a su Iglesia sacerdotes según su corazón. El caso de comunidades que ponían la estola sobre el altar..... Y son celebraciones *a la espera* del sacerdote. Las ADAP son una respuesta pastoral temporal o “soluciones temporales” importantes, pero también delicadas. Tan importantes como delicadas (valorar al laico, pero dejar claro que el sacerdote es insustituible en la comunidad cristiana).

¿Se han entendido y se entienden así?
¿Se cuidan por parte de los sacerdotes que acogen a los guías de las mismas? ¿Se crea la mentalidad de que son soluciones incompletas y temporales? Pero ¿En nuestra diócesis se va creando conciencia de que necesitamos ya guías para estas celebraciones y ponerlas en práctica?

NOTAS

- 1 *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes* (Librería editrice vaticana , Ciudad del Vaticano 1997)
- 2 Juan Pablo II, *El día del Señor. Carta Apostólica Dies Domini* (Edic. Palabra, Madrid 1998).
- 3 Coeditores litúrgicos 1992.
- 4 San Pablo, Madrid 2007.
- 5 Edic. Palabra, Madrid 2004.

Conferencia de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona,
Obispo de Tudela y Director de OMP en España (9 de abril 2008)

*La fuerza de la esperanza, luz para el camino
(La vida no acaba en el vacío)*

El día 30 de noviembre del año 2007 firmó el Papa su segunda carta encíclica que trata acerca de la esperanza cristiana. El documento de algo menos de ochenta páginas, dividido en ocho partes, muestra con brillantez lo que es la esperanza cristiana. La primera carta encíclica versó sobre la caridad; y a algunos les ha venido a la mente la suposición, por otra parte razonable, de que una próxima podría ser sobre la fe. Notar, sin embargo, que el Papa no separa la fe y la esperanza en esta carta.

En las vísperas del primer domingo de Adviento en la basílica de San Pedro, en la homilía, dijo Benedicto XVI que estaba contento de poder ofrecer esta encíclica al comienzo del tiempo de Adviento, que es por excelencia el tiempo de la esperanza. Al preparar la fiesta del Nacimiento del Salvador reavivamos la esperanza de su retorno glorioso. Es una coincidencia que debemos aprovechar pastoralmente también nosotros.

La encíclica es un documento muy rico, que merece ser leído y releído; cuando sufrimos una inflación de escritos, no es fácil detectar cuáles deben ocupar nuestra atención y de cuáles podemos prescindir sin perder gran

cosa; la limitación de nuestro tiempo nos obliga a ejercitar esta especie de discernimiento de las lecturas.

¿Qué es una carta “encíclica”? Es una carta solemne que dirige el Papa a todos los obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y a todos los fieles laicos. “Encíclica” quiere decir “circular”, de círculo (*kyklos*), es decir, dirigida a todos los católicos, al orbe católico, a los que moran en toda la redondez de la tierra. Las encíclicas tienen muchos destinatarios; aunque no entendamos todo, no pensamos que no se debía decir tal cosa en este escrito.

Se advierte en Benedicto XVI un estilo personal en sus encíclicas publicadas hasta ahora. Es su estilo claro, bello, sencillo, dotado de argumentos para excluir y para afirmar, reflexivo y espiritual; une elementos bíblicos con otros de los Padres de la Iglesia, de la historia del pensamiento y de la cultura, -haciendo oportunas clarificaciones de posibles oscurecimientos introducidos en la conciencia de muchos cristianos, confusiones que vienen de lejos y a veces minan el terreno debajo de los pies, para vivir y anunciar el Evangelio-, con otros de orden más vivencial y pastoral. Así ocurre en esta carta como en la primera.

Está distribuida la materia en diferentes apartados, que uniéndose uno a otro, nos van presentando el panorama original, salvífico, rescatado de confusiones y alentador de la esperanza cristiana. Todos, podemos leer la carta con gran provecho; merece la pena hacer un esfuerzo porque quedará muy bien compensado.

Parece que se puede comprender el contenido y la estructura de la encíclica en los siguientes apartados:

1. *La fe y la esperanza en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva* (cf. nn. 2, 9 y 10). Avanza pedagógicamente formulando preguntas al hilo de la exposición.

2. Plantea unas cuestiones sobre qué *es la vida eterna y si la esperanza cristiana es individualista* (nn. 10-15). La modernidad criticó la manera concreta de presentar la Iglesia la esperanza cristiana y la orilló; con el discernimiento que hace el Papa de las acusaciones padecidas por la esperanza cristiana, se plantea de nuevo *la verdadera fisonomía de la esperanza cristiana* (nn. 24-31). Estos apartados deben ser concebidos como una unidad.

3. *“Lugares” de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza* (nn. 31 y 32 ss). Tiene este apartado un sentido exhortatorio, animador espiritual de la esperanza y hermenéutico de los “novísimos”.

4. *María, estrella de la esperanza* (nn. 49-50) abrió con su “sí” las puertas del

mundo a Dios y es para nosotros luz en el camino.

La clave, (“el núcleo de la respuesta”, n. 3), reside en un versículo de *Ef. 2, 12* en que Pablo recuerda a los destinatarios de su carta que «antes de abrazar la fe en Cristo, se hallaban “sin esperanza y sin Dios” en este mundo. Esta expresión, ha comentado el Papa en las vísperas del día 1 (día de Todos los Santos y Fieles Difuntos), es más que nunca actual para el paganismo de nuestros días: podemos relacionarla en particular con el nihilismo contemporáneo que corroe la esperanza en el corazón del hombre, induciéndolo a pensar que dentro de él y a su alrededor reina la nada: nada antes del nacimiento, nada después de la muerte. En realidad, si falta Dios, desaparece la esperanza».

Podemos explicitar el significado del nihilismo (expresión derivada de la palabra latina “nihil” que significa nada) de la manera siguiente: Negación de todo principio religioso, social y político; nada merece realmente la pena; todo es apariencia y engaño, todo causa fatiga y defrauda. Traduzcámoslo a un lenguaje más cercano: Todo carece de valor, campa a sus anchas el absurdo que “desvaloriza” todos los valores. La salida consistiría en disfrutar “a tope” y pasarlo bien; haber disfrutado es lo que el hombre se lleva de la existencia al sepulcro.

El nihilismo generalizado siembra relativismo. Venimos de la nada y

después de cierto tiempo desembocamos en la nada. Comamos y bebamos, que mañana moriremos. Es oportuno reflexionar sobre la aserción del cardenal Daneels arzobispo de Malinas-Bruselas: “Después de la sociedad de la producción y de la sociedad de la diversión habríamos entrado en la sociedad de la depresión”; es una secuencia penosa y triste. Según la OMS, un promedio de TRES MIL personas se suicidan cada día. El suicidio es responsable de más muertes al año que el conjunto de todas las guerras y los homicidios que asolan al mundo. En España, según los datos que baraja la Sociedad Española de Medicina General (SEMG), se estima que se producen CUATRO MIL QUINIENTOS suicidios al año (10,7 por cada CIEN MIL habitantes).

En cambio, la vida esperanzada y serena se asienta sobre un fundamento firme en un horizonte de amplio respiro recorrido con amor y sobriedad. El Papa subraya que “en esperanza fuimos salvados” (*Rom. 8,24*) y destaca como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen futuro puesto que su vida no acaba en el vacío.

El texto de *Ef. 2, 12*: “*Vivíais entonces sin Cristo, erais ajenos a la ciudadanía de Israel, extraños a la alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*”; aparece repetidas veces en la encíclica. ¿Qué esperamos? El Papa alude a esperanzas pequeñas y a la esperanza grande; aquéllas se dirigen a

metas concretas que se unen a veces a determinadas etapas de la vida humana: Adquirir una profesión, conseguir un trabajo digno y estable, formar un hogar, tener hijos... Pero la persona va siempre más allá en el dinamismo de su esperanza, que no queda amortizada cumplidamente en las metas alcanzadas en el camino.

Si no existe esa esperanza grande y trascendente o si se la identifica con metas parciales, sobreviene al hombre y a la mujer la rutina, el desencanto, el sin-sentido de las pérdidas, de los fracasos, de la decrepitud, de la muerte. “La esperanza verdadera y cierta está fundada en la fe en Dios Amor, Padre misericordioso”. El que encuentra a Dios revelado en Jesús, entregado a nosotros por amor, muerto por nuestros pecados, resucitado y vivo para siempre, y cree en Él, ha hallado la fuente inagotable de la esperanza. Ni la presencia de la muerte anula la esperanza depositada en Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo.

La esperanza en Dios no defrauda. Los cristianos se caracterizan por la esperanza y se distinguen, por tanto, de las personas paganas que no tienen esperanza (cf. *1Tes. 4, 13; Col 1, 27*). El Papa dice que la esperanza cristiana es “performativa”, es decir, transforma la vida; creer y esperar en Dios no se reduce a una información o un conocimiento, ya que la aceptación creyente de Dios cambia la entera existencia del hombre.

La encíclica es una exhortación fundada a vivir con esperanza y con gozo, serenidad y paciencia, con el dinamismo y la actividad que le son propias. El que espera tiene otro rostro, otros ojos, otro corazón, otra vida. El que espera sabe que la cruz es gloriosa, que el cielo existe, que está abierto, que la muerte no es el término definitivo de todo, que es posible escapar con el poder del Resucitado de las fauces de la nada que nos amenaza. Así podemos ser ministros de esperanza en medio de un mundo confuso, que programa la vida al margen de Dios, con muchas cosas, pero vacío personalmente, probando de todo y apurando con amargura los frutos de su separación de Dios que es la fuente de la vida, del amor, de la fraternidad, de la esperanza. Sin Dios se marchita y fenece la esperanza, la gran esperanza, la que da gusto a la vida. Se ha caído en la tentación de hablar de progreso a todo aquello que destruye la esperanza. Si se destruye a niños no nacidos, se idolatra la violencia, se crean riquezas injustamente, se crean armas de destrucción masiva, se anima a los adolescentes a que gocen del sexo indiscriminada mente... estamos creando una sociedad desesperante y desesperanzada.

Después de haber subrayado el núcleo y la clave de la encíclica, explicitamos algunos aspectos más significativos de la misma.

1. Fe y esperanza en el Nuevo Testamento y la Iglesia primitiva

Como es habitual en las encíclicas, ésta es conocida también por las primeras palabras en latín: “*Spe salvi facti sumus*” (Rom. 8,24), es decir, hemos sido salvados por la esperanza o en esperanza.

La salvación ha irrumpido en nosotros a través de la esperanza, pero está abierta a un futuro de plenitud; no es ni puro deseo ni simple proyección utópica, ni realidad consumada en el presente. Hay un germen de salvación que debe desarrollarse.

Dice el Papa que la esperanza no sólo informa, sino también transforma; quien tiene esperanza vive de otra manera, ya que la vida nueva está presente por la fe y la esperanza que se relacionan íntimamente. Con palabras de Heb. 11,1. “La fe es *hypóstasis* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve”. La sustancia (*hypóstasis*) significa aproximadamente lo siguiente: «Por la fe, de manera incipiente, podríamos decir “en germen” - por tanto según la “sustancia”- ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera» (n.7).

La fe nos da algo de la realidad esperada; el presente está marcado por la realidad futura. La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse. El creyente puede perseverar en las pruebas siendo fiel a Dios, porque vive basado en la certeza de la esperanza, con la garantía de lo que no se ve

(cf. n.9). Los números 2-9 desarrollan algunos aspectos básicos de la fe y la esperanza en el Nuevo Testamento y en los comienzos del cristianismo. Remito a su lectura atenta.

2. *La transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno*

Antes de pasar a presentar la transformación de la fe-esperanza en la modernidad se plantea el Papa dos cuestiones: *¿Qué es la vida eterna? ¿Es individualista la esperanza cristiana? ¿Salvación sólo ultramundana y espiritualista? ¿Ajena a este mundo y desencarnada?* (nn.10-15)

El Papa para responder a la primera pregunta recuerda el interrogatorio inicial del bautismo: *¿Qué pedís a la Iglesia? La fe. ¿Qué te da la fe? La vida eterna. Le fe, que es la sustancia de la esperanza, da la vida eterna. Aquí el Papa sale al paso de una objeción muy sutil que se puede detectar fácilmente en el ambiente: ¿Queremos vivir eternamente? ¿La vida eterna por ser interminable no sugiere una prolongación ilimitada, aburrida, insoportable y casi una condena?*

Ésta es la respuesta de Benedicto XVI: Con la expresión “vida eterna” queremos señalar vida bienaventurada, verdadera, plena, sin riesgo de perderla, una explosión de gozo, y paz (cf. n.27). Aunque no sabemos explicitar en qué consiste la *vida eterna*, pero anhelamos su realidad y a ella nos senti-

mos radicalmente impulsados. Por más paradójico que sea rige en esta cuestión una “docta ignorancia”. Esta realidad desconocida es la verdadera esperanza.

«La expresión “vida eterna” trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida» (n.12). Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman (cf. *1 Cor 2, 9-10*).

En relación con la pregunta si la esperanza cristiana es individualista, el Papa reconoce que a veces podemos haber expresado esta esperanza como salvación de mi alma en el cielo (cf. n. 16), sin atender suficientemente a la comunitariedad de la esperanza y a la incidencia transformadora de la esperanza aquí y ahora, en el mundo y la historia. Ya el Concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes* n. 39, respondió a esta cuestión. Aparte de aclarar malentendidos, el Papa afirma con lúcida penetración que, puesto que la esperanza nos une a Jesucristo entregado por nosotros y vivo para siempre, podemos los cristianos también ejercer un servicio a los demás a través de la esperanza.

No sólo esperamos para nosotros, esperamos también para la humanidad; cada persona que espera es una luz que ilumina y alienta la esperanza en el mundo (cf. nn. 28 s.). «Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar de su ser “para todos”, hace que éste sea nuestro modo de ser» (n.28).

La comprensión de los grandes cambios acontecidos en la modernidad requiere algunos conocimientos de historia de la cultura, de la filosofía y de las ideologías; pero actualizar su conocimiento nos ayuda a comprender por qué la esperanza cristiana fue arrinconada y sometida a una crisis en aras de la fe y esperanza en el progreso, en la ciencia y la técnica, en las transformaciones políticas, en el cambio de los medios de producción, en las estructuras nuevas...

Aquí aparecen nombres como F. Bacon y el método para cambiar con la ciencia la creación por el dominio de la razón sobre la fe; la Revolución francesa que cambió el “régimen antiguo”, la filosofía de Marx, la revolución comunista, etc.

Con trazos claros describe el cambio postulado, el avance real de la humanidad, las pretensiones equivocadas, las consecuencias negativas; y en este nuevo contexto histórico la maduración de la conciencia cristiana sobre la esperanza, ahondando en los elementos verdaderos intuitivos. El Papa es fiel al patrimonio propio y aprecia lo positivo de otros patrimonios culturales.

Después de las reflexiones pertinentes, argumentando con penetración y libertad, concluye el Papa sobre la confusión de fondo presente a veces en los cambios de la época moderna: “Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza.

Visto el desarrollo de la edad moderna, la afirmación de San Pablo citada al principio (*Ef 2, 12*) se demuestra muy realista y simplemente verdadera” (n.23). “No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor” (n.26). “Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene la vida (cf. *Ef 2,12*)”. La gran esperanza es Dios, que nos ha amado “hasta el extremo”. El hombre no se reduce a cosas, a cambios estructurales, es persona, conciencia, libertad; no sólo materia, sino también espíritu.

El Papa no juzga a cada persona, sea cristiana o atea, sino que enjuicia las doctrinas y movimientos, ideas o orientaciones históricas, no dice, por ejemplo, que un marxista no pueda tener esperanza, ya que sólo Dios conoce la fe y la esperanza del corazón de los hombres (cf. *Anáforas eucarísticas I y IV*). Dice sí: el marxismo y leninismo “en lugar de alumbrar un mundo sano, ha dejado tras de sí una destrucción desoladora” (n.21). ¿Afirmar esto es ser reaccionario y poco moderno como algunos han criticado? ¿Es más moderna la revolución rusa de 1917 que la caída del muro de Berlín en 1989? ¿No ha tenido razón por ejemplo, la Escuela de Frankfurt, al hacer crítica del marxismo? ¿Por qué no aceptamos la invitación del Papa a examinar nuestra esperanza con sus enfermedades y auscultar cómo es la esperanza de la sociedad actual? (cf. 16,2, 9-10). ¿De

dónde proceden las faltas de esperanza y decisión de cara al futuro?

3. “Lugares” de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza

Aquí la lectura de la encíclica es de nuevo más sencilla y muy alentadora de los cristianos en el itinerario de la esperanza personal y eclesial. Enumera el Papa y brevemente desarrolla los siguientes ámbitos: La oración como escuela de la esperanza, la actuación recta como esperanza en acto, el sufrimiento como comunión con Cristo y por otros, el juicio como aprendizaje de la esperanza.

En cada apartado hay aspectos muy interesantes para la edificación de la existencia cristiana, bellamente formulados. Nada puede suplir la lectura. Finalmente, escribe dos números sobre María, estrella de la esperanza, siguiendo el itinerario del Nuevo Testamento sobre María.

Es imposible desarrollar ahora, aunque fuera brevemente, el rico contenido; invito encarecidamente a que se lean y mediten y compartan la reflexión con otros. Dice descendiendo a situaciones concretas personales: Cuando estoy solo y nadie me espera, y con nadie puedo hablar, Dios está ahí como compañero, interlocutor y cobijo de los abandonados. El que reza nunca está solo. La oración oxigena la fe y la esperanza.

Hablando con Dios podemos ser “ministros de esperanza para los demás” (n.

34). Toda actuación del hombre con responsabilidad y rectitud es esperanza en acto; actuando tratamos de llevar adelante las esperanzas. “Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia...son elementos fundamentales de la humanidad” (n. 39).

La perspectiva del juicio ha influido siempre en los cristianos en su vida cotidiana. El juicio final es, ante todo y sobre todo, esperanza en la justicia, esperanza frente a las injusticias y abusos inmensos. “El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia” (n. 47).

4. Testigos de esperanza cristiana

Es éste un aspecto muy sugestivo y con gran impacto sobre el lector; el Papa a lo largo de la encíclica incluye algunos rostros luminosos de la esperanza cristiana, que concretan la doctrina y estimulan a los demás en el camino de la esperanza.

En cada persona aparecen diferentes perspectivas de la esperanza cristiana. He aquí algunos casos. a) *Josefina Bakhita* (n.3), esclava, maltratada, humillada, vendida... Cuando conoció que Dios la amaba, se sintió feliz y llena de esperanza porque era hija de Dios. b) *San Agustín* (n.29); renunció a su distinción espiritual para transmitir esperanza en la conmoción del final del Imperio romano y para servir como obispo a la gente sencilla. c) *Cardenal Nguyen Van Thuan* (n. 32).

Durante los trece años de cárcel, la oración, la escucha de Dios y el diálogo con Él, lo sostuvo en medio de aquel “infierno” en la esperanza. d) El vietnamita *Pablo Le-Bao-Thin* (+1857) (n.37), mártir. De una carta suya, recogida en el Oficio de las Horas del 24 de noviembre, cita algunas frases impresionantes: “No estoy solo, sino que Cristo está conmigo”.

El sufrimiento se transforma con la fuerza de la esperanza: “En medio de

esta tempestad (la cárcel) echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón”.

Lo que en esta presentación de “*Spe salvi*” he intentado hacer es, además de poner de relieve los aspectos más significativos de la encíclica, invitar encarecidamente a su lectura personal y en grupos. Aclara ideas, anima la esperanza personal y estimula a ser servidores de esperanza. Cada vez que se relea la encíclica descubre el lector nuevas perspectivas.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social

Los medios: instrumentos de esperanza

1. El Santo Padre, Benedicto XVI, ha querido dedicar la 42ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que se celebra el 4 de mayo de 2008, festividad de la Ascensión del Señor, a reflexionar sobre “*Los medios: en la encrucijada entre protagonismo y servicio. Buscar la verdad para compartirla*”. Con este lema, el Santo Padre pone en primer plano cuestiones muy importantes que se refieren al mundo de la comunicación, como el excesivo y determinante protagonismo que pueden adquirir algunos medios (MCS) o soportes comunicativos, hasta el punto de condicionar la realidad social, llegando incluso a presentarse como los únicos e imprescindibles mediadores en la sociedad democrática. Este arriesgado cambio de papel de los medios produce preocupación, ya que, como dice el Papa en su Mensaje para esta Jornada, afecta a realidades que “inciden profundamente en todas las dimensiones de la vida humana (moral, intelectual, religiosa, relacional, afectiva, cultural), poniendo en juego el bien de la persona”. Por esto, como él mismo señala, “es necesario reafirmar que no todo lo que es técnicamente posible es también éticamente realizable” (n.3).

Necesidad de la Infoética

2. Ante el peligro de un excesivo protagonismo de algunos MCS, el Mensaje Pontificio hace una llamada a superar una concepción meramente funcional o neutra de la comunicación y reclama la necesidad de una consideración ética de los medios, encuadrada, como dice el Papa, en la *cuestión antropológica*, sin la cual los MCS no podrán ser servidores de los grandes valores que definen a la persona y que son necesarios para el bien común, por eso mismo reclama Benedicto XVI: “es indispensable que los medios defiendan celosamente a la persona y respeten plenamente su dignidad. Más de uno piensa que es necesaria en este ámbito una “info-ética”, así como existe la bio-ética en el campo de la medicina y de la investigación científica sobre la vida” (n.4).

3. Hacemos nuestras estas reflexiones del Santo Padre a la vez que pedimos a los operadores (empresarios, comunicadores, creativos y técnicos) de todos los medios de titularidad eclesial, pública y privada, así como a sus destinatarios, una mayor apuesta por la dimensión ética. La referencia a códigos éticos de comunicación, el auto-

control, la protección de la infancia y la juventud, y la educación mediática del público, así como un adecuado y justo control social, serán instrumentos importantes para esta tarea que siempre ha de tener como referencia última la verdad del hombre, criatura de Dios, de cuya dignidad es garante la Ley Natural.

4. Conscientes de que la educación es una de las mejores maneras de contribuir a asegurar un adecuado ejercicio de la comunicación y la formación de un público crítico, maduro y responsable, pedimos que la enseñanza de la ética y la deontología de la comunicación sea un componente importante en el currículo de estudios de las facultades de comunicación en nuestro país, especialmente de aquéllas que son de iniciativa o titularidad eclesial. Las referencias éticas de la comunicación deberían ser puentes de diálogo y entendimiento entre los comunicadores procedentes de diversas formaciones académicas y de planteamientos filosóficos distintos, que sin embargo se sienten interpelados por salvar la dignidad de la persona y construir una sociedad más humana y pacífica.

5. Así mismo, en esta línea educativa y dada la influencia que ejercen los medios sobre los más jóvenes, hasta el punto de competir con la de la propia familia y la escuela, es de desear que la reflexión ética y moral sobre la comunicación forme parte tanto de los contenidos de la enseñanza religiosa escolar

y de la catequesis de jóvenes, como de las escuelas de padres o de la formación de los nuevos esposos. Todos estamos moralmente obligados no sólo a defendernos de los peligros que origina un mal uso de las comunicaciones, sino a formarnos en un adecuado criterio ético y moral, según los principios de la doctrina cristiana, que nos ayuden a saber elegir lo verdadero, bueno y bello.

Servir a la verdad

6. En la actualidad nos encontramos con una problemática compleja acerca de la verdad. Por un lado, se comprueba cómo el hombre tiene sed de la verdad, busca la verdad. En nuestro campo de las comunicaciones lo demuestra la atención y el éxito que tienen tantos productos editoriales y programas de ficción de calidad en los que se reconocen y son adecuadamente representadas la verdad, la belleza y la grandeza de la persona, incluyendo su dimensión religiosa. Pero también se constata cómo la verdad se ha resentido en estos últimos decenios a causa de la instrumentalización de las ideologías, de la sumisión a la dictadura del relativismo y al escepticismo del contexto cultural[1].

7. El paso del protagonismo egocéntrico al servicio se realiza cuando en la comunicación prima el valor de la dignidad de la persona y la ardua tarea de ofrecer a la sociedad una información sólida y veraz. No todo, en los medios, fragmenta u oculta esa búsqueda de la

verdad inherente en el alma humana. Es justo reconocer que nunca faltan empresas de comunicación y profesionales que en el día a día luchan por ser libres ante la presión de los intereses consumistas e ideológicos.

En este empeño siempre contarán con nuestro apoyo, ya que con esa valiente postura ética se evita que los medios se conviertan en “altavoz” del materialismo económico y del relativismo ético. En cambio, cuando la comunicación social es instrumento de la esperanza contribuye eficazmente “a la alfabetización y a la socialización”, “al desarrollo de la democracia y al diálogo entre los pueblos”. Estas pequeñas y grandes esperanzas humanas se ven iluminadas con la necesidad que tenemos los hombres de una gran esperanza, que, como señala Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi*, “sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar” (n. 31).

Servicio eclesial de los programas religiosos en los medios públicos

8. Queremos dirigir ahora nuestra atención, al haberse cumplido este año el 25 aniversario de sus emisiones, a los programas religiosos católicos en TVE -“El Día del Señor”, “Pueblo de Dios”, “Últimas Preguntas” y “Testimonio”- y con ellos a todos los espacios institucionales de la Iglesia en los medios de titularidad pública, ya sea a nivel estatal o autonómico.

Su presencia en la programación no es debida a ningún privilegio, sino al cumplimiento del *derecho de acceso* a los medios de titularidad pública de los grupos especialmente significativos –y la Iglesia, no cabe duda de que lo es- que reconoce nuestra Constitución (Art. 20, 3) y desarrolla más específicamente el Acuerdo sobre Enseñanza y Asuntos Culturales (Art. 14). Esta misma presencia católica ha abierto también camino a la programación religiosa de otras confesiones, con las que el Estado ha llegado a acuerdos de colaboración en el espíritu de la libertad religiosa que todos disfrutamos, celebramos y defendemos.

Por otra parte, los mencionados programas religiosos televisivos y los de RNE deben asimismo su existencia a que RTVE ha cumplido en este cuarto de siglo el deber de reflejar una dimensión inseparable de la vida de millones de españoles y de la propia realidad social, cultural e histórica de nuestro pueblo. Nos referimos al hecho religioso, del que los medios no sólo han de dar cuenta si quieren ser veraces y coherentes con el servicio público o social al que están obligados, sino también respetar en el resto de sus contenidos, sin que esto suponga una merma de la libertad de expresión, sino su armonización con el no menor derecho a la libertad religiosa y al honor.

Lo mismo cabe decir de los entes autonómicos de comunicación, con los que los obispos o las provincias

eclesiásticas respectivas han llegado a acuerdos que hacen posible la conjunción del derecho de acceso de los católicos a estos medios y la obligación de la Administración de dar satisfacción con un verdadero sentido de servicio público. Sería de desear que, al igual que ha ocurrido en las llamadas “históricas” y en Andalucía, en aquellas otras comunidades autónomas en que todavía no se ha dado cumplimiento a este derecho y servicio público para con la Iglesia y el resto de confesiones religiosas se hiciera lo antes posible.

9. Por otro lado, estas exigencias de justicia comunicativa y de libertad religiosa no eximen a la Iglesia de gratitud a los responsables políticos, directivos y personal laboral de los entes públicos de comunicación que han hecho posible en estos años y en la actualidad, con una excelente calidad técnica y profesional, los programas religiosos.

Agradecimiento también a quienes, de parte de la Iglesia, han dirigido y siguen haciéndolo estos programas, así como a sus colaboradores. Con todos ellos, sin distinción y de forma solidaria, tiene la Iglesia en España un especial deber de agradecimiento y un reconocimiento que en esta Jornada queremos testimoniar. Por su parte, la audiencia, especialmente los católicos, está llamada a corresponder de forma agradecida a este esfuerzo evangelizador de los programas religiosos católicos en los medios públicos, con la respuesta de un seguimiento fiel y cada vez mayor.

10. Somos conscientes de los difíciles momentos por los que atraviesan los informadores religiosos en medios privados, en esta sociedad tan alejada de Dios y donde parece que sólo interesa de la Iglesia lo escandaloso o anecdótico, desvirtuando su verdadera imagen. A ellos, nuestro reconocimiento y gratitud. Tampoco lo tienen fácil las empresas de comunicación eclesial, cuya titularidad es de congregaciones religiosas o de inspiración católica, en un mundo cultural tan adverso a lo católico y, sin embargo, su presencia es imprescindible para que la Iglesia tenga una voz en la sociedad y para que los medios tradicionales y las nuevas tecnologías estén al servicio de la evangelización. Valoramos la gran labor de estas instituciones y del conjunto de sus profesionales y los animamos para que continúen anunciando la verdad del Evangelio, busquen siempre el bien de la Iglesia y colaboren en la construcción de una sociedad pacífica.

Para finalizar, nos unimos entrañablemente a los deseos del Santo Padre en su Mensaje: “Invoquemos al Espíritu Santo para que no falten comunicadores valerosos y testigos auténticos de la verdad que, fieles al mandato de Cristo y apasionados por el mensaje de la fe, «se hagan intérpretes de las actuales exigencias culturales, comprometiéndose a vivir esta época de la comunicación no como un tiempo de alienación y extravío, sino como una oportunidad para la búsqueda de la verdad y el desarrollo de la comunión entre las per-

sonas y los pueblos» (Juan Pablo II, *Discurso al Congreso Parábolas mediáticas*, 9.11.2002, 2) (n.6)».

El logro de estos objetivos es materia que llevamos a nuestra oración en esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, en la que no podemos olvidar a los periodistas

y comunicadores fallecidos, muchos de ellos en circunstancias dramáticas en el ejercicio su profesión. Así mismo imploramos la bendición y protección de Dios para todos aquellos que trabajan en las comunicaciones sociales.

4 de mayo de 2008

Juan del Río, *Obispo de Asidonia-Jerez y Presidente*
 Antonio Montero, *Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz*
 Joan Enric Vives, *Obispo de Urgell*
 Joan Piris, *Obispo de Menorca*
 Joan Carrera, *Obispo auxiliar de Barcelona*
 Raúl Berzosa, *Obispo auxiliar de Oviedo*

NOTAS

[1] Cfr. Joseph Card. Ratzinger, *Homilía, Misa "pro eligiendo Romano Pontifice"* (18-4-2005).

Mensaje de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar *Laicos cristianos: sal y luz del mundo*

El cristiano, injertado en Cristo en virtud del sacramento del Bautismo, debe permanecer en Él y vivir según sus enseñanzas, cumpliendo en todo momento la voluntad del Padre celestial. Del mismo modo que el sarmiento no puede dar fruto, si no permanece unido a la vid, tampoco el cristiano podrá ser testigo de Jesucristo y dar frutos de santidad, si no mantiene la plena comunión con Él mediante la oración confiada, la participación frecuente en

los sacramentos y la preocupación por su formación cristiana: «El que permanece en mí como yo en él, ese da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5).

En total sintonía con esta necesidad de permanecer en Cristo para vivir con Él y como Él está el lema propuesto para la celebración del día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica. En dicho lema se nos recuer-

da el encargo hecho por el Señor a sus discípulos de ser «luz del mundo y sal de la tierra». Ahora bien, para llegar a ser luz del mundo y sal de la tierra, es absolutamente necesario que los que han sido llamados permanezcan en comunión de vida y amor con Aquél, que se ha definido a sí mismo como “la luz del mundo”. Jesús, el enviado del Padre, con su Encarnación, con su testimonio durante los años de vida pública y con su triunfo sobre el poder del pecado y de la muerte en virtud de la resurrección, es el único que puede iluminar el camino de la humanidad hacia Dios.

Los cristianos, en ocasiones, movidos por el sano deseo de iluminar con la luz del Evangelio las diversas realidades temporales, nos hemos centrado demasiado en nosotros mismos y hemos dado mucha importancia a la acción. El Evangelio exige la actuación, la presencia en el mundo y el testimonio en la vida pública para que, al contemplar nuestras buenas obras, los hermanos den gloria al Padre celestial. Pero, a la hora de planificar el compromiso cristiano en los distintos ámbitos de la sociedad, debemos partir de la profunda convicción de que solamente podremos ser luz del mundo y ofrecer esta luz a nuestros hermanos, si permanecemos unidos a Cristo, el único Salvador de los hombres. Desde esta comunión profunda con Él será posible colaborar al triunfo de la vida sobre la muerte, de la luz sobre las tinieblas del pecado y del amor sobre el odio.

En virtud de esta comunión con Cristo, alimentada en la oración y en la celebración de los sacramentos, el bautizado es llamado constantemente por el Padre celestial a profundizar en su condición de hijo de Dios, a madurar en la fe y a dar frutos de sincera conversión. Ante esta llamada, ningún cristiano puede dejar de responder ni eludir su personal responsabilidad. Pero, para que este diálogo entre Dios y el hombre, creado a su imagen y semejanza, encuentre la respuesta adecuada, es necesario que cada bautizado asuma la urgencia de revisar su espiritualidad y de renovar su formación cristiana, entendiendo esta formación como «un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo» (ChL 57).

La formación cristiana, entendida de este modo, es ante todo un don de Dios a cada persona que, por medio de la Iglesia y por la acción del Espíritu Santo, le ayuda a descubrir los contenidos de la verdad revelada, invitándole a unirse más plenamente a Jesucristo y animándole a hacer de la vida una ofrenda agradable a sus ojos. Sólo Dios puede revelarnos su identidad y sólo Él puede transformarnos interiormente para que reconozcamos nuestra condición de hijos de Dios y para que vivamos como tales. En este sentido, la formación cristiana exige siempre una acogida y una respuesta al don recibido por parte de cada bautizado. Cuando

la respuesta al don recibido es positiva, entonces los que creen en Dios podrán vivir como criaturas nuevas, desarrollando la adhesión a Jesucristo, profundizando en la pertenencia a la Iglesia y convirtiéndose en auténticos evangelizadores. Todo lo demás: materiales, métodos, son simples medios para la consecución de estos fines, aunque sean medios importantes.

Los obispos de la CEAS, como consecuencia de nuestra participación en las reuniones de responsables de movimientos apostólicos o en los encuentros de delegados diocesanos de apostolado seglar, percibimos con gozo que son muchos los cristianos que han descubierto la necesidad de profundizar en su formación cristiana integral para vivir de forma consciente y responsable su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo, para dar razón de la propia esperanza a quien se la pidiere y para unificar fe y vida, pertenencia a la Iglesia y presencia en el mundo. Vemos que cada día existe una convicción más generalizada de que es necesario asumir un proyecto formativo, que abarque los aspectos espirituales, celebrativos, doctrinales, pastorales y humanos. Sólo así será posible integrar todas las facultades de la persona: mente, corazón, sentimientos y testimonio. No es suficiente conocer las verdades de la fe, es necesario que esas verdades pasen de la cabeza al corazón de cada bautizado y transformen sus sentimientos según los sentimientos de Cristo. De este modo, cada cristiano podrá llegar a pensar,

sentir, hablar y actuar de acuerdo con su dignidad de hijo de Dios, tanto en las relaciones con los hermanos como en las distintas actividades sociales.

Pero, siendo realistas, también debemos reconocer que existen muchos bautizados que, debido al descuido y olvido de su formación cristiana, desconocen totalmente a Dios. El ejercicio de nuestra misión pastoral en la diócesis y el contacto directo con la vida parroquial nos permite constatar que bastantes cristianos viven de una fe heredada, pero no personalizada. Se han conformado con las enseñanzas recibidas de sus padres en el hogar familiar o en los primeros años de catequesis, pero no se han planteado concretamente lo que significa creer y seguir a Jesucristo. En otros casos, vemos que algunos miembros de nuestras comunidades cristianas, bien dispuestos para asumir responsabilidades pastorales, manifiestan sin embargo en sus comportamientos una profunda ruptura entre la fe y la vida, y no sienten la necesidad de formarse para cumplir con más fidelidad la misión confiada por el Señor. Estos cristianos no son conscientes de que el seguimiento de Jesucristo y el compromiso cristiano en la Iglesia y en el mundo exige una actitud de búsqueda constante, de renovación espiritual y de crecimiento en la formación.

Al constatar estas carencias en la vida religiosa de tantos hermanos, nos preocupa que ellos no vivan con gozo su filiación divina ni experimen-

ten la cercanía, el amor, el perdón y la misericordia infinita del Padre, que Cristo nos ha revelado y manifestado. Muchos tampoco descubren la alegría de pertenecer a una comunidad cristiana ni sienten la necesidad de participar en sus celebraciones. Por supuesto, es motivo de inquietud para nosotros que bastantes bautizados no hayan descubierto y asumido con gozo la misión evangelizadora y misionera confiada por el Señor a sus discípulos. Si sólo conocen a Jesucristo de oídas o de modo superficial, es imposible que puedan ser luz del mundo y testigos de su salvación. El abandono de la formación cristiana por parte de muchos bautizados les ha conducido a tener una visión totalmente deformada del cristianismo y de la Iglesia, puesto que sus criterios y juicios sobre estas realidades ya no parten del Evangelio ni de las enseñanzas de la Iglesia, sino de las opiniones de los demás, de los criterios sociales y de las presentaciones parciales, sesgadas y distorsionadas que, en bastantes casos, hacen de la Iglesia algunos medios de comunicación.

Las causas de esta realidad, de este desinterés por la formación cristiana, son variadas. Aunque no es el momento de hacer un análisis detallado de las mismas, sí podemos señalar que, además de la ruptura de la cadena en la transmisión de la fe en el seno de la familia y de los sucesivos procesos de secularización que está padeciendo la sociedad española, desde la Iglesia tal vez no hemos prestado la suficiente

atención y dedicación a la formación de los adultos bautizados. Pensábamos que, al mantener unas prácticas religiosas, todos estaban suficientemente formados, y nos hemos equivocado. Por otra parte, ha existido una preocupación por la transmisión de contenidos doctrinales, que son necesarios, pero hemos dejado en un segundo plano los aspectos espirituales en la formación. En ocasiones, tal vez no hemos tenido suficientemente presente que el cristiano, ante todo, es un seguidor de Jesucristo. En definitiva, no hemos sabido o no hemos podido ser instrumentos para la conversión mediante las propuestas de la formación cristiana.

Pero, no es el momento para las lamentaciones, pues la presencia del Señor resucitado en medio de su Iglesia y la constante acción del Espíritu nos invitan a poner los ojos en el futuro, a remar mar adentro y a trabajar con esperanza. Por todo ello, debemos comenzar dando gracias a Dios por los grandes esfuerzos e iniciativas que se han llevado a cabo en todas las diócesis españolas, durante los últimos años, para hacer posible la formación de un laicado adulto en la fe y consciente de su vocación. Tal vez, en algunos casos, esta formación aún no ha dado los frutos esperados y apetecidos. Al mismo tiempo que damos gracias a Dios, deberíamos hacer un esfuerzo por revisar los procesos de formación cristiana que estamos llevando a cabo en estos momentos con la mejor voluntad, pero tal vez sin el necesario discernimiento. En

ocasiones, se ha formado a los miembros de nuestras comunidades para impartir catequesis, para la preparación de las celebraciones litúrgicas, para impulsar la actividad caritativa y social, pero no se ha formado para hacer cristianos adultos en la fe, enamorados de Jesucristo y de su Iglesia y convencidos de la dimensión secular de la vocación laical. De este modo se ha dado prioridad al «hacer» sobre el «ser» y se han formado personas que saben realizar actividades en el ámbito de la comunidad cristiana, pero que no tienen sólidamente afirmadas las convicciones y las motivaciones cristianas por las que deben realizar todas esas actividades.

Teniendo esto en cuenta, y escuchando la voz de Dios desde la realidad descrita, estaremos de acuerdo en que es muy urgente emprender una formación cristiana integral de los miembros de nuestras comunidades y de los alejados de la Iglesia, para que descubran su vocación, reaviven su pertenencia a la comunidad cristiana y se conviertan en evangelizadores. En este sentido, deberíamos tener muy presentes las indicaciones que nos hacía el papa Juan Pablo II: «la formación de los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de la diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral, de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (sacerdotes, religiosos y laicos) concurren a este fin» (ChL 57).

Los nuevos movimientos y los movimientos de Acción Católica habéis

prestado un gran servicio a la Iglesia durante estos años en la formación cristiana de muchos bautizados. En este día de Pentecostés, en el que celebramos la venida del Espíritu sobre la Iglesia naciente y la salida en misión de los primeros evangelizadores, queremos agradecer vuestra dedicación generosa e invitaros a seguir concentrando todos los esfuerzos en la formación integral y permanente de quienes han asumido responsabilidades pastorales o evangelizadoras en la Iglesia y en el mundo. Y, aunque sabemos que no es fácil, os animamos a seguir ofreciendo esta formación a quienes viven con una fe mortecina o han caído en la indiferencia religiosa. Con la ayuda del Señor, podremos ayudarles a descubrir el gozo del seguimiento y a redescubrir la identidad cristiana haciendo frente a los criterios del mundo. Si queremos que toda la Iglesia sea el sujeto de la evangelización, debemos poner todos los medios a nuestro alcance para formar adecuadamente a los bautizados, aprovechando las distintas oportunidades que tenemos para ello, aunque esto exija sacrificio y renuncia a otras actividades más gratas o más espectaculares.

En todo momento podéis contar con nuestro apoyo y bendición.

Solemnidad de Pentecostés, 11 de mayo de 2008

Comisión Episcopal de Apostolado Secular

Mensaje del Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada Jornada Pro Orantibus

La Palabra en el silencio. Escuchar a Dios en la vida contemplativa

El Evangelio, como Palabra de Buena Nueva que Dios nos ha pronunciado para siempre en su Hijo, se hace fuego que ilumina y verbo que nos habla. Mientras que el silencio posibilita la escucha de una palabra, el mutismo acorrala en el rechazo que censura cualquier hablar. Así como la noche es un tiempo de espera al alba que cada día se nos da, la tiniebla es la imposición oscurecida que nos hurta siempre un deseado clarear. De este modo, entendemos el bello relato de la Sabiduría cuando se nos dice: «Cuando un silencio lo envolvía todo, y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra todopoderosa, Señor, saltó de tu trono real de los cielos a una tierra al exterminio» (*Sab* 18, 14-15). Toda la Historia de la Salvación pende de esta verdad expresada por el autor sapiencial: un silencio y una noche que han sido vencidos, ganados por una palabra acampada que nos ha traído la luz que no conoce ocaso. Dios ha puesto su tienda en medio de todas nuestras contiendas, salvando cualquiera de nuestros exterminios.

Dios nos acompaña hablándonos. Dios diluye nuestra soledad poniendo discreto su Palabra entre nosotros y en nosotros mismos, como si fuera un fuego hermano que ilumina y caldea los pasos de nuestra aventura humana y creyente. La Palabra de Dios es un

fuego que se hace elocuente y luminoso a la vez, un fuego que alumbra sin deslumbrar, que purifica sin destruir.

Siempre estaremos en vilo en el trance de esperar y reconocer la Palabra para la que nacimos, una Palabra que por venir del mismo Dios quiso Él acallarla desde siempre para decírmela a mí y para decirla conmigo.

No en vano, la Palabra es el tema del próximo Sínodo de los Obispos en su XII Asamblea General Ordinaria, «la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Hay una continuidad con el tema eucarístico del Sínodo anterior, por el estrecho nexo entre Palabra de Dios y Eucaristía.

Cada uno de nosotros somos una palabra del Señor dentro de esa gran conversación que es la Historia, aunque no pocas veces nos empeñemos en quedar mudos por decirnos demasiado a nosotros mismos y por no escuchar otras palabras hermanas, ni escuchar juntos los hablars del Señor. No obstante, hemos nacido para esa Palabra por antonomasia que es palabra de fuego, llama encendida. Ésta es la novedad antigua y siempre por estrenar: que Dios ha hablado, que no ha dejado de hablar y de tantos modos me ha dirigido su Palabra. Dios nos lo dijo todo en su Hijo bienamado como de modo

misterioso se testifica a la orilla del Jordán (*Mc* 1, 11) y sobre el monte Tabor (*Mc* 9, 7). Era la Palabra por antonomasia en la que todo fue hecho (*Col* 1, 16) y en quien todo fue dicho (*Jn* 1, 1-3). Aquella Palabra aparentemente enmudeció en una muerte no fingida, en una muerte de cruz (*Filp* 2, 8). Pero esa Palabra vive y habla para siempre tras la resurrección.

Jesús mismo nos pidió que guardásemos sus palabras (*Jn* 14, 23), aunque la pequeñez frágil y vulnerable de nuestra vida hace que no siempre las entendamos o que fácilmente llegue-

mos a olvidar lo que a duras penas hemos entendido alguna vez. Y ésta es la hermosa vocación de tantos hermanos nuestros que en la vida contemplativa claustral hacen de su silencio un espacio donde escuchar la Palabra de Dios. Precisamente en un mundo de tanto ruido y tanta prisa, estos hermanos y hermanas nos recuerdan eso único necesario que es preciso no olvidar jamás, cuando a los pies del Maestro divino escuchan su hablar llenando de sentido un silencio que se hace elocuente para ellos y para toda la Iglesia. Demos gracias al Señor por tan preciosa vocación consagrada.

† Jesús Sanz Montes, OFM
Obispo de Huesca y de Jaca
Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

REGINA CAELI

Lunes, 24 de marzo de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

En la solemne Vigilia pascual volvió a resonar, después de los días de Cuaresma, el canto del Aleluya, palabra hebrea universalmente conocida, que significa «alabad al Señor». Durante los días del tiempo pascual esta invitación a la alabanza se propaga de boca en boca, de corazón en corazón. Resuena a partir de un acontecimiento absolutamente nuevo: la muerte y resurrección de Cristo. El aleluya brotó del corazón de los primeros discípulos y discípulas de Jesús en aquella mañana de Pascua, en Jerusalén.

Casi nos parece oír sus voces: la de María Magdalena, la primera que vio al Señor resucitado en el jardín cercano al Calvario; las voces de las mujeres, que se encontraron con él mientras corrían, asustadas y felices, a dar a los discípulos el anuncio del sepulcro vacío; las voces de los dos discípulos que, con rostros tristes, se habían encaminado a Emaús y por la tarde volvieron a Jerusalén llenos de alegría por haber escuchado su palabra y haberlo reconocido «en la fracción del pan»; las voces de los once Apóstoles, que aquella misma tarde lo

vieron presentarse en medio de ellos en el Cenáculo, mostrarles las heridas de los clavos y de la lanza y decirles: «¡La paz con vosotros!». Esta experiencia ha grabado para siempre el aleluya en el corazón de la Iglesia, y también en nuestro corazón.

De esa misma experiencia deriva también la oración que rezamos hoy y todos los días del tiempo pascual en lugar del Ángelus: el *Regina caeli*. El texto que sustituye durante estas semanas al Ángelus es breve y tiene la forma directa de un anuncio: es como una nueva «anunciación» a María, que esta vez no hace un ángel, sino los cristianos, que invitamos a la Madre a alegrarse porque su Hijo, a quien llevó en su seno, resucitó como lo había prometido.

En efecto, «alégrate» fue la primera palabra que el mensajero celestial dirigió a la Virgen en Nazaret. Y el sentido era este: Alégrate, María, porque el Hijo de Dios está a punto de hacerse hombre en ti. Ahora, después del drama de la Pasión, resuena una nueva invitación a la alegría: «*Gaude et laetare, Virgo Maria, alleluia, quia surrexit Dominus vere, alleluia*», «Alégrate y regocíjate, Virgen María, aleluya, porque verdaderamente el Señor ha resucitado, aleluya».

Queridos hermanos y hermanas, dejemos que el aleluya pascual también se grave profundamente en nosotros, de modo que no sea sólo una palabra en ciertas circunstancias exteriores, sino la expresión de nuestra misma vida: la existencia de personas que invitan a todos a alabar al Señor y lo hacen actuando como «resucitados». Decimos a María: «Ruega al Señor por nosotros», para que Aquél que en la resurrección de su Hijo devolvió la alegría al mundo entero, nos conceda gozar de esa alegría ahora y siempre, en nuestra vida actual y en la vida sin fin.

*Domingo de la Misericordia divina,
30 de marzo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Durante el jubileo del año 2000, el amado siervo de Dios, Juan Pablo II, estableció que en toda la Iglesia el domingo que sigue a la Pascua, además de *Dominica in Albis*, se denominara también *Domingo de la Misericordia Divina*. Esto sucedió en concomitancia con la canonización de Faustina Kowalska, humilde religiosa polaca, celosa mensajera de Jesús misericordioso, que nació en 1905 y murió en 1938.

En realidad, la misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que se reveló en la Antigua Alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del Amor creador y redentor. Este amor

de misericordia ilumina también el rostro de la Iglesia y se manifiesta mediante los sacramentos, especialmente el de la Reconciliación, y mediante las obras de caridad, comunitarias e individuales.

Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la misericordia que Dios tiene para con el hombre. Cuando la Iglesia debe recordar una verdad olvidada, o un bien traicionado, lo hace siempre impulsada por el amor misericordioso, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (cf. *Jn* 10, 10). De la misericordia divina, que pacifica los corazones, brota además la auténtica paz en el mundo, la paz entre los diversos pueblos, culturas y religiones.

Como sor Faustina,, Juan Pablo II, se hizo a su vez apóstol de la Misericordia divina. La tarde del inolvidable sábado, 2 de abril de 2005, cuando cerró los ojos a este mundo, era precisamente la víspera del segundo domingo de Pascua, y muchos notaron la singular coincidencia, que unía en sí la dimensión mariana -era el primer sábado del mes- y la de la Misericordia divina. En efecto, su largo y multiforme pontificado tiene aquí su núcleo central; toda su misión al servicio de la verdad sobre Dios y sobre el hombre y de la paz en el mundo se resume en este anuncio, como él mismo dijo en Cracovia-Lagiewniki en el año 2002 al inaugurar el gran santuario de la Misericordia Divina: «Fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre» (*Homilía durante*

la misa de consagración del santuario de la Misericordia Divina, 17 de agosto: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de agosto de 2002, p. 4). Así pues, su mensaje, como el de santa Faustina, conduce al rostro de Cristo, revelación suprema de la misericordia de Dios. Contemplar constantemente ese Rostro es la herencia que nos ha dejado y que nosotros, con alegría, acogemos y hacemos nuestra.

Sobre la Misericordia divina se reflexionará de modo especial durante los próximos días con ocasión del primer Congreso apostólico mundial sobre la Misericordia divina, que tendrá lugar en Roma y se inaugurará con la santa misa que, si Dios quiere, presidirá el miércoles, 2 de abril por la mañana, en el tercer aniversario de la piadosa muerte del siervo de Dios Juan Pablo II. Ponemos el Congreso bajo la protección celestial de María santísima, *Mater misericordiae*. A ella le encomendamos la gran causa de la paz en el mundo, para que la misericordia de Dios realice lo que resulta imposible a las solas fuerzas humanas, e infunda en los corazones la valentía del diálogo y de la reconciliación.

III Domingo de Pascua, 6 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de este domingo -el tercero de Pascua- es el célebre relato

llamado de los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 13-35*). En él se nos habla de dos seguidores de Cristo que, el día siguiente al sábado, es decir, el tercero desde su muerte, tristes y abatidos dejaron Jerusalén para dirigirse a una aldea poco distante, llamada precisamente Emaús. A lo largo del camino, se les unió Jesús resucitado, pero ellos no lo reconocieron. Sintiéndonos desconsolados, les explicó, basándose en las Escrituras, que el Mesías debía padecer y morir para entrar en su gloria. Después, entró con ellos en casa, se sentó a la mesa, bendijo el pan y lo partió. En ese momento lo reconocieron, pero él desapareció de su vista, dejándolos asombrados ante aquel pan partido, nuevo signo de su presencia. Los dos volvieron inmediatamente a Jerusalén y contaron a los demás discípulos lo que había sucedido.

La localidad de Emaús no ha sido identificada con certeza. Hay diversas hipótesis, y esto es sugestivo, porque nos permite pensar que Emaús representa en realidad todos los lugares: el camino que lleva a Emaús es el camino de todo cristiano, más aún, de todo hombre. En nuestros caminos Jesús resucitado se hace compañero de viaje para reavivar en nuestro corazón el calor de la fe y de la esperanza y partir el pan de la vida eterna.

En la conversación de los discípulos con el peregrino desconocido impresionada la expresión que el evangelista san Lucas pone en los labios de uno

de ellos: «Nosotros esperábamos...» (Lc 24, 21). Este verbo en pasado lo dice todo: Hemos creído, hemos seguido, hemos esperado..., pero ahora todo ha terminado. También Jesús de Nazaret, que se había manifestado como un profeta poderoso en obras y palabras, ha fracasado, y nosotros estamos decepcionados.

Este drama de los discípulos de Emaús es como un espejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo. Al parecer, la esperanza de la fe ha fracasado. La fe misma entra en crisis a causa de experiencias negativas que nos llevan a sentirnos abandonados por el Señor. Pero este camino hacia Emaús, por el que avanzamos, puede llegar a ser el camino de una purificación y maduración de nuestra fe en Dios.

También hoy podemos entrar en diálogo con Jesús escuchando su palabra. También hoy, él parte el pan para nosotros y se entrega a sí mismo como nuestro pan. Así, el encuentro con Cristo resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada, por decirlo así, por el fuego del acontecimiento pascual; una fe sólida, porque no se alimenta de ideas humanas, sino de la palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía.

Este estupendo texto evangélico contiene ya la estructura de la santa misa: en la primera parte, la escucha de la Pa-

labra a través de las sagradas Escrituras; en la segunda, la liturgia eucarística y la comunión con Cristo presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia, alimentándose en esta doble mesa, se edifica incesantemente y se renueva día tras día en la fe, en la esperanza y en la caridad. Por intercesión de María santísima, oremos para que todo cristiano y toda comunidad, reviviendo la experiencia de los discípulos de Emaús, redescubra la gracia del encuentro transformador con el Señor resucitado.

IV domingo de Pascua, 13 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

En este IV domingo de Pascua, en el que la liturgia nos presenta a Jesús como el buen Pastor, se celebra la Jornada mundial de oración por las vocaciones. En todos los continentes, las comunidades eclesiales imploran al unísono del Señor numerosas y santas vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y misionera, y al matrimonio cristiano, y meditan sobre el tema: “Las vocaciones al servicio de la Iglesia-misión”. Este año la Jornada mundial de oración por las vocaciones se sitúa en la perspectiva del “Año paulino”, que comenzará el 28 de junio próximo, para celebrar el bimilenario del nacimiento del apóstol san Pablo, el misionero por excelencia.

En la experiencia del Apóstol de los gentiles, a quien el Señor llamó para ser “ministro del Evangelio”, vocación y misión son inseparables. Por tanto, constituye un modelo para todo cristiano y, de modo particular, para los misioneros *ad vitam*, o sea, para los hombres y las mujeres que se dedican totalmente a anunciar a Cristo a quienes aún no lo conocen: esta vocación sigue manteniendo toda su validez.

Este servicio misionero lo realizan en primer lugar los sacerdotes, ofreciendo la palabra de Dios y los sacramentos y manifestando mediante su caridad pastoral con todos, sobre todo con los enfermos, los pequeños y los pobres, la presencia sanadora de Jesucristo. Demos gracias a Dios por estos hermanos nuestros que se entregan sin reservas en el ministerio pastoral, coronando a veces su fidelidad a Cristo con el sacrificio de su vida, como les sucedió ayer a dos religiosos asesinados en Guinea y Kenia. A ellos se dirige nuestra admiración y nuestra gratitud, juntamente con nuestra oración de sufragio.

Oremos también para que sea cada vez mayor el número de quienes deciden vivir radicalmente el Evangelio mediante los votos de castidad, pobreza y obediencia: hombres y mujeres que desempeñan un papel primario en la evangelización. Algunos de ellos se dedican a la contemplación y a la oración; otros, a una multiforme

acción educativa y caritativa, pero a todos los une un mismo objetivo: testimoniar la primacía de Dios sobre todo y difundir su reino en todos los ámbitos de la sociedad. Muchos de ellos, como escribió el siervo de Dios, Pablo VI, «son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: no raras veces se les encuentra en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida» (*Evangelii nuntiandi*, 69).

Por último, no hay que olvidar que también la vocación al matrimonio cristiano es una vocación misionera: en efecto, los esposos están llamados a vivir el Evangelio en las familias, en los ambientes de trabajo, en las comunidades parroquiales y civiles. Además, en ciertos casos, prestan una valiosa colaboración a la misión *ad gentes*.

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos la maternal protección de María sobre las múltiples vocaciones que existen en la Iglesia, para que se desarrollen con un fuerte carácter misionero. A ella, Madre de la Iglesia y Reina de la paz, le encomiendo también la especial experiencia misionera que viviré en los próximos días durante el viaje apostólico a Estados Unidos y la visita a la ONU, a la vez que os pido a todos vosotros que me acompañéis con vuestra oración.

Domingo, 27 de abril de 1978

Queridos hermanos y hermanas:

Acaba de concluir en la basílica de San Pedro la celebración durante la cual he ordenado a veintinueve nuevos sacerdotes. Cada año, éste es un momento de gracia especial y de gran fiesta: savia renovada penetra en el tejido de la comunidad, tanto eclesial como civil. Si la presencia de los sacerdotes es indispensable para la vida de la Iglesia, del mismo modo es valiosa para todos. En los *Hechos de los Apóstoles* se lee que el diácono Felipe llevó el Evangelio a una ciudad de Samaria; la gente acogió con entusiasmo su predicación, viendo también los signos prodigiosos que realizaba en favor de los enfermos: “La ciudad se llenó de alegría” (*Hch* 8, 8).

Como he recordado a los nuevos presbíteros durante la celebración eucarística, éste es el sentido de la misión de la Iglesia y en particular de los sacerdotes: sembrar en el mundo la alegría del Evangelio. Donde se anuncia a Cristo con la fuerza del Espíritu Santo y se lo acoge con corazón abierto, la sociedad, aunque tenga muchos problemas, se transforma en “ciudad de la alegría”, como reza el título de un célebre libro referido a la obra de la madre Teresa de Calcuta. Por tanto, mi deseo para los nuevos sacerdotes, por los cuales os invito a todos a rezar, es éste: que en sus lugares de destino difundan la alegría y la esperanza que brotan del Evangelio.

En realidad, éste es también el mensaje que llevé en los días pasados a Estados Unidos, en un viaje apostólico que tenía por lema estas palabras: “*Christ our Hope*”, “Cristo, nuestra esperanza”. Doy gracias a Dios porque bendijo abundantemente esta singular experiencia misionera y me concedió convertirme en instrumento de la esperanza de Cristo para esa Iglesia y para ese país. Al mismo tiempo, le doy gracias porque yo mismo fui confirmado en la esperanza por los católicos estadounidenses; en efecto, constaté una gran vitalidad y la voluntad decidida de vivir y testimoniar la fe en Jesús. El miércoles próximo, durante la audiencia general, hablaré más ampliamente de mi visita a Estados Unidos.

Hoy muchas Iglesias orientales celebran, según el calendario juliano, la gran solemnidad de Pascua. Deseo expresar a estos hermanos y hermanas nuestros mi fraterna cercanía espiritual. Los saludo cordialmente, pidiendo a Dios uno y trino que los confirme en la fe, los llene de la luz resplandeciente que brota de la resurrección del Señor y los consuele en las difíciles situaciones en las que a menudo deben vivir y testimoniar el Evangelio. Os invito a todos a uniros a mí para invocar a la Madre de Dios, a fin de que el camino del diálogo y de la colaboración, emprendido desde hace tiempo, lleve pronto a una comunión más completa entre todos los discípulos de Cristo, para que sean un signo cada vez más luminoso de esperanza para toda la humanidad.

Llamamiento por África

Las noticias que llegan desde algunos países africanos siguen siendo motivo de profundo sufrimiento y viva preocupación. Os pido que no olvidéis estas trágicas vicisitudes, y a los hermanos y hermanas que están implicados en ellas. Os pido que recéis por ellos y os hagáis sus portavoces.

En Somalia, especialmente en Mogadiscio, violentos enfrentamientos armados hacen cada vez más dramática la situación humanitaria de esa querida población, desde hace demasiados años oprimida bajo el peso de la brutalidad y de la miseria.

Darfur, a pesar de alguna tregua momentánea, sigue siendo una tragedia sin fin para centenares de miles de personas indefensas y abandonadas a sí mismas.

Por último, *Burundi*. Después de los bombardeos de los días pasados, que golpearon y aterrorizaron a los habitantes de la capital, Bujumbura, y alcanzaron también la sede de la nunciatura apostólica, ante el riesgo de una nueva guerra civil, invito a todas las partes implicadas en el conflicto a retomar sin demora el camino del diálogo y de la reconciliación.

Confío en que las autoridades políticas locales, los responsables de la comunidad internacional y todas las personas de buena voluntad no escatimen esfuerzos para que cese la violencia y se respeten los compromisos asumidos, de modo que se pongan sólidos cimientos para la paz y el desarrollo.

Encomendemos nuestras intenciones a María, Reina de África.

AUDIENCIAS

Miércoles, 9 de abril de 2008.
San Benito de Nursia

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy voy a hablar de san Benito, fundador del monacato occidental y también patrono de mi pontificado. Comienzo citando una frase de san Gregorio Magno que, refiriéndose a san

Benito, dice: «Este hombre de Dios, que brilló sobre esta tierra con tantos milagros, no resplandeció menos por la elocuencia con la que supo exponer su doctrina» (*Dial.* II, 36). El gran Papa escribió estas palabras en el año 592; el santo monje había muerto cincuenta años antes y todavía seguía vivo en la memoria de la gente y sobre todo en la floreciente Orden religiosa que fundó.

San Benito de Nursia, con su vida y su obra, ejerció una influencia fundamental en el desarrollo de la civilización y de la cultura europea.

La fuente más importante sobre su vida es el segundo libro de los *Diálogos* de san Gregorio Magno. No es una biografía en el sentido clásico. Según las ideas de su época, san Gregorio quiso ilustrar mediante el ejemplo de un hombre concreto -precisamente san Benito- la ascensión a las cumbres de la contemplación, que puede realizar quien se abandona en manos de Dios. Por tanto, nos presenta un modelo de vida humana como ascensión hacia la cumbre de la perfección.

En el libro de los *Diálogos*, san Gregorio Magno narra también muchos milagros realizados por el santo. También en este caso no quiere simplemente contar algo extraño, sino demostrar cómo Dios, advirtiendo, ayudando e incluso castigando, interviene en las situaciones concretas de la vida del hombre. Quiere mostrar que Dios no es una hipótesis lejana, situada en el origen del mundo, sino que está presente en la vida del hombre, de cada hombre.

Esta perspectiva del «biógrafo» se explica también a la luz del contexto general de su tiempo: entre los siglos V y VI, el mundo sufría una tremenda crisis de valores y de instituciones, provocada por el derrumbamiento del Imperio Romano, por la invasión de

los nuevos pueblos y por la decadencia de las costumbres. Al presentar a san Benito como «astro luminoso», san Gregorio quería indicar en esta tremenda situación, precisamente aquí, en esta ciudad de Roma, el camino de salida de la «noche oscura de la historia» (cf., Juan Pablo II, *Discurso en la abadía de Montecassino*, 18 de mayo de 1979, n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de mayo de 1979, p. 11).

De hecho, la obra del santo, y en especial su *Regla*, fueron una auténtica levadura espiritual, que cambió, con el paso de los siglos, mucho más allá de los confines de su patria y de su época, el rostro de Europa, suscitando tras la caída de la unidad política creada por el Imperio Romano una nueva unidad espiritual y cultural, la de la fe cristiana compartida por los pueblos del continente. De este modo, nació la realidad que llamamos «Europa».

La fecha del nacimiento de san Benito se sitúa alrededor del año 480. Procedía, según dice san Gregorio de la región de Nursia, *ex provincia Nursiae*. Sus padres, de clase acomodada, lo enviaron a estudiar a Roma. Él, sin embargo, no se quedó mucho tiempo en la ciudad eterna. Como explicación totalmente creíble, san Gregorio alude al hecho de que al joven Benito le disgustaba el estilo de vida de muchos de sus compañeros de estudios, que vivían de manera disoluta, y no quería caer en los mismos errores. Sólo que-

ría agradar a Dios: «*solī Deo placere desiderans*» (*Dial.* II, Prol. 1).

Así, antes de concluir sus estudios, san Benito dejó Roma y se retiró a la soledad de los montes que se encuentran al este de la ciudad eterna. Después de una primera estancia en el pueblo de Effide (hoy Affile), donde se unió durante algún tiempo a una «comunidad religiosa» de monjes, se hizo eremita en la cercana Subiaco. Allí vivió durante tres años, completamente solo, en una gruta que, desde la alta Edad Media, constituye el «corazón» de un monasterio benedictino llamado «Sacro Speco» (Gruta sagrada).

El período que pasó en Subiaco, un tiempo de soledad con Dios, fue para san Benito un momento de maduración. Allí tuvo que soportar y superar las tres tentaciones fundamentales de todo ser humano: la tentación de autoafirmarse y el deseo de ponerse a sí mismo en el centro; la tentación de la sensualidad; y, por último, la tentación de la ira y de la venganza.

San Benito estaba convencido de que sólo después de haber vencido estas tentaciones, podía dirigir a los demás palabras útiles para sus situaciones de necesidad. De este modo, tras pacificar su alma, podía controlar plenamente los impulsos de su yo, para ser artífice de paz a su alrededor. Sólo entonces decidió fundar sus primeros monasterios en el valle del Anio, cerca de Subiaco.

En el año 529, san Benito dejó Subiaco para asentarse en Montecassino. Algunos han explicado que este cambio fue una manera de huir de las intrigas de un eclesiástico local envidioso. Pero esta explicación resulta poco convincente, pues su muerte repentina no impulsó a san Benito a regresar (*Dial.* II, 8). En realidad, tomó esta decisión porque había entrado en una nueva fase de su maduración interior y de su experiencia monástica.

Según san Gregorio Magno, su salida del remoto valle del Anio hacia el monte Cassio -una altura que, dominando la llanura circunstante, es visible desde lejos-, tiene un carácter simbólico: la vida monástica en el ocultamiento tiene una razón de ser, pero un monasterio también tiene una finalidad pública en la vida de la Iglesia y de la sociedad: debe dar visibilidad a la fe como fuerza de vida. De hecho, cuando el 21 de marzo del año 547 san Benito concluyó su vida terrena, dejó con su *Regla* y con la familia benedictina que fundó, un patrimonio que ha dado frutos a través de los siglos y que los sigue dando en el mundo entero.

En todo el segundo libro de los *Diálogos*, san Gregorio nos muestra cómo la vida de san Benito estaba inmersa en un clima de oración, fundamento de su existencia. Sin oración no hay experiencia de Dios. Pero la espiritualidad de san Benito no era una interioridad alejada de la realidad. En la inquietud y en el caos de su época, vivía bajo la mi-

rada de Dios y precisamente así nunca perdió de vista los deberes de la vida cotidiana ni al hombre con sus necesidades concretas.

Al contemplar a Dios, comprendió la realidad del hombre y su misión. En su *Regla* se refiere a la vida monástica como «escuela del servicio del Señor» (*Prol.* 45) y pide a sus monjes que «nada se anteponga a la Obra de Dios» (43, 3), es decir, al Oficio divino o Liturgia de las Horas. Sin embargo, subraya que la oración es, en primer lugar, un acto de escucha (*Prol.* 9-11), que después debe traducirse en la acción concreta. «El Señor espera que respondamos diariamente con obras a sus santos consejos», afirma (*Prol.* 35).

Así, la vida del monje se convierte en una simbiosis fecunda entre acción y contemplación «para que en todo sea glorificado Dios» (57, 9). En contraste con una autorrealización fácil y egocéntrica, que hoy con frecuencia se exalta, el compromiso primero e irrenunciable del discípulo de san Benito es la sincera búsqueda de Dios (58, 7) en el camino trazado por Cristo, humilde y obediente (5, 13), a cuyo amor no debe anteponer nada (4, 21; 72, 11), y precisamente así, sirviendo a los demás, se convierte en hombre de servicio y de paz. En el ejercicio de la obediencia vivida con una fe animada por el amor (5, 2), el monje conquista la humildad (5, 1), a la que dedica todo un capítulo de su *Regla* (7). De este modo, el hombre se configura cada vez

más con Cristo y alcanza la auténtica autorrealización como criatura a imagen y semejanza de Dios.

A la obediencia del discípulo debe corresponder la sabiduría del abad, que en el monasterio «hace las veces de Cristo» (2, 2; 63, 13). Su figura, descrita sobre todo en el segundo capítulo de la *Regla*, con un perfil de belleza espiritual y de compromiso exigente, puede considerarse un autorretrato de san Benito, pues -como escribe san Gregorio Magno- «el santo de ninguna manera podía enseñar algo diferente de lo que vivía» (*Dial.* II, 36). El abad debe ser un padre tierno y al mismo tiempo un maestro severo (2, 24), un verdadero educador. Aun siendo inflexible contra los vicios, sobre todo está llamado a imitar la ternura del buen Pastor (27, 8), a «servir más que a mandar» (64, 8), y a «enseñar todo lo bueno y lo santo más con obras que con palabras» (2, 12). Para poder decidir con responsabilidad, el abad también debe escuchar «el consejo de los hermanos» (3, 2), porque «muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor» (3, 3). Esta disposición hace sorprendentemente moderna una *Regla* escrita hace casi quince siglos. Un hombre de responsabilidad pública, incluso en ámbitos privados, siempre debe saber escuchar y aprender de lo que escucha.

San Benito califica la *Regla* como «mínima, escrita sólo para el inicio» (73, 8); pero, en realidad, ofrece indicaciones útiles no sólo para los monjes,

sino también para todos los que buscan orientación en su camino hacia Dios. Por su moderación, su humanidad y su sobrio discernimiento entre lo esencial y lo secundario en la vida espiritual, ha mantenido su fuerza iluminadora hasta hoy. Pablo VI, al proclamar el 24 de octubre de 1964 a san Benito patrono de Europa, pretendía reconocer la admirable obra llevada a cabo por el santo a través de la *Regla* para la formación de la civilización y de la cultura europea. Hoy Europa, recién salida de un siglo herido profundamente por dos guerras mundiales y después del derrumbe de las grandes ideologías que se han revelado trágicas utopías, se encuentra en búsqueda de su propia identidad.

Para crear una unidad nueva y duradera, ciertamente son importantes los instrumentos políticos, económicos y jurídicos, pero es necesario también suscitar una renovación ética y espiritual que se inspire en las raíces cristianas del continente. De lo contrario no se puede reconstruir Europa. Sin esta savia vital, el hombre queda expuesto al peligro de sucumbir a la antigua tentación de querer redimirse por sí mismo, utopía que de diferentes maneras, en la Europa del siglo XX, como puso de relieve el Papa, Juan Pablo II, provocó «una regresión sin precedentes en la atormentada historia de la humanidad» (*Discurso a la asamblea plenaria del Consejo pontificio para la cultura*, 12 de enero de 1990, n. 1: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 28 de enero de 1990, p. 6). Al bus-

car el verdadero progreso, escuchemos también hoy la *Regla* de san Benito como una luz para nuestro camino. El gran monje sigue siendo un verdadero maestro que enseña el arte de vivir el verdadero humanismo.

Miércoles, 30 de abril de 2008
Viaje apostólico a Estados Unidos

Queridos hermanos y hermanas:

Aunque ya han pasado varios días desde mi regreso, deseo dedicar la catequesis de hoy, como de costumbre, al viaje apostólico que realicé a la Organización de las Naciones Unidas y a Estados Unidos del 15 al 21 de abril. Ante todo renuevo mi más cordial agradecimiento a la Conferencia episcopal estadounidense, así como al presidente Bush, por haberme invitado y por la cálida acogida que me brindaron. Pero quisiera extender mi agradecimiento a todos los que, en Washington y en Nueva York, acudieron a saludarme y a manifestar su amor al Papa, y a los que me acompañaron y apoyaron con la oración y con el ofrecimiento de sus sacrificios.

Como es sabido, la ocasión de la visita fue el bicentenario de la elevación de la primera diócesis del país, Baltimore, a sede metropolitana, y de la fundación de las sedes de Nueva York, Boston, Filadelfia y Louisville. Por eso, en este aniversario típicamente eclesial,

tuve la alegría de visitar personalmente, por primera vez como sucesor de Pedro, al querido pueblo de Estados Unidos, para confirmar en la fe a los católicos, para renovar e incrementar la fraternidad con todos los cristianos, y para anunciar a todos el mensaje de “Cristo, nuestra esperanza”, como rezaba el lema del viaje.

En el *encuentro con el señor presidente*, en su residencia, rendí homenaje a ese gran país, que desde los inicios se edificó sobre la base de una feliz conjugación entre principios religiosos, éticos y políticos, y que sigue siendo un ejemplo válido de sana laicidad, donde la dimensión religiosa, en la diversidad de sus expresiones, no sólo se tolera, sino que también se valora como “alma” de la nación y garantía fundamental de los derechos y los deberes del hombre. En ese contexto la Iglesia puede desempeñar con libertad y compromiso su misión de evangelización y promoción humana, y también de “conciencia crítica”, contribuyendo a la construcción de una sociedad digna de la persona humana y, al mismo tiempo, estimulando a un país, como Estados Unidos, al que todos consideran como uno de los principales actores del escenario internacional, hacia la solidaridad global, cada vez más necesaria y urgente, y hacia el ejercicio paciente del diálogo en las relaciones internacionales.

Naturalmente, la misión y el papel de la comunidad eclesial estuvieron en el centro del *encuentro con los obispos*,

que tuvo lugar en el santuario nacional de la Inmaculada Concepción, en Washington. En el contexto litúrgico de las Vísperas, alabamos al Señor por el camino recorrido por el pueblo de Dios en Estados Unidos, por el celo de sus pastores, y por el fervor y la generosidad de sus fieles, que se manifiesta en la elevada y abierta consideración de la fe y en innumerables iniciativas caritativas y humanitarias en el país y en el extranjero.

Al mismo tiempo, apoyé a mis hermanos en el episcopado en su difícil tarea de sembrar el Evangelio en una sociedad marcada por muchas contradicciones, que amenazan la coherencia de los católicos e incluso del clero. Los animé a elevar su voz sobre las cuestiones morales y sociales actuales y a formar a los fieles laicos para que sean buena “levadura” en la comunidad civil, desde la célula fundamental que es la familia. En este sentido, los exhorté a volver a proponer el sacramento del matrimonio como don y compromiso indisoluble entre un hombre y una mujer, ámbito natural de acogida y de educación de los hijos. La Iglesia y la familia, juntamente con la escuela, especialmente la de inspiración cristiana, deben cooperar para impartir a los jóvenes una sólida educación moral, pero en esta tarea también tienen una gran responsabilidad los agentes de la comunicación y del entretenimiento.

Pensando en el doloroso caso de los abusos sexuales a menores cometidos

por ministros ordenados, expresé a los obispos mi cercanía, animándolos en el compromiso de curar las heridas y de reforzar las relaciones con sus sacerdotes. Respondiendo a algunas preguntas planteadas por los obispos, subrayé algunos aspectos importantes: la relación intrínseca entre el Evangelio y la “ley natural”; la sana concepción de la libertad, que se comprende y se realiza en el amor; la dimensión eclesial de la experiencia cristiana; la exigencia de anunciar de manera nueva, en especial a los jóvenes, la “salvación” como plenitud de vida, y de educar en la oración, de la que brotan las respuestas generosas a la llamada del Señor.

En la grande y festiva *celebración eucarística en el estadio Nationals Park* de Washington invocamos al Espíritu Santo sobre toda la Iglesia que está en Estados Unidos para que, firmemente arraigada en la fe transmitida por los padres, profundamente unida y renovada, afronte los desafíos presentes y futuros con valentía y esperanza, la esperanza que “no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (*Rm 5, 5*).

Ciertamente, uno de estos desafíos es el de la educación; por eso, en la Universidad católica de América me reuní con los rectores de universidades y de centros universitarios católicos, con los responsables diocesanos de la enseñanza, y con los representantes de los profesores y los alumnos. La tarea educativa es parte integrante de la misión de la

Iglesia, y la comunidad eclesial estadounidense siempre se ha comprometido mucho en este campo, prestando al mismo tiempo un gran servicio social y cultural a todo el país. Es importante que esto continúe. También es importante cuidar la calidad de los centros católicos de enseñanza, para que en ellos se forme a las personas verdaderamente según “la medida de la madurez” de Cristo (cf. *Ef 4, 13*), conjugando fe y razón, libertad y verdad. Por tanto, con alegría confirmé a los formadores en su valioso compromiso de caridad intelectual.

En un país con una vocación multicultural, como Estados Unidos, asumieron un relieve especial los *encuentros con los representantes de otras religiones*: en Washington, en el Centro cultural, Juan Pablo II, con judíos, musulmanes, hindúes, budistas y jainistas; y en Nueva York, la visita a la Sinagoga. Momentos -especialmente este último- muy cordiales, que confirmaron el compromiso común por el diálogo y la promoción de la paz y de los valores espirituales y morales. En la que puede considerarse como la patria de la libertad religiosa, recordé que es preciso defender siempre esta libertad con un esfuerzo conjunto, para evitar toda forma de discriminación y prejuicio. Y puse de relieve la gran responsabilidad de los líderes religiosos, tanto al enseñar el respeto y la no violencia, como al mantener vivos los interrogantes más profundos de la conciencia humana. También la *celebración ecuménica* en la iglesia parro-

quial de San José se caracterizó por una gran cordialidad. Juntos oramos al Señor para que aumente en los cristianos la capacidad de dar razón, también con una unidad cada vez mayor, de su única gran esperanza (cf. *1 P* 3, 15), basada en la fe común en Jesucristo.

Otro objetivo principal de mi viaje fue la *visita a la sede central de la ONU*: la cuarta visita de un Papa, después de la de Pablo VI en 1965 y de las dos de, Juan Pablo II, en 1979 y en 1995. En el sexagésimo aniversario de la *Declaración universal de derechos humanos*, la Providencia me permitió confirmar, en la más amplia y autorizada asamblea supranacional, el valor de esa Carta, recordando su fundamento universal, es decir, la dignidad de la persona humana, creada por Dios a su imagen y semejanza para cooperar en el mundo en su gran designio de vida y de paz.

Al igual que la paz, también el respeto de los derechos humanos está arraigado en la “justicia”, es decir, en un orden ético válido para todos los tiempos y para todos los pueblos, que se puede resumir en la célebre máxima: “No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti”, o expresada de manera positiva con las palabras de Jesús: “Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos” (*Mt* 7, 12). Sobre esta base, que constituye la contribución típica de la Santa Sede a la Organización de las Naciones Unidas, renové, y vuelvo a renovar hoy, el compromiso

efectivo de la Iglesia católica de contribuir a reforzar relaciones internacionales caracterizadas por los principios de responsabilidad y solidaridad.

En mi corazón han quedado fuertemente grabados también otros momentos de mi permanencia en Nueva York. En *la catedral de San Patricio*, en el corazón de Manhattan -verdaderamente una “casa de oración para todos los pueblos”-, celebré la santa misa con los sacerdotes y los consagrados, que acudieron de todas las partes del país. No olvidaré nunca la cordialidad con que me felicitaron por el tercer aniversario de mi elección a la sede de Pedro. Fue un momento conmovedor, en el que experimenté de manera sensible todo el apoyo de la Iglesia a mi ministerio. Lo mismo puedo decir del *encuentro con los jóvenes y los seminaristas*, que se celebró precisamente en el seminario diocesano, precedido por una cita muy significativa con muchachos y jóvenes discapacitados, acompañados de sus familiares.

A los jóvenes, que por naturaleza tienen sed de verdad y de amor, les propuse algunas figuras de hombres y mujeres que han testimoniado de manera ejemplar el Evangelio en tierra estadounidense, el Evangelio de la verdad que hace libres en el amor, en el servicio, en la vida entregada por los demás. Al ver las tinieblas que hoy amenazan su vida, los jóvenes pueden encontrar en los santos la luz que las disipa: la luz de Cristo, esperanza para todo hombre.

Esta esperanza, más fuerte que el pecado y la muerte, animó el momento lleno de emoción que pasé en silencio en el cráter de la Zona Cero, donde encendí un cirio orando por todas las víctimas de esa terrible tragedia.

Por último, mi visita culminó con la *celebración eucarística en el Yankee Stadium* de Nueva York: llevo todavía en el corazón esa fiesta de fe y de fraternidad, con la que celebramos el bicentenario de las diócesis más antiguas de Estados Unidos. El pequeño rebaño de los orígenes se ha desarrollado enormemente,

enriqueciéndose con la fe y las tradiciones de sucesivas oleadas de inmigración. A esa Iglesia, que ahora afronta los desafíos del presente, tuve la alegría de anunciar nuevamente a “Cristo nuestra esperanza” ayer, hoy y siempre.

Queridos hermanos y hermanas, os invito a uniros a mí en la acción de gracias por el alentador resultado de este viaje apostólico y en la súplica a Dios, por intercesión de la Virgen María, para que produzca abundantes frutos para la Iglesia en Estados Unidos y en todas las partes del mundo.

CARTAS

Carta del Papa, Benedicto XVI, con motivo de las exequias de Chiara Lubich

Al señor cardenal TARCISIO BERTONE, secretario de Estado

Participo espiritualmente en la solemne liturgia con la que la comunidad cristiana acompaña a Chiara Lubich en su despedida de esta tierra para entrar en el seno del Padre celestial. Renuevo con afecto mi sentido pésame a los responsables y a toda la Obra de María, Movimiento de los Focolares, así como a quienes han colaborado con esta generosa testigo de Cristo, que, siempre atenta a los “signos de los tiempos”, se entregó sin reservas a la difusión del mensaje evangélico en

todos los ámbitos de la sociedad contemporánea.

Hay muchos motivos para dar gracias al Señor por el don que hizo a la Iglesia con esta mujer de fe intrépida, amable mensajera de esperanza y de paz, fundadora de una gran familia espiritual que abarca múltiples campos de evangelización. Quiero dar gracias a Dios sobre todo por el servicio que Chiara prestó a la Iglesia: un servicio silencioso y eficaz, siempre en sintonía con el magisterio de la Iglesia: «Los Papas -decía- siempre nos han comprendido». Esto porque Chiara y la Obra de María siempre han tratado de responder con dócil fidelidad a cada uno de sus llamamientos y deseos. Lo atestigua, de modo concreto, el víncu-

lo ininterrumpido con mis venerados predecesores: el siervo de Dios Pío XII, el beato Juan XXIII y los siervos de Dios Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

El pensamiento del Papa era para ella una guía segura para orientarse. Más aún, al ver las iniciativas que suscitó, se podría incluso afirmar que tenía casi la capacidad profética de intuirlo y de ponerlo en práctica con anticipación.

Su herencia pasa ahora a su familia espiritual. Que la Virgen María, modelo constante de referencia para Chiara, ayude a cada focolarino y fo-

colarina a seguir su mismo camino, contribuyendo a lograr que, como escribió el querido, Juan Pablo II, después del jubileo del año 2000, la Iglesia sea cada vez más casa y escuela de comunión.

Que el Dios de la esperanza acoja el alma de esta hermana nuestra, conforte y sostenga el compromiso de quienes recogen su testamento espiritual. Por esta intención aseguro un recuerdo particular en la oración, a la vez que envío la bendición apostólica a todos los presentes en el rito sagrado.

Vaticano, 18 de marzo de 2008

MENSAJES

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Seminario Internacional sobre el desarme

Venerado hermano Señor cardenal RENATO RAFFAELE MARTINO Presidente del Consejo pontificio Justicia y paz

Con vivo placer envío un cordial saludo a los participantes en el Seminario internacional organizado por el Consejo pontificio Justicia y paz sobre el tema: «Desarme, desarrollo y paz. Perspectivas para un desarme integral», expresando profundo aprecio por una iniciativa tan oportuna. A usted, señor cardenal, y a cuantos participan en él, les aseguro mi cercanía espiritual.

El tema sobre el que vais a reflexionar es muy actual. La humanidad ha alcanzado un formidable progreso en la ciencia y en la técnica. El ingenio humano ha producido frutos inimaginables hace pocos decenios. Al mismo tiempo, en el mundo siguen existiendo áreas sin un adecuado nivel de desarrollo humano y material; muchos pueblos y personas están privados de los derechos y las libertades más elementales. Incluso en las regiones del mundo que gozan de un elevado nivel de bienestar parecen ensancharse las bolsas de marginación y miseria.

El proceso mundial de globalización ha abierto nuevos horizontes, pero tal

vez no ha dado aún los resultados esperados. Y aunque, después de los horrores de la segunda guerra mundial, la familia humana ha dado prueba de gran civilización fundando la *Organización de las Naciones Unidas*, hoy la comunidad internacional parece desorientada. En diversas áreas del mundo persisten tensiones y guerras, e incluso donde no se vive la tragedia de la guerra predominan sentimientos de miedo e inseguridad. Además, fenómenos como el terrorismo a escala mundial hacen frágil el confín entre la paz y la guerra, poniendo en serio peligro la esperanza del futuro de la humanidad.

¿Cómo responder a estos desafíos? ¿Cómo reconocer los “signos de los tiempos”? Ciertamente, hace falta una acción común en el ámbito político, económico y jurídico, pero, antes aún, es necesaria una reflexión común en el ámbito moral y espiritual; parece cada vez más urgente promover un “nuevo humanismo”, que ilumine al hombre en la comprensión de sí mismo y del sentido de su camino en la historia.

Al respecto, cuán actual es la enseñanza del siervo de Dios, Papa Pablo VI, y su propuesta de un humanismo integral, es decir, orientado a «promover a todos los hombres y a todo el hombre» (*Populorum progressio*, 14). El desarrollo no puede reducirse a un simple crecimiento económico: debe abarcar la dimensión moral y espiritual; un auténtico humanismo integral debe ser al mismo tiempo solidario, y

la solidaridad es una de las expresiones más elevadas del espíritu humano; pertenece a sus deberes naturales (cf. *St 2*, 15-16) y vale tanto para las personas como para los pueblos (cf. *Gaudium et spes*, 86); de su aplicación dependen el pleno desarrollo y la paz, pues el hombre, cuando sólo busca el bienestar material permaneciendo encerrado en su propio yo, se cierra a sí mismo el camino hacia la plena realización y la auténtica felicidad.

En vuestro seminario reflexionáis sobre tres elementos interdependientes entre sí: el desarme, el desarrollo y la paz. En efecto, no se puede concebir una paz auténtica y duradera sin el desarrollo de todas las personas y de todos los pueblos: Pablo VI dijo que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz» (*ib.*, 87). Y no se puede realizar una reducción de armamentos si antes no se elimina la raíz de la violencia, o sea, si antes el hombre no se orienta decididamente a la búsqueda de la paz, de lo bueno y de lo justo. La guerra, como toda forma de mal, tiene su origen en el corazón del hombre (cf. *Mt 15*, 19; *Mc 7*, 20-23). En este sentido, el desarme no sólo se refiere a los armamentos de los Estados, sino que también implica a todos los hombres, llamados a desarmar su corazón y a ser por doquier constructores de paz.

Mientras exista el peligro de una agresión, el armamento de los Estados será necesario por razones de legítima defensa, que constituye uno de los de-

rechos inalienables de los Estados, pues también guarda relación con el deber de los Estados de defender la seguridad y la paz de los pueblos. Sin embargo, no parece lícito cualquier nivel de armamento, porque «cada Estado puede poseer únicamente las armas necesarias para garantizar su legítima defensa» (Consejo pontificio Justicia y paz, *El comercio internacional de armas*, Ciudad del Vaticano, 1994, p. 13). La falta de respeto de este “principio de suficiencia” conduce a la paradoja por la que los Estados amenazan la vida y la paz de los pueblos que pretenden defender; y los armamentos, en vez de ser garantía de paz, corren el riesgo de convertirse en una trágica preparación para la guerra.

Existe, además, una estrecha relación entre *desarme* y *desarrollo*. De hecho, los ingentes recursos materiales y humanos empleados en gastos militares y en armamentos se sustraen a los proyectos de desarrollo de los pueblos, especialmente de los más pobres y necesitados de ayuda. Y esto va contra lo que afirma la misma *Carta de las Naciones Unidas*, que compromete a la comunidad internacional, y a los Estados en particular, a “promover el establecimiento y el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional con el mínimo dispendio de los recursos humanos y económicos mundiales en armamentos” (art. 26).

En efecto, ya Pablo VI, en 1964, pidió a los Estados que redujeran el gasto

militar de armamentos y crearan, con los recursos ahorrados de este modo, un fondo mundial destinado a proyectos de desarrollo de las personas y de los pueblos más pobres y necesitados (cf. *Mensaje a los periodistas para el mundo*, 4 de diciembre de 1964). Pero lo que está sucediendo es que la producción y el comercio de armas aumentan continuamente y desempeñan un papel impulsor en la economía mundial. Más aún, existe una tendencia a superponer la economía civil sobre la militar, como muestra la difusión continua de bienes y conocimientos para un «uso dual», o sea, para el posible doble uso, civil y militar. Este peligro es grave en los sectores biológico, químico y nuclear, en los que los programas civiles jamás serán seguros sin el abandono general y completo de los programas militares y hostiles. Por eso, renuevo el llamamiento para que los Estados reduzcan los gastos militares en armamentos y tomen seriamente en consideración la idea de crear un fondo mundial, que se destine a proyectos de desarrollo pacífico de los pueblos.

Existe igualmente una estrecha relación entre el desarrollo y la paz, en un doble sentido. En efecto, puede haber guerras desencadenadas por graves violaciones de los derechos humanos, por la injusticia y la miseria, pero no hay que descuidar el peligro de verdaderas “guerras de bienestar”, es decir, causadas por la voluntad de extender o conservar el dominio económico en perjuicio de los demás. El simple bienestar

material, sin un coherente desarrollo moral y espiritual, puede cegar al hombre hasta el punto de impulsarlo a matar a su hermano (cf. *St* 4, 1 ss). Hoy, de modo aún más urgente que en el pasado, es necesaria una decidida opción de la comunidad internacional en favor de la paz. En el plano económico, es preciso hacer que la economía se oriente al servicio de la persona humana, a la solidaridad, y no sólo al lucro.

En el ámbito jurídico, los Estados están llamados a renovar su compromiso, de modo particular por el respeto de los tratados internacionales vigentes sobre el desarme y el control de todos los tipos de armas, así como por la ratificación y la consiguiente entrada en vigor de los instrumentos ya adoptados, como el *Tratado sobre la prohibición general de pruebas nucleares*, y por el éxito de las negociaciones actuales, como las que se están realizando sobre las armas de racimo, sobre el comercio de armas convencionales o sobre el material fisible. Por último, es necesario esforzarse todo lo posible contra la proliferación de armas ligeras y de bajo calibre, que alimentan las guerras locales y la violencia urbana, y matan cada día a demasiadas personas en todo el mundo.

Sin embargo, sin una conversión del hombre al bien en el plano cultural, moral y espiritual, será difícil encontrar una solución a las diversas cuestiones de índole técnica. Todo hombre, en cualquier condición, está llamado a convertirse al bien y a buscar la paz,

en su corazón, con el prójimo, en el mundo. En este sentido, sigue siendo siempre válido el magisterio del beato Papa Juan XXIII, que indicó con claridad el objetivo de un *desarme integral*, afirmando: «Ni el cese en la carrera de armamentos, ni la reducción de las armas, ni, lo que es fundamental, el desarme general son posibles si este desarme no es absolutamente completo y llega hasta las mismas conciencias; es decir, si no se esfuerzan todos por colaborar cordial y sinceramente en eliminar de los corazones el temor y la angustiosa perspectiva de la guerra» (*Pacem in terris*, 113).

Al mismo tiempo, no hay que descuidar el efecto que los armamentos producen en el estado de ánimo y en el comportamiento del hombre, pues las armas tienden a alimentar a su vez la violencia. Pablo VI captó de modo muy agudo este aspecto en su *Discurso a la Asamblea general de las Naciones Unidas* de 1965. En aquella sede, a donde también yo me preparo para ir en los próximos días, afirmó: «Las armas, sobre todo las terribles armas que os ha dado la ciencia moderna, antes aún de causar víctimas y ruinas, engendran malos sueños; alimentan malos sentimientos; crean pesadillas, desconfianzas, negras resoluciones; exigen enormes gastos; detienen los proyectos de solidaridad y de trabajo útil; alteran la psicología de los pueblos» (n. 5).

Como muchas veces reafirmaron mis predecesores, la paz es un don de

Dios, un don valioso que hay que buscar y conservar también con medios humanos. Por consiguiente, es precisa la aportación de todos y es cada vez más necesaria una amplia difusión de la *cultura de la paz* y una *educación común para la paz*, sobre todo de las nuevas generaciones, con respecto a las cuales las generaciones adultas tienen graves responsabilidades. Por lo demás, subrayar el deber de cada hombre de construir la paz no significa descuidar la existencia de un verdadero derecho humano a la paz. Derecho fundamental e inalienable; más aún, derecho del que depende el ejercicio de todos los demás derechos: “Es tan grande el bien de la paz -escribió san Agustín-, que aun en las cosas terrenas y mortales no solemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni, finalmente, podemos hallar cosa mejor” (*La Ciudad de Dios*, XIX, 11).

Señor cardenal y participantes en el seminario, dirigiendo la mirada a las situaciones concretas en las que vive hoy la humanidad, se podría sentir la tentación del desaliento y la resignación: en las relaciones internacionales a veces parecen prevalecer la desconfianza y la soledad; los pueblos se sienten divididos, y unos contra otros. Una guerra total, de terrible profecía corre el riesgo de transformarse en trágica realidad. Pero la guerra jamás es inevitable, y la paz siempre es posible, más aún, es un deber.

Así pues, ha llegado el momento de cambiar el curso de la historia,

de recuperar la confianza, de cultivar el diálogo, de alimentar la solidaridad. Éstos son los nobles objetivos que inspiraron a los fundadores de la Organización de las Naciones Unidas, verdadera experiencia de amistad entre los pueblos. El futuro de la humanidad depende del compromiso de todos. Sólo persiguiendo un humanismo integral y solidario, en cuyo contexto también la cuestión del desarme asume un carácter ético y espiritual, la humanidad podrá caminar hacia la anhelada paz auténtica y duradera. Ciertamente, este camino no es fácil, y está sometido a peligros, como reconoció hace ya treinta años mi venerado predecesor, Pablo VI, en el *Mensaje a la primera sesión especial sobre desarme* de la Asamblea general de las Naciones Unidas: «El camino que conduce a la instauración de un orden internacional nuevo, capaz de eliminar las guerras y sus causas, y, por consiguiente, capaz de hacer superfluas las armas, no podrá ser, sin embargo, tan corto como quisiéramos» (*Mensaje* del 24 de mayo de 1978, n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de junio de 1978, p. 11).

Los creyentes encuentran apoyo en la palabra de Dios, que nos anima a la fe y a la esperanza, con vistas a la paz definitiva del reino de Dios, donde «la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan» (*Sal* 85, 11). Por eso, con ardiente oración imploramos de Dios el don de la paz para toda la humanidad.

Con estos sentimientos, renuevo mi felicitación al Consejo pontificio Justicia y paz por haber promovido y organizado este encuentro sobre un tema tan delicado y urgente, aseguro un recuerdo particular en la oración por

el éxito de los trabajos, y de corazón envío a todos una especial bendición apostólica.

Vaticano, 10 de abril de 2008

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en el XXVI Capítulo General de la Sociedad de San Francisco de Sales

Lunes, 31 de marzo de 2008

Eminencia; queridos miembros del capítulo general de la congregación salesiana:

Me alegra encontrarme hoy con vosotros mientras llegan a su fase conclusiva vuestros trabajos capitulares. Agradezco ante todo al rector mayor, don Pascual Chávez Villanueva, los sentimientos que ha manifestado en nombre de todos, confirmando la voluntad de la congregación de actuar siempre con la Iglesia y por la Iglesia, en plena sintonía con el Sucesor de Pedro. Le agradezco, asimismo, el servicio generoso que ha prestado en el sexenio pasado y le expreso mis mejores deseos para el encargo que le acaban de renovar. Saludo también a los miembros del nuevo consejo general, que ayudarán al rector mayor en

su tarea de animación y de gobierno de toda vuestra congregación.

En el mensaje que dirigí al rector mayor, y a través de él a vosotros, los capitulares, al comenzar vuestros trabajos manifesté algunas expectativas que la Iglesia pone en vosotros, los salesianos, e hice algunas consideraciones para el camino de vuestra congregación. Hoy deseo retomar y profundizar algunas de esas indicaciones, también a la luz del trabajo que estáis desarrollando.

Vuestro XXVI capítulo general se celebra en un período de grandes cambios sociales, económicos y políticos; de marcados problemas éticos, culturales y ambientales; y de conflictos aún por resolver entre etnias y naciones. Por otra parte, en nuestro tiempo hay comunicaciones más intensas entre los pueblos, nuevas posibilidades de conocimiento y de diálogo, una confrontación más viva sobre los valores espirituales que dan sentido a la existencia. En particular, las exigencias que los

jóvenes nos presentan, especialmente sus interrogantes sobre los problemas de fondo, ponen de manifiesto los intensos deseos de vida plena, de amor auténtico y de libertad constructiva que albergan.

Son situaciones que interpelan profundamente a la Iglesia y su capacidad de anunciar hoy el evangelio de Cristo con toda su carga de esperanza. Por eso, deseo vivamente que toda la congregación salesiana, también gracias a los resultados de vuestro capítulo general, viva con renovado impulso y fervor la misión para la que el Espíritu Santo, por la intervención maternal de María Auxiliadora, la suscitó en la Iglesia. Hoy quiero animaros a vosotros, y a todos los salesianos, a seguir por el camino de esta misión, con plena fidelidad a vuestro carisma originario, en el contexto del ya inminente bicentenario del nacimiento de don Bosco.

Con el tema “*Da mihi animas, cetera tolle*”, vuestro capítulo general se propuso reavivar el celo apostólico en cada salesiano y en toda la congregación. Eso ayudará a definir mejor el perfil del salesiano, de modo que sea cada vez más consciente de su identidad de persona consagrada “para la gloria de Dios” y esté cada vez más inflamado de celo pastoral “por la salvación de las almas”.

Don Bosco quiso que la continuidad de su carisma en la Iglesia estuviera asegurada por la opción de la vida consagrada. También hoy el movimiento

salesiano sólo puede crecer en fidelidad carismática si en su interior sigue siendo un núcleo fuerte y vital de personas consagradas. Por eso, con el fin de fortalecer la identidad de toda la congregación, vuestro primer compromiso consiste en reforzar la vocación de cada salesiano a vivir en plenitud la fidelidad a su llamada a la vida consagrada.

Toda la congregación debe tender a ser continuamente “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos” (*Vita consecrata*, 22). Cristo debe ocupar el centro de vuestra vida. Es preciso dejarse aferrar por él y recomenzar siempre desde él. Todo lo demás ha de considerarse “pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús” y todo ha de tenerse “por basura para ganar a Cristo” (*Flp* 3, 8).

De aquí brota el amor ardiente al Señor Jesús, la aspiración a configurarse con él asumiendo sus sentimientos y su forma de vida, su abandono confiado al Padre, su entrega a la misión evangelizadora, que deben caracterizar a todo salesiano. Debe sentirse elegido para seguir a Cristo obediente, pobre y casto, según las enseñanzas y el ejemplo de don Bosco.

El proceso de secularización, que avanza en la cultura contemporánea, lamentablemente afecta también a las comunidades de vida consagrada. Por eso, es preciso velar sobre formas y esti-

los de vida que corren el peligro de debilitar el testimonio evangélico, haciendo ineficaz la acción pastoral y frágil la respuesta vocacional. En consecuencia, os pido que ayudéis a vuestros hermanos a conservar y a reavivar la fidelidad a la llamada. La oración que Jesús dirigió al Padre antes de su pasión para que cuidara en su nombre a todos los discípulos que le había dado y para que ninguno de ellos se perdiera (cf. *Jn* 17, 11-12), vale de modo particular para las vocaciones de especial consagración.

Por eso, “la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa” de vuestra congregación (*Vita consecrata*, 93). La palabra de Dios y la liturgia han de ser las fuentes de la espiritualidad salesiana. En particular, la *lectio divina*, practicada diariamente por todo salesiano, y la Eucaristía, celebrada cada día en la comunidad, deben ser su alimento y su apoyo. De aquí nacerá la auténtica espiritualidad de la entrega apostólica y de la comunión eclesial. La fidelidad al Evangelio vivido *sine glossa* y a vuestra Regla de vida, en particular un estilo de vida austero y la pobreza evangélica practicada de modo coherente, el amor fiel a la Iglesia y la entrega generosa de vosotros mismos a los jóvenes, especialmente a los más necesitados y desvalidos, serán una garantía del florecimiento de vuestra congregación.

Don Bosco es un ejemplo brillante de una vida impregnada de celo apostólico, vivida al servicio de la Iglesia dentro de la congregación y la familia

salesianas. Siguiendo las huellas de san José Cafasso, vuestro fundador aprendió a asumir el lema “*da mihi animas, cetera tolle*” como síntesis de un modelo de acción pastoral inspirado en la figura y en la espiritualidad de san Francisco de Sales. Ese modelo se sitúa en el horizonte de la primacía absoluta del amor de Dios, un amor que llega a forjar personalidades ardientes, deseosas de contribuir a la misión de Cristo para encender toda la tierra con el fuego de su amor (cf. *Lc* 12, 49).

Juntamente con el amor a Dios, la otra característica del modelo salesiano es la conciencia del valor inestimable de las “almas”. Esta percepción genera, por contraste, un agudo sentido del pecado y de sus devastadoras consecuencias en el tiempo y en la eternidad. El apóstol está llamado a colaborar en la acción redentora del Salvador, para que no se pierda nadie. Por consiguiente, “salvar las almas”, precisamente según las palabras de san Pedro, fue la única razón de ser de don Bosco. El beato Miguel Rua, su primer sucesor, sintetizó así toda la vida de vuestro amado padre y fundador: “No dio ningún paso, no pronunció ninguna palabra, no emprendió ninguna empresa que no estuviera orientada a la salvación de la juventud. (...) Realmente, sólo le interesaban las almas”. Así se refirió el beato Miguel Rua acerca de don Bosco.

También hoy es urgente alimentar este celo en el corazón de cada sale-

siano. Así no tendrá miedo de actuar con audacia incluso en los ámbitos más difíciles de la acción evangelizadora en favor de los jóvenes, especialmente de los más pobres material y espiritualmente. Tendrá la paciencia y la valentía de proponer a los jóvenes vivir la misma totalidad de entrega en la vida consagrada. Tendrá el corazón abierto a descubrir las nuevas necesidades de los jóvenes y a escuchar su invocación de ayuda, dejando eventualmente a otros los campos ya consolidados de intervención pastoral.

Por eso, el salesiano afrontará las exigencias totalizadoras de la misión con una vida sencilla, pobre y austera, compartiendo las mismas condiciones de los más pobres, y tendrá la alegría de dar más a quienes en la vida han recibido menos. Así el celo apostólico resultará contagioso e implicará también a otros. Por tanto, el salesiano se hace promotor del sentido apostólico, ayudando ante todo a los jóvenes a conocer y amar al Señor Jesús, a dejarse fascinar por él, a cultivar el compromiso evangelizador, a querer hacer el bien a sus coetáneos, a ser apóstoles de otros jóvenes, como santo Domingo Savio, la beata Laura Vicuña y el beato Ceferino Namuncurá, y los cinco jóvenes beatos mártires del oratorio de Poznan. Queridos salesianos, comprometeos en la formación de laicos con corazón apostólico, invitando a todos a caminar en la santidad de vida que hace madurar discípulos valientes y apóstoles auténticos.

En el mensaje que dirigí al rector mayor al inicio de vuestro capítulo general entregué idealmente a todos los salesianos la carta que envié recientemente a los fieles de Roma sobre la preocupación de lo que he llamado una gran *emergencia educativa*. “Educar nunca ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil; por eso, muchos padres de familia y profesores se sienten tentados de renunciar a la tarea que les corresponde, y ya ni siquiera logran comprender cuál es de verdad la misión que se les ha confiado. En efecto, demasiadas incertidumbres y dudas reinan en nuestra sociedad y en nuestra cultura; los medios de comunicación social transmiten demasiadas imágenes distorsionadas. Así, resulta difícil proponer a las nuevas generaciones algo válido y cierto, reglas de conducta y objetivos por los cuales valga la pena gastar la propia vida” (*Discurso en la entrega a la diócesis de Roma de la carta sobre la tarea urgente de la educación*, 23 de febrero de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de febrero de 2008, p. 6).

En realidad, el aspecto más grave de la emergencia educativa es el sentido de desaliento que invade a muchos educadores, especialmente padres de familia y profesores, ante las dificultades que plantea hoy su tarea. En efecto, en la citada carta escribí: «Sólo una esperanza fiable puede ser el alma de la educación, como de toda la vida. Hoy nuestra esperanza se ve asechada desde muchas partes, y también no-

sotros, como los antiguos paganos, corremos el riesgo de convertirnos en hombres “sin esperanza y sin Dios en este mundo”, como escribió el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso (*Ef* 2, 12). Precisamente de aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida» (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de febrero de 2008, p. 9) que, en el fondo, no es más que desconfianza en Dios, que nos ha llamado a la vida.

En la educación de los jóvenes es sumamente importante que la familia sea un sujeto activo. Con frecuencia encuentra dificultades para afrontar los desafíos de la educación; muchas veces es incapaz de dar su aportación específica, o está ausente. La predilección y el compromiso en favor de los jóvenes, que son característica del carisma de don Bosco, deben traducirse en un compromiso igual para la implicación y la formación de las familias.

Por consiguiente, vuestra pastoral juvenil debe abrirse decididamente a la pastoral familiar. Cuidar las familias no es restar fuerzas al trabajo en favor de los jóvenes; al contrario, es hacerlo más duradero y eficaz. Por eso, os animo a profundizar las formas de este compromiso, por el que ya estáis encaminados. Eso redundará en beneficio de la educación y la evangelización de los jóvenes.

Ante estas múltiples tareas es necesario que vuestra congregación asegure, especialmente a sus miembros, una sólida formación. La Iglesia necesita con urgencia personas de fe sólida y profunda, de preparación cultural actualizada, de genuina sensibilidad humana y de fuerte sentido pastoral. Necesita personas consagradas que dediquen su vida a estar en estas fronteras. Sólo así será posible evangelizar de forma eficaz, anunciar al Dios de Jesucristo y así la alegría de la vida.

Por consiguiente, a este compromiso formativo debe dedicarse vuestra congregación como una prioridad. Debe seguir formando con gran esmero a sus miembros sin contentarse con la mediocridad, superando las dificultades de la fragilidad vocacional, favoreciendo un sólido acompañamiento espiritual y garantizando en la formación permanente la cualificación educativa y pastoral.

Concluyo dando gracias a Dios por la presencia de vuestro carisma al servicio de la Iglesia. Os animo a realizar las metas que vuestro capítulo general proponga a toda la congregación. Os aseguro mi oración por la puesta en práctica de lo que el Espíritu os sugiera para el bien de los jóvenes, de las familias y de todos los laicos implicados en el espíritu y en la misión de don Bosco. Con estos sentimientos os imparto ahora a todos vosotros, como prenda de abundantes dones celestiales, la bendición apostólica.

***Alocución del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la “Fundación
Papal”***

*Sala Clementina, Viernes, 4 de abril
de 2008*

*Queridos hermanos en el episcopado;
queridos amigos en Cristo:*

Os doy una cordial bienvenida a vosotros, representantes de la Fundación Papal, mientras seguís celebrando la gloriosa resurrección de nuestro Señor en este santo tiempo de Pascua.

«¡Es verdad, el Señor ha resucitado!». Ésta fue la respuesta de los Once a los discípulos de Emaús, que habían reconocido a Jesús en la fracción del pan y se habían apresurado a reunirse con ellos en Jerusalén (cf. *Lc 24, 33-40*). El encuentro con el Señor resucitado transformó su tristeza en alegría, su decepción en esperanza. Su testimonio de fe nos infunde la firme convicción de que Cristo vive en medio de nosotros, otorgando los dones que nos permiten ser mensajeros de esperanza en el mundo actual.

La verdadera fuente del servicio de amor de la Iglesia, mientras se esfuerza por aliviar el sufrimiento de los pobres y de los débiles, se puede encontrar en su fe inquebrantable en que el Señor ha vencido definitivamente al pecado y a la muerte; y en el hecho de que, sirviendo a sus hermanos y hermanas, sirve al Señor mismo hasta que venga

de nuevo en su gloria (cf. *Mt 25, 31-46; Deus caritas est, 19*).

Queridos amigos, me complace tener esta ocasión de expresar mi gratitud por el generoso apoyo que la Fundación Papal ofrece a través de proyectos de ayuda y becas, una contribución que me permite desempeñar mi ministerio apostólico en favor de la Iglesia universal. Os pido vuestras oraciones y os aseguro las mías. Quiera Dios que vuestras buenas obras sigan multiplicándose, infundiendo en nuestros hermanos y hermanas la esperanza segura de que Jesús jamás deja de dar su vida por nosotros en los sacramentos, para que podamos proveer a las necesidades materiales y espirituales de toda la familia humana (cf. *Deus caritas est, 25*).

Encomendándoos a vosotros y a vuestros seres queridos a la protección de la santísima Virgen María, de corazón os imparto mi bendición apostólica como prenda de alegría y paz en el Salvador resucitado.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a un Congreso organizado por el
Instituto Pontificio Juan Pablo II
para estudios sobre el matrimonio y
la familia***

Sábado, 5 de abril de 2008

*Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
queridos hermanos y hermanas:*

Con gran alegría me encuentro con vosotros, con ocasión del Congreso internacional *El aceite sobre las heridas. Una respuesta a las plagas del aborto y del divorcio*, organizado por el Instituto pontificio, Juan Pablo II, para estudios sobre el matrimonio y la familia, en colaboración con los Caballeros de Colón. Os felicito por el tema escogido como objeto de vuestras reflexiones durante estos días, muy actual y complejo, en particular por la referencia a la parábola del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37), que habéis elegido como clave para analizar las plagas del aborto y del divorcio, que tanto sufrimiento causan en la vida de las personas, de las familias y de la sociedad.

Sí, en verdad, los hombres y las mujeres de nuestro tiempo se encuentran a veces despojados y heridos, al borde de los caminos que recorreremos, a menudo sin que nadie escuche sus gritos de auxilio y se compadezca de ellos, para aliviarlos y curarlos. En el debate, con frecuencia puramente ideológico, se crea con respecto a ellos una especie de conjuración de silencio. Sólo con la actitud del amor misericordioso es posible acercarse a las víctimas para llevarles ayuda y permitir que se levanten y reanuden el camino de la existencia.

En un contexto cultural marcado por un creciente individualismo, por el hedonismo y muy a menudo también por la falta de solidaridad y de un adecuado apoyo social, la libertad humana, ante las dificultades de la vida,

en su fragilidad es impulsada a decisiones contrarias a la indisolubilidad del pacto conyugal o al respeto debido a la vida humana recién concebida y aún custodiada en el seno materno. Ciertamente, el divorcio y el aborto son opciones de índole diferente, a veces maduradas en circunstancias difíciles y dramáticas, que a menudo provocan traumas y son fuente de profundos sufrimientos para quien las lleva a cabo. Afectan también a víctimas inocentes: al niño recién concebido y aún no nacido, y a los hijos implicados en la ruptura de los vínculos familiares. En todos dejan heridas que marcan indeleblemente la vida.

El juicio ético de la Iglesia con respecto al divorcio y al aborto provocado es claro y de todos conocido: se trata de culpas graves que, en diversas medidas y quedando a salvo la valoración de las responsabilidades subjetivas, menoscaban la dignidad de la persona humana, implican una profunda injusticia en las relaciones humanas y sociales, y también ofenden a Dios, garante del pacto conyugal y autor de la vida. Y, sin embargo, la Iglesia, a ejemplo de su divino Maestro, piensa siempre en las personas concretas, sobre todo en las más débiles e inocentes, que son víctimas de las injusticias y los pecados, y también en los demás hombres y mujeres que, habiendo cometido dichos actos, han incurrido en culpa y llevan sus heridas interiores, buscando la paz y la posibilidad de una recuperación.

La Iglesia tiene el deber primario de acercarse a estas personas con amor y delicadeza, con solicitud y atención materna, para anunciarles la cercanía misericordiosa de Dios en Jesucristo. En efecto, como enseñan los Padres, él es el verdadero buen Samaritano, que se ha hecho nuestro prójimo, que derrama aceite y vino sobre nuestras heridas y nos conduce a la posada, la Iglesia, en la que hace que nos curen, encomendándonos a sus ministros y pagando personalmente, por adelantado, nuestra curación. Sí, el evangelio del amor y de la vida es también siempre *evangelio de la misericordia*, que se dirige al hombre concreto y pecador -que somos nosotros- para levantarlo de cualquier caída, para curarlo de cualquier herida.

Mi amado predecesor el siervo de Dios, Juan Pablo II, de cuya muerte acabamos de celebrar el tercer aniversario, al inaugurar el nuevo santuario de la Misericordia Divina en Cracovia, dijo: “Fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre” (*Homilía*, 17 de agosto de 2002: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de agosto de 2002, p. 4). A partir de esta misericordia, la Iglesia cultiva una inquebrantable confianza en el hombre y en su capacidad de recuperarse. Sabe que, con la ayuda de la gracia, la libertad humana es capaz de la entrega definitiva y fiel que hace posible el matrimonio de un hombre y una mujer como pacto indisoluble; que la libertad humana, incluso en las circunstancias más difíciles, es capaz de gestos extraordinarios

de sacrificio y de solidaridad para acoger la vida de un nuevo ser humano.

Así, se puede ver que los “no” que la Iglesia pronuncia en sus indicaciones morales y en los cuales a veces se concentra de modo unilateral la atención de la opinión pública, en realidad son grandes “sí” a la dignidad de la persona humana, a su vida y a su capacidad de amar. Son la expresión de la confianza constante de que, a pesar de sus debilidades, los seres humanos pueden corresponder a la altísima vocación para la cual han sido creados: la de amar.

En esa misma ocasión, Juan Pablo II, prosiguió: “Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz”. Aquí se inserta la gran tarea de los discípulos del Señor Jesús, que son compañeros de camino de tantos hermanos, hombres y mujeres de buena voluntad. Su programa, el programa del buen samaritano, es “un corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (*Deus caritas est*, 31).

Durante estos días de reflexión y de diálogo os habéis compadecido de las víctimas afectadas por las heridas del divorcio y del aborto. Ante todo, habéis constatado los sufrimientos, a veces traumáticos, que padecen los así llamados “hijos del divorcio”, marcando su vida hasta el punto de que su camino se hace mucho más difícil. En efecto, es inevitable que, cuando se rompe el pac-

to conyugal, sufran sobre todo los hijos, que son el signo vivo de su indisolubilidad. Por consiguiente, la atención solidaria y pastoral deberá procurar que los hijos no sean víctimas inocentes de los conflictos entre los padres que se divorcian, y garantizar, en la medida de lo posible, la continuidad del vínculo con sus padres y también de la relación con sus raíces familiares y sociales, que es indispensable para un crecimiento psicológico y humano equilibrado.

También habéis centrado vuestra atención en el drama del aborto provocado, que deja huellas profundas, a veces indelebles, en la mujer que lo lleva a cabo y en las personas que la rodean, y que produce consecuencias devastadoras para la familia y para la sociedad, entre otras razones, por la mentalidad materialista de desprecio a la vida que favorece. ¡Cuántas complicidades egoístas se encubren a menudo en una decisión sufrida, que tantas mujeres han debido afrontar solas, y cuya herida aún abierta llevan en su alma! Aunque lo que han realizado sigue constituyendo una grave injusticia y ya no tiene remedio, hago mía la exhortación dirigida en la encíclica *Evangelium vitae* a las mujeres que han recurrido al aborto: “No os dejéis vencer por el desánimo y no perdáis la esperanza. Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abríos con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofrecer su perdón y su paz en el sacramento de la reconciliación. Os daréis cuenta de que

nada está perdido y podréis pedir perdón también a vuestro hijo” (n. 99).

Expreso mi profundo aprecio por todas las iniciativas sociales y pastorales encaminadas a la reconciliación y a la atención a las personas heridas por el drama del aborto y del divorcio. Esas iniciativas, junto con muchas otras formas de compromiso, constituyen elementos esenciales para la construcción de la civilización del amor que la humanidad necesita hoy más que nunca.

Al implorar al Señor, Dios misericordioso, que os configure cada vez más con Jesús, el buen Samaritano, para que su Espíritu os enseñe a mirar de una forma nueva la realidad de los hermanos que sufren, os ayude a pensar con criterios nuevos y os impulse a actuar con generosidad en la perspectiva de una auténtica civilización del amor y de la vida, imparto a todos una especial bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Asamblea Plenaria del Consejo
Pontificio para la familia***

Sábado, 5 de abril de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros al final de la XVIII asamblea plenaria

del Consejo pontificio para la familia, que ha tenido por tema: «Los abuelos: su testimonio y su presencia en la familia». Os doy las gracias por haber aceptado mi propuesta de Valencia, donde dije: «Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarles a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe» (*Encuentro festivo y testimonial*, 8 de julio de 2006: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de julio de 2006, p. 11). Saludo en particular al cardenal Ricardo Vidal, arzobispo de Cebú, miembro del comité de presidencia, que se ha hecho intérprete de los sentimientos de todos vosotros, y dirijo un afectuoso saludo al querido cardenal Alfonso López Trujillo, que desde hace dieciocho años guía con celo y competencia el dicasterio. Sentimos su ausencia en medio de nosotros. Le deseamos una pronta curación y oramos por él.

El tema que habéis afrontado es muy familiar a todos. ¿Quién no recuerda a sus abuelos? ¿Quién puede olvidar su presencia y su testimonio en el hogar? ¿Cuántos de nosotros llevan su nombre como signo de continuidad y de gratitud! Es costumbre en las familias, después de su muerte, recordar su aniversario con una misa de sufragio por ellos y, si es posible, con una visita al cementerio. Estos y otros gestos de amor y de fe son manifestación de nuestra gratitud hacia ellos. Por nosotros se entregaron, se sacrificaron y, en ciertos casos, incluso se inmolaron.

La Iglesia ha prestado siempre una atención particular a los abuelos, reconociendo que constituyen una gran riqueza desde el punto de vista humano y social, así como desde el punto de vista religioso y espiritual. Mis venerados predecesores, Pablo VI y Juan Pablo II, -de este último acabamos de celebrar el tercer aniversario de su muerte- intervinieron muchas veces, subrayando el aprecio que la comunidad eclesial tiene por los ancianos, por su dedicación y por su espiritualidad. En particular, Juan Pablo II, durante el jubileo del año 2000, convocó en septiembre, en la plaza de San Pedro, al mundo de la «tercera edad», y en esa circunstancia dijo: «A pesar de las limitaciones que me han sobrevenido con la edad, conservo el gusto por la vida. Doy gracias al Señor por ello. Es hermoso poderse gastar hasta el final por la causa del reino de Dios». Son palabras contenidas en la carta que aproximadamente un año antes, en octubre de 1999, había dirigido a los ancianos, y que conserva intacta su actualidad humana, social y cultural (*Carta a los ancianos*, n. 17: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de octubre de 1999, p. 7).

Vuestra asamblea plenaria ha afrontado el tema de la presencia de los abuelos en la familia, en la Iglesia y en la sociedad, con una mirada que abarca el pasado, el presente y el futuro. Analicemos brevemente estos tres momentos. En el pasado, los abuelos desempeñaban un papel importante en la vida y en el crecimiento de la familia.

Incluso en edad avanzada, seguían estando presentes entre sus hijos, con sus nietos y, a veces, entre sus bisnietos, dando un testimonio vivo de solicitud, sacrificio y entrega diaria sin reservas. Eran testigos de una historia personal y comunitaria que seguía viviendo en sus recuerdos y en su sabiduría.

Hoy, la evolución económica y social ha producido profundos cambios en la vida de las familias. Los ancianos, entre los cuales figuran muchos abuelos, se han encontrado en una especie de «zona de aparcamiento»: algunos se sienten como una carga en la familia y prefieren vivir solos o en residencias para ancianos, con todas las consecuencias que se derivan de estas opciones.

Además, por desgracia, en muchas partes parece avanzar la «cultura de la muerte», que amenaza también la etapa de la tercera edad. Con creciente insistencia se llega incluso a proponer la eutanasia como solución para resolver ciertas situaciones difíciles. La ancianidad, con sus problemas relacionados también con los nuevos contextos familiares y sociales a causa del desarrollo moderno, ha de valorarse con atención, siempre a la luz de la verdad sobre el hombre, sobre la familia y sobre la comunidad. Es preciso reaccionar siempre con fuerza contra lo que deshumaniza a la sociedad. Estos problemas interpelan fuertemente a las comunidades parroquiales y diocesanas, las cuales se están esforzando por salir al paso de las exigencias modernas con respecto a los ancianos.

Hay asociaciones y movimientos eclesiales que han abrazado esta causa importante y urgente. Es necesario unirse para derrotar juntos toda marginación, porque la mentalidad individualista no sólo los atropella a ellos -los abuelos, las abuelas, los ancianos-, sino a todos. Si, como en muchas partes se suele decir a menudo, los abuelos constituyen un valioso recurso, es preciso hacer opciones coherentes que permitan valorar lo mejor posible ese recurso.

Ojalá que los abuelos vuelvan a ser una presencia viva en la familia, en la Iglesia y en la sociedad. Por lo que respecta a la familia, los abuelos deben seguir siendo testigos de unidad, de valores basados en la fidelidad a un único amor que suscita la fe y la alegría de vivir. Los así llamados «nuevos modelos de familia» y el relativismo generalizado han debilitado estos valores fundamentales del núcleo familiar. Como con razón habéis observado durante vuestros trabajos, los males de nuestra sociedad requieren remedios urgentes. Ante la crisis de la familia, ¿no se podría recomenzar precisamente de la presencia y del testimonio de los abuelos, que tienen una solidez mayor en valores y en proyectos?

En efecto, no se puede proyectar el futuro sin hacer referencia a un pasado rico en experiencias significativas y en puntos de referencia espiritual y moral. Pensando en los abuelos, en su testimonio de amor y de fidelidad a la vida, vienen a la memoria las figuras bíblicas de Abraham y Sara, de Isabel y Zaca-

rías, de Joaquín y Ana, así como de los ancianos Simeón y Ana, o también Nicodemo: todos ellos nos recuerdan que a cualquier edad el Señor pide a cada uno la aportación de sus talentos.

Dirijamos ahora la mirada hacia el VI Encuentro mundial de las familias, que se celebrará en México en enero de 2009. Saludo y doy las gracias al cardenal Norberto Rivera Carrera, arzobispo de México, aquí presente, por todo lo que ya ha realizado durante estos meses de preparación juntamente con sus colaboradores. Todas las familias cristianas del mundo miran a esta nación «siempre fiel» a la Iglesia, que abrirá sus puertas a todas las familias del mundo. Invito a las comunidades eclesiales, especialmente a los grupos familiares, a los movimientos y a las asociaciones de familias, a prepararse espiritualmente para este acontecimiento de gracia.

Venerados y queridos hermanos, os agradezco una vez más vuestra visita y el trabajo realizado durante estos días; os aseguro mi recuerdo en la oración, y de corazón os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos la bendición apostólica.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final del Encuentro de Oración,
en memoria de los testigos de la fe de
los siglos XX y XXI***

*Basilica de San Bartolomé en la isla
Tiberina, Lunes, 7 de abril de 2008*

Al final del encuentro de oración en memoria de los testigos de la fe de los tiempos recientes, os dirijo de buen grado un saludo a todos vosotros, sobre todo a los que habéis seguido la liturgia desde la plaza o en conexión por radio o televisión. En el vigésimo quinto aniversario de la Comunidad, al venir a Santa María en Trastévere, el siervo de Dios, Juan Pablo II, encomendó a la Comunidad de San Egidio esta basílica de San Bartolomé, y en el año 2000 estableció que en ella se conservara el recuerdo de los nuevos mártires.

Queridos amigos de la Comunidad de San Egidio, vosotros disteis los primeros pasos precisamente aquí en Roma en los difíciles años que siguieron al 1968. Hijos de esta Iglesia que preside en la caridad, habéis difundido luego vuestro carisma en muchas partes del mundo. La palabra de Dios, el amor a la Iglesia, la predilección por los pobres, la comunicación del Evangelio, han sido las estrellas que os han guiado testimoniando, bajo cielos diversos, el único mensaje de Cristo.

Os agradezco esta obra apostólica. Os agradezco la atención que prestáis a los últimos y a la búsqueda de la paz, que caracterizan a vuestra Comunidad. Que el ejemplo de los mártires, que hemos recordado, siga guiando vuestros pasos, para que seáis verdaderos amigos de Dios y auténticos amigos de la humanidad. Y no temáis las dificultades y los sufrimientos que implica esta acción misionera: entran

en la “lógica” del valiente testimonio del amor cristiano.

Por último, deseo dirigiros a vosotros, y a través de vosotros a todas vuestras comunidades esparcidas por el mundo, mi más cordial felicitación por el cuadragésimo aniversario de vuestra fundación. Extiendo mi saludo a los enfermos, al personal sanitario, a los religiosos y a los voluntarios del contiguo hospital “Fatebenefratelli” de la isla Tiberina.

A todos y cada uno aseguro un recuerdo en la oración, a la vez que, invocando la protección maternal de la Virgen santísima, imparto a todos la bendición apostólica.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, al final del concierto ofrecido por el Presidente de la República Italiana, Giorgio Napolitano, en honor de Su Santidad, Benedicto XVI, con ocasión del Tercer Aniversario de su Pontificado

Sala Pablo VI, Jueves, 24 de abril de 2008

Señor presidente; señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; amables señores y señoras:

Al final de este espléndido concierto, me alegra dirigiros un cordial saludo a todos vosotros, que habéis participado

en él: autoridades civiles y militares, ilustres personalidades y amigos que habéis venido para compartir este momento de elevado valor cultural. Deseo manifestar mi profunda gratitud, sobre todo, al presidente de la República italiana, honorable Giorgio Napolitano, que con ocasión del tercer aniversario de mi pontificado ha querido hacerme este regalo, acompañándolo con palabras de fina cortesía, que he apreciado mucho. Gracias, señor presidente, por este acto deferente y cordial, que he acogido de buen grado. En él veo también un signo ulterior del gran afecto que el pueblo italiano siente por el Papa. Extiendo mi saludo a su amable esposa y a sus colaboradores.

Con la seguridad de interpretar los sentimientos de todos los presentes, expreso mi sincera felicitación a la orquesta sinfónica y al coro polifónico “Giuseppe Verdi” de Milán, que, guiados con competencia por su director, señor Oleg Caetani, han tocado y cantado con extraordinario talento y eficacia. Expreso, asimismo, mi aprecio a la directora del coro, señora Erina Gambarini. Dirijo un cordial saludo, lleno de gratitud, a los dirigentes de la benemérita fundación “Giuseppe Verdi”, animándolos a proseguir el prestigioso itinerario artístico y cultural emprendido, que sé que está avalado también por el compromiso de hacer que la música alivie situaciones de dificultad humana, como por ejemplo las que se verifican en los hospitales y en las cárceles. Naturalmente, manifiesto

mi agradecimiento a todos los que han contribuido a la organización y a la realización de este sugestivo concierto, sosteniéndolo de diversos modos.

Hemos tenido la alegría de escuchar con atenta participación varios fragmentos importantes de conciertos de Luciano Berio, Johannes Brahms y Ludwig van Beethoven. Me complace poner de relieve que la música de Brahms enriqueció con confianza religiosa el “Canto del destino”, de Hölderlin. Este hecho introduce en la consideración del valor espiritual del arte musical, llamado, de modo singular, a infundir esperanza en el corazón humano, tan marcado y a veces herido por la condición terrena. Existe un misterioso y profundo nexo entre música y esperanza, entre canto y vida eterna: con razón, la tradición cristiana representa a las almas bienaventuradas cantando en coro, arrebatadas y extasiadas por la belleza de Dios. Pero el arte auténtico, como la oración, no es ajeno a la realidad de cada día; más aún, remite a ella para “inundarla” y hacerla brotar, a fin de que dé frutos de bien y de paz.

Las magistrales interpretaciones que hemos escuchado nos recuerdan asimismo el valor y la importancia universal del patrimonio artístico: pienso especialmente en las generaciones jóvenes, que de dicho patrimonio pueden sacar siempre nuevas inspiraciones para construir el mundo según proyectos de justicia y solidaridad, valorando,

al servicio del hombre, las multiformes expresiones de la cultura mundial. Pienso también en la importancia que para la formación de los jóvenes reviste la educación en la belleza auténtica. El arte en su conjunto contribuye a afinar su alma y orienta a la edificación de una sociedad abierta a los ideales del espíritu.

A este respecto, Italia, con su excepcional patrimonio artístico, puede desempeñar un papel importante en el mundo: la cantidad y la calidad de los monumentos y de las obras de arte que posee la convierten de hecho en “mensajera” universal de todos los valores que el arte expresa y al mismo tiempo promueve. Para los creyentes y para los hombres de buena voluntad, la alegría del canto y de la música es también una invitación constante a comprometerse para dar a la humanidad un futuro rico en esperanza.

Señor presidente de la República, gracias una vez más por el estupendo regalo que me ha hecho y por los sentimientos que lo han acompañado. Correspondo a ellos, asegurándole un recuerdo en la oración para que el Señor proteja a su persona, a su amable señora, a las autoridades y a todo el pueblo de Italia. Con estos deseos, que encomiendo a la intercesión de la Virgen del Buen Consejo, invoco la bendición de Dios sobre todos los presentes y sobre sus respectivas familias.

¡Gracias y buenas noches a todos!

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la misa en sufragio de Juan Pablo II en el Tercer Aniversario de su muerte

Plaza de San Pedro, Miércoles, 2 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

La fecha del 2 de abril ha quedado grabada en la memoria de la Iglesia como el día de la partida de este mundo del siervo de Dios, Papa Juan Pablo II. Revivimos con emoción las horas de aquel sábado por la noche, cuando la gran multitud en oración que llenaba la plaza de San Pedro recibió la noticia de su muerte. Durante varios días la basílica vaticana y esta plaza fueron realmente el corazón del mundo. Un río ininterrumpido de peregrinos rindió homenaje a los restos mortales del venerado Pontífice y su funeral constituyó un testimonio ulterior de la estima y del afecto que había conquistado en el corazón de numerosísimos creyentes y personas de todas las partes de la tierra.

Como hace tres años, también hoy no ha pasado mucho tiempo desde la Pascua. El corazón de la Iglesia está aún profundamente inmerso en el misterio de la resurrección del Señor. En verdad, podemos leer toda la vida de mi amado predecesor, especialmente su ministerio petrino, bajo el signo de

Cristo resucitado. Albergaba una fe extraordinaria en él, y con él mantenía una conversación íntima, singular e ininterrumpida.

En efecto, entre sus numerosas cualidades humanas y sobrenaturales tenía también la de una excepcional sensibilidad espiritual y mística. Bastaba observarlo cuando oraba: se sumergía literalmente en Dios y parecía que en aquellos momentos todo lo demás le resultaba ajeno. En las celebraciones litúrgicas estaba atento al misterio que se realizaba, con una notable capacidad de captar la elocuencia de la palabra de Dios en el devenir de la historia, en el nivel profundo del plan de Dios. La santa misa, como repetía a menudo, era para él el centro de cada jornada y de toda su vida. La realidad “viva y santa” de la Eucaristía le daba la energía espiritual para guiar al pueblo de Dios por el camino de la historia.

Juan Pablo II murió en la vigilia del segundo domingo de Pascua, cuando se iniciaba el “día que hizo el Señor”. Su agonía se desarrolló enteramente dentro de este “día”, en este espacio-tiempo nuevo que es el “octavo día”, querido por la santísima Trinidad mediante la obra del Verbo encarnado, muerto y resucitado.

El Papa, Juan Pablo II, mostró repetidamente que ya desde antes, durante

su vida, y especialmente en el desempeño de su misión de Sumo Pontífice, se encontraba inmerso de algún modo en esta dimensión espiritual. En efecto, su pontificado, en su conjunto y en muchos momentos específicos, se presenta como un signo y un testimonio de la resurrección de Cristo. El dinamismo pascual que hizo de la existencia de, Juan Pablo II, una respuesta total a la llamada del Señor no podía expresarse sin participación en los sufrimientos y en la muerte del divino Maestro y Redentor.

“Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él” (2 *Tm* 2, 11-12). Desde niño, Karol Wojtyła había experimentado la verdad de estas palabras, encontrando la cruz a lo largo de su camino, en su familia y en su pueblo. Pronto decidió cargarla juntamente con Jesús, siguiendo sus huellas. Quiso ser su fiel servidor hasta acoger la llamada al sacerdocio como don y compromiso de toda la vida. Con él vivió y con él quiso también morir. Y todo ello a través de la singular mediación de María santísima, Madre de la Iglesia, Madre del Redentor, asociada de forma íntima y efectiva a su misterio salvífico de muerte y resurrección.

En esta reflexión evocativa nos guían las lecturas bíblicas que se acaban de proclamar: “¡No tengáis miedo!” (*Mt* 28, 5). Las palabras del ángel de la re-

surrección, que acabamos de escuchar, dirigidas a las mujeres junto al sepulcro vacío, se convirtieron en una especie de lema en labios del Papa, Juan Pablo II, desde el inicio solemne de su ministerio petrino. Las repitió muchas veces a la Iglesia y a la humanidad en camino hacia el año 2000, luego durante aquella meta histórica, y también después, en el alba del tercer milenio. Siempre las pronunció con inflexible firmeza, primero blandiendo el báculo pastoral que culmina en la cruz y luego, cuando sus energías físicas estaban decayendo, casi agarrándose a él, hasta aquel último Viernes santo en el que participó en el vía crucis desde su capilla privada estrechando la cruz entre sus brazos.

No podemos olvidar ese último y silencioso testimonio de amor a Jesús. También esa elocuente escena de sufrimiento humano y de fe, en aquel último Viernes santo, indicaba a los creyentes y al mundo el secreto de toda la vida cristiana. Su “¡No tengáis miedo!” no se apoyaba en las fuerzas humanas, ni en los éxitos obtenidos, sino solamente en la palabra de Dios, en la cruz y en la resurrección de Cristo.

Este abandono en Cristo se puso de manifiesto de un modo cada vez más evidente a medida que era despojado de todo, al final incluso de la palabra misma. Como aconteció a Jesús, también a, Juan Pablo II, al final, las palabras dejaron su lugar al sacrificio extremo, al don de sí mismo. Y la muerte

fue el sello de una existencia totalmente entregada a Cristo, configurada a él incluso físicamente por los rasgos del sufrimiento y del abandono confiado en los brazos del Padre celestial. Como atestiguan los que estuvieron cerca de él, sus últimas palabras fueron: “Dejad que vaya al Padre”; así culminaba una vida totalmente orientada a conocer y contemplar el rostro del Señor.

Venerados y queridos hermanos, os doy a todos las gracias por haberos unido a mí en esta santa misa de sufragio por el amado Juan Pablo II. Saludo en particular a los participantes en el primer Congreso mundial sobre la Misericordia divina, que comienza precisamente hoy, en el que se quiere profundizar su rico magisterio sobre este tema. Como dijo él mismo, la misericordia de Dios es una clave de lectura privilegiada de su pontificado. Quería que el mensaje del amor misericordioso de Dios llegara a todos los hombres y exhortaba a los fieles a ser sus testigos (cf. *Homilía durante la consagración del santuario de la Misericordia divina en Cracovia-Lagiewniki*, 17 de agosto de 2002: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de agosto de 2002, p. 4). Por eso quiso elevar al honor de los altares a sor Faustina Kowalska, humilde religiosa que, por misterioso designio de Dios, se convirtió en mensajera profética de la Misericordia divina.

El siervo de Dios, Juan Pablo II, había conocido y vivido personal-

mente las enormes tragedias del siglo XX, y durante mucho tiempo se preguntó qué podía detener la marea del mal. La única respuesta posible era el amor de Dios. En efecto, sólo la Misericordia divina puede poner un límite al mal; sólo el amor todopoderoso de Dios puede derrotar la prepotencia de los malvados y el poder destructor del egoísmo y del odio. Por eso, durante la última visita a Polonia, al volver a su tierra natal, dijo: “Fuera de la misericordia de Dios, no existe otra fuente de esperanza para el hombre” (*ib.*).

Demos gracias al Señor por haber hecho a la Iglesia el don de este fiel y valiente servidor suyo. Alabemos y bendigamos a la santísima Virgen María por haber velado sin cesar sobre su persona y su ministerio, en beneficio del pueblo cristiano y de la humanidad entera. Y, a la vez que ofrecemos por su alma elegida el sacrificio redentor, le pedimos que continúe intercediendo desde el cielo por cada uno de nosotros, a los que la Providencia ha llamado a recoger su inestimable herencia espiritual, y por mí de modo especial.

Quiera Dios que la Iglesia, siguiendo sus enseñanzas y sus ejemplos, prosiga fielmente y sin componendas su misión evangelizadora, difundiendo incansablemente el amor misericordioso de Cristo, fuente de verdadera paz para el mundo entero. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la celebración de la memoria de
los testigos de la fe de los siglos XX y
XXI***

*Basílica de San Bartolomé en la isla
Tiberina, Lunes, 7 de abril de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Este encuentro en la antigua basílica de San Bartolomé en la isla Tiberina podemos considerarlo como una peregrinación a la memoria de los mártires del siglo XX, innumerables hombres y mujeres, conocidos y desconocidos, que, en el arco del siglo XX derramaron su sangre por el Señor. Una peregrinación guiada por la palabra de Dios, que como lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero (cf. Sal 119, 105), alumbraba con su luz la vida de todos los creyentes.

Mi amado predecesor, Juan Pablo II, destinó este templo precisamente para ser lugar de la memoria de los mártires del siglo XX y lo encomendó a la Comunidad de San Egidio, que este año da gracias al Señor por el cuadragésimo aniversario de su fundación.

Saludo con afecto a los señores cardenales y a los obispos que han querido participar en esta liturgia. Saludo al profesor Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Saludo al profesor Marco Impagliazzo, presidente de la Comunidad;

al consiliario, mons. Matteo Zuppi, así como a mons. Vincenzo Paglia, obispo de Terni-Narni-Amelia.

En este lugar lleno de memorias nos preguntamos: ¿por qué nuestros hermanos mártires no buscaron salvar a toda costa el bien insustituible de la vida? ¿Por qué siguieron sirviendo a la Iglesia, a pesar de graves amenazas e intimidaciones? En esta basílica, donde se conservan las reliquias del apóstol san Bartolomé y donde se veneran los restos mortales de san Adalberto, resuena el elocuente testimonio de todos los que, no sólo durante el siglo XX, sino también desde los inicios de la Iglesia, viviendo el amor, entregaron su vida a Cristo en el martirio.

En el icono colocado sobre el altar mayor, que representa a algunos de estos testigos de la fe, destacan las palabras del Apocalipsis: «Ésos son los que vienen de la gran tribulación» (Ap 7, 14). El anciano que pregunta quiénes son y de dónde han venido los que están vestidos con vestiduras blancas, recibe como respuesta que esos son los que «han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero» (Ap 7, 14).

Es una respuesta extraña, a primera vista. Pero, en el lenguaje cifrado del vidente de Patmos, contiene una referencia precisa a la blanca llama del amor, que impulsó a Cristo a derramar su sangre por nosotros. En virtud de esa sangre hemos sido purificados. Sosteni-

dos por esa llama, también los mártires derramaron su sangre y se purificaron en el amor: en el amor de Cristo que los hizo capaces de sacrificarse a su vez por amor.

Jesús dijo: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Todo testigo de la fe vive este amor «mayor» y, a ejemplo del divino Maestro, está dispuesto a sacrificar su vida por el reino de Dios. De este modo, llega a ser amigo de Cristo; así se configura con él, aceptando el sacrificio hasta el extremo, sin poner límites al don del amor y al servicio de la fe.

Deteniéndonos ante los seis altares, que recuerdan a los cristianos caídos bajo la violencia totalitaria del comunismo y del nazismo, a los asesinados en América, en Asia y en Oceanía, en España y en México, en África, recorremos idealmente muchas historias dolorosas del siglo pasado. Muchos cayeron mientras cumplían la misión evangelizadora de la Iglesia: su sangre se mezcló con la de los cristianos autóctonos a los que se les había comunicado la fe. Otros, a menudo en situación de minoría, fueron asesinados por odio a la fe. Por último, no pocos se inmolaron por no abandonar a los necesitados, a los pobres, a los fieles que les habían sido encomendados, sin miedo a amenazas y peligros.

Son obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, y fieles laicos. Son muchos. El siervo de Dios, Juan Pablo II, en la

celebración ecuménica jubilar de los nuevos mártires, que tuvo lugar el 7 de mayo del año 2000 en el Coliseo, dijo que estos hermanos y hermanas nuestros en la fe constituyen un gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX, un mural de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre (cf. Homilía en la conmemoración de los mártires del siglo XX, n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de mayo de 2000, p. 6). Y solía repetir que el testimonio de Cristo hasta el derramamiento de la sangre habla con voz más fuerte que las divisiones del pasado.

Es verdad. Aparentemente la violencia, los totalitarismos, la persecución y la brutalidad ciega parecen más fuertes, silenciando la voz de los testigos de la fe, que humanamente pueden parecer los derrotados de la historia. Pero Jesús resucitado ilumina su testimonio y así comprendemos el sentido del martirio. A este propósito Tertuliano afirma: «Plures efficimur quoties metimur a vobis: sanguis martyrum semen christianorum», «Nos multiplicamos cada vez que somos segados por vosotros: la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos» (Apol. 50, 13: CCL 1, 171).

En la derrota, en la humillación de quienes sufren a causa del Evangelio actúa una fuerza que el mundo no conoce: «Cuando soy débil -afirma el apóstol san Pablo-, entonces es cuando soy fuerte» (2 Co 12, 10). Es la fuerza

del amor, inerme y victorioso incluso en la derrota aparente. Es la fuerza que desafía y vence a la muerte.

También este siglo XXI se ha iniciado con el signo del martirio. Cuando los cristianos son verdaderamente levadura, luz y sal de la tierra, se convierten como Jesús en objeto de persecuciones; como él son «signo de contradicción». La convivencia fraterna, el amor, la fe, las opciones en favor de los más pequeños y de los pobres, que marcan la existencia de la comunidad cristiana, suscitan a veces una aversión violenta. ¡Cuán útil es entonces contemplar el luminoso testimonio de quienes nos han precedido en el signo de una fidelidad heroica hasta el martirio! En esta antigua basílica, gracias al cuidado de la Comunidad de San Egidio, se conserva y venera la memoria de numerosos testigos de la fe caídos en tiempos recientes.

Queridos amigos de la Comunidad de San Egidio, contemplando a estos héroes de la fe, esforzaos por imitar también vosotros su valentía y perseverancia en el servicio al Evangelio, especialmente entre los pobres. Sed constructores de paz y de reconciliación entre quienes son enemigos o se combaten. Alimentad vuestra fe con la escucha y la meditación de la palabra de Dios, con la oración diaria, con la participación activa en la santa misa. La auténtica amistad con Cristo será la fuente de vuestro amor mutuo. Sostenidos por su Espíritu, podréis contri-

buir a construir un mundo más fraterno.

Que la Virgen santísima, Reina de los mártires, os sostenga y ayude a ser auténticos testigos de Cristo. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en el funeral por el Cardenal Alfonso
López Trujillo***

*Basílica de San Pedro, Miércoles, 23
de abril de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). El evangelista san Juan anuncia así la glorificación de Cristo a través del misterio de su muerte en cruz. En este tiempo de Pascua, precisamente a la luz del prodigio de la Resurrección, esas palabras cobran una elocuencia aún más profunda e intensa. Aunque es verdad que en ellas se percibe cierta tristeza por la próxima separación de sus discípulos, también es verdad que Jesús indica el secreto para derrotar el poder de la muerte.

La muerte no tiene la última palabra; no es el fin de todo, sino que, redimida por el sacrificio de la cruz, puede ser ya el paso a la alegría de la vida sin fin. Dice Jesús: «El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este

mundo, la guardará para la vida eterna» (Jn 12, 25). Así pues, si aceptamos morir a nuestro egoísmo, si no nos cerramos en nosotros mismos y hacemos de nuestra vida un don a Dios y a los hermanos, también nosotros podremos conocer la rica fecundidad del amor. Y el amor no muere.

He aquí el renovado mensaje de esperanza que nos comunica hoy la palabra de Dios, mientras damos la última despedida a nuestro amado hermano el cardenal Alfonso López Trujillo. Su muerte, acaecida cuando parecía que ya se había recuperado de una fuerte crisis de salud iniciada desde hace más de un año, ha suscitado en todos nosotros una profunda emoción. En Estados Unidos, donde me encontraba en visita pastoral, elevé inmediatamente a Dios una oración de sufragio por su alma y ahora, al final de la santa misa presidida por el cardenal Angelo Sodano, decano del Colegio cardenalicio, me uno con afecto a todos vosotros para recordar con cuánta generosidad el difunto purpurado sirvió a la Iglesia, y para dar gracias al Señor por los numerosos dones con que enriqueció la persona y el ministerio de este querido hermano nuestro.

El arzobispo Alfonso López Trujillo fue el más joven de los cardenales cuando, en el consistorio del 2 de febrero de 1983, mi venerado predecesor el Papa, Juan Pablo II, le impuso en la cabeza la birreta cardenalicia. Había nacido en Villahermosa, diócesis de Ibagué,

en Colombia, en el año 1935; siendo niño se trasladó, junto con su familia, a la capital, Bogotá, donde, ya estudiante universitario, entró en el seminario mayor.

Prosiguió los estudios en Roma y fue ordenado sacerdote en noviembre de 1960. Terminada su formación teológica, enseñó filosofía en el seminario arquidiocesano, trabajando durante muchos años también al servicio de toda la Iglesia en Colombia. En 1971, el siervo de Dios Pablo VI lo nombró obispo auxiliar de Bogotá. En esos mismos años ejerció la función de presidente de la comisión doctrinal del Episcopado colombiano, y poco después fue elegido secretario general del Celam, cargo que desempeñó con reconocida competencia durante un largo período de tiempo. El mismo Papa, Pablo VI, en 1978, le encomendó el cargo de coadjutor con derecho a sucesión de la arquidiócesis de Medellín, de la que más tarde llegó a ser pastor. Su profundo conocimiento de la realidad eclesial latinoamericana, madurado durante el prolongado período en que había trabajado como secretario del Celam, le mereció el nombramiento de presidente de ese importante organismo eclesial, al que dirigió sabiamente de 1979 a 1983.

De 1987 a 1990 fue presidente de la Conferencia episcopal colombiana. Además, tuvo ocasión de ampliar su conocimiento de los problemas de la Iglesia universal al participar en las tres

Asambleas del Sínodo de los obispos, que tuvieron lugar en el Vaticano: en 1974, sobre la evangelización; en 1977, sobre la catequesis; y en 1980, sobre la familia. Y precisamente a la familia fue llamado a dedicarse de modo particular desde el 8 de noviembre de 1990, cuando, Juan Pablo II, lo nombró presidente del Consejo pontificio para la familia, cargo que desempeñó hasta el momento de su muerte.

¿Cómo no poner de relieve, en este momento, el celo y la pasión con que trabajó durante estos casi dieciocho años, llevando a cabo una incansable actividad en defensa y promoción de la familia y del matrimonio cristiano? ¿Cómo no agradecerle la valentía con que defendió los valores innegociables de la vida humana? Todos hemos admirado su incansable actividad. Fruto de este compromiso suyo es el *Lexicon*, que constituye un valioso texto de formación para agentes pastorales y un instrumento para dialogar con el mundo contemporáneo sobre temas fundamentales de ética cristiana.

No podemos menos de agradecerle la tenaz lucha que libró en defensa de la «verdad» del amor familiar y en favor de la difusión del «evangelio de la familia». El entusiasmo y la determinación con que actuaba en este campo eran el fruto de su experiencia personal, particularmente vinculada al calvario que tuvo que afrontar su madre, fallecida a la edad de 44 años por una enfermedad muy dolorosa. «Cuando en mi traba-

jo -dijo en cierta ocasión- hablo de los ideales del matrimonio y de la familia, me resulta natural pensar en la familia de la que provengo, porque a través de mis padres pude constatar que es posible realizar ambos».

El querido cardenal López Trujillo fundamentaba su amor a la verdad del hombre y al evangelio de la familia en la consideración de que todo ser humano y toda familia reflejan el misterio de Dios que es Amor. En la memoria de todos ha quedado grabada su conmovedora intervención en la Asamblea del Sínodo de los obispos de 1997: fue un auténtico canto a la vida. Presentó una espiritualidad muy concreta para quienes están comprometidos en la realización del proyecto divino sobre la familia, y subrayó que si la ciencia no se dedica a comprender y educar para la vida, perderá las batallas más decisivas en el terreno fascinante y misterioso de la ingeniería genética.

El cardenal López Trujillo hizo de la defensa de la vida y del amor a la familia el compromiso característico de su servicio en el Consejo pontificio del que era presidente, y dedicó toda su existencia a la afirmación de la verdad. Lo testimonia uno de sus escritos, en el que explica: «Escogí personalmente el lema "*Veritas in caritate*", porque todo lo que atañe a la verdad se encuentra en el centro de mis estudios». Y añade que la verdad en el amor fue siempre para él un «polo existencial», primero cuando en Colombia se esforzaba por «hallar el sentido de

una genuina liberación en ámbito teológico»; y, luego, aquí en Roma, cuando se dedicó a «profundizar, proclamar y difundir el evangelio de la vida y el evangelio de la familia, como colaborador del Santo Padre». Y concluye: «Tengo gran fe en el valor de esta lucha decisiva para la Iglesia y para la humanidad, y pido al Señor que me dé fuerza para no ser ni perezoso ni cobarde».

Si queremos llevar a cabo la misión que Jesús nos encomienda, no debemos ser ni perezosos ni cobardes. En la segunda lectura hemos escuchado cómo el apóstol san Pablo, preso en Roma, exhorta a su fiel discípulo Timoteo a tener valentía y perseverar en el testimonio de Cristo, incluso a costa de sufrir duras persecuciones, siempre con la certeza de que «si morimos con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él» (2 *Tm* 2, 11-12).

La generosidad del cardenal López Trujillo, traducida en múltiples obras de caridad, especialmente en favor de los niños en diversas partes del mundo, nos debe estimular a gastar todas nuestras energías físicas y espirituales por el Evangelio; nos ha de impulsar a trabajar en defensa de la vida humana; nos debe ayudar a tener la mirada fija en la meta de nuestra peregrinación terrena. Y cuál es esa meta consoladora nos lo indica san Juan en el pasaje del Apocalipsis que se acaba de proclamar, ofreciéndonos la visión de un «cielo nuevo» y de «una tierra nueva» (*Ap* 21, 1), y dibujando ante

nuestra mirada las líneas proféticas de la «ciudad santa», la «nueva Jerusalén... engalanada como una novia ataviada para su esposo» (*Ap* 21, 2).

Venerados hermanos y queridos amigos, no apartemos nunca los ojos de esta visión: miremos hacia la eternidad, gustando anticipadamente, aun entre dificultades y tribulaciones, la alegría de la futura «morada de Dios con los hombres», donde nuestro Redentor enjugará todas nuestras lágrimas y donde «no habrá ya muerte, ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (*Ap* 21, 4).

Pensamos que el querido cardenal Alfonso López Trujillo, por el que aún queremos orar, ya ha llegado a esta morada de luz y de alegría. Que lo acoja María y lo acompañen los ángeles y los santos en el paraíso. Que su alma sedienta de Dios entre finalmente y descanse en paz para siempre en el «santuario» del Amor infinito. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa con ordenaciones
sacerdotales***

*Basilica de San Pedro, Domingo, 27
de abril de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Se realizan hoy para nosotros, de modo muy particular, las palabras que

dicen: “Acreciste la alegría, aumentaste el gozo” (Is 9, 2). En efecto, a la alegría de celebrar la Eucaristía en el día del Señor, se suman el júbilo espiritual del tiempo de Pascua, que ya ha llegado al sexto domingo, y sobre todo la fiesta de la ordenación de nuevos sacerdotes.

Juntamente con vosotros, saludo con afecto a los veintinueve diáconos que dentro de poco serán ordenados presbíteros. Expreso mi profundo agradecimiento a cuantos los han guiado en su camino de discernimiento y de preparación, y os invito a todos a dar gracias a Dios por el don de estos nuevos sacerdotes a la Iglesia. Sostengámoslos con intensa oración durante esta celebración, con espíritu de ferviente alabanza al Padre que los ha llamado, al Hijo que los ha atraído a sí, y al Espíritu Santo que los ha formado.

Normalmente, la ordenación de nuevos sacerdotes tiene lugar el IV domingo de Pascua, llamado domingo del Buen Pastor, que es también la Jornada mundial de oración por las vocaciones, pero este año no fue posible, porque yo estaba partiendo para mi visita pastoral a Estados Unidos. El icono del buen Pastor ilustra mejor que cualquier otro el papel y el ministerio del presbítero en la comunidad cristiana. Pero también los pasajes bíblicos que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación iluminan, desde un ángulo diverso, la misión del sacerdote.

La primera lectura, tomada del capítulo octavo de los *Hechos de los Apóstoles*, narra la misión del diácono Felipe en Samaria. Quiero atraer inmediatamente la atención hacia la frase con que se concluye la primera parte del texto: “La ciudad se llenó de alegría” (*Hch* 8, 8). Esta expresión no comunica una idea, un concepto teológico, sino que refiere un acontecimiento concreto, algo que cambió la vida de las personas: en una determinada ciudad de Samaria, en el período que siguió a la primera persecución violenta contra la Iglesia en Jerusalén (cf. *Hch* 8, 1), sucedió algo que “llenó de alegría”. ¿Qué es lo que sucedió?

El autor sagrado narra que, para escapar a la persecución religiosa desatada en Jerusalén contra los que se habían convertido al cristianismo, todos los discípulos, excepto los Apóstoles, abandonaron la ciudad santa y se dispersaron por los alrededores. De este acontecimiento doloroso surgió, de manera misteriosa y providencial, un renovado impulso a la difusión del Evangelio. Entre quienes se habían dispersado estaba también Felipe, uno de los siete diáconos de la comunidad, diácono como vosotros, queridos ordenandos, aunque ciertamente con modalidades diversas, puesto que en la etapa irreplicable de la Iglesia naciente, el Espíritu Santo había dotado a los Apóstoles y a los diáconos de una fuerza extraordinaria, tanto en la predicación como en la acción taumatúrgica.

Pues bien, sucedió que los habitantes de la localidad samaritana de la que se habla en este capítulo de los Hechos de los Apóstoles acogieron de forma unánime el anuncio de Felipe y, gracias a su adhesión al Evangelio, Felipe pudo curar a muchos enfermos. En aquella ciudad de Samaria, en medio de una población tradicionalmente despreciada y casi excomulgada por los judíos, resonó el anuncio de Cristo, que abrió a la alegría el corazón de cuantos lo acogieron con confianza. Por eso -subraya san Lucas-, aquella ciudad “se llenó de alegría”.

Queridos amigos, esta es también vuestra misión: llevar el Evangelio a todos, para que todos experimenten la alegría de Cristo y todas las ciudades se llenen de alegría. ¿Puede haber algo más hermoso que esto? ¿Hay algo más grande, más estimulante que cooperar a la difusión de la Palabra de vida en el mundo, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la alegría es el núcleo central de vuestra misión, queridos diáconos, que dentro de poco seréis sacerdotes.

El apóstol san Pablo llama a los ministros del Evangelio “servidores de la alegría”. A los cristianos de Corinto, en su *segunda carta*, escribe: “No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría, pues os mantenéis firmes en la fe” (2 Co 1, 24). Son palabras programáticas para todo sacerdote. Para ser colaboradores de la alegría de los demás, en

un mundo a menudo triste y negativo, es necesario que el fuego del Evangelio arda dentro de vosotros, que reine en vosotros la alegría del Señor. Sólo podréis ser mensajeros y multiplicadores de esta alegría llevándola a todos, especialmente a cuantos están tristes y afligidos.

Volvamos a la primera lectura, que nos brinda otro elemento de meditación. En ella se habla de una reunión de oración, que tiene lugar precisamente en la ciudad samaritana evangelizada por el diácono Felipe. La presiden los apóstoles san Pedro y san Juan, dos “columnas” de la Iglesia, que habían acudido de Jerusalén para visitar a esa nueva comunidad y confirmarla en la fe. Gracias a la imposición de sus manos, el Espíritu Santo descendió sobre cuantos habían sido bautizados.

En este episodio podemos ver un primer testimonio del rito de la “Confirmación”, el segundo sacramento de la iniciación cristiana. También para nosotros, aquí reunidos, la referencia al gesto ritual de la imposición de las manos es muy significativo. En efecto, también es el gesto central del rito de la ordenación, mediante el cual dentro de poco conferiré a los candidatos la dignidad presbiteral. Es un signo inseparable de la oración, de la que constituye una prolongación silenciosa. Sin decir ninguna palabra, el obispo consagrante y, después de él, los demás sacerdotes ponen las manos sobre la cabeza de los ordenandos, expresando así

la invocación a Dios para que derrame su Espíritu sobre ellos y los transforme, haciéndolos partícipes del sacerdocio de Cristo. Se trata de pocos segundos, un tiempo brevísimo, pero lleno de extraordinaria densidad espiritual.

Queridos ordenandos, en el futuro deberéis volver siempre a este momento, a este gesto que no tiene nada de mágico y, sin embargo, está lleno de misterio, porque aquí se halla el origen de vuestra nueva misión. En esa oración silenciosa tiene lugar el encuentro entre dos libertades: la libertad de Dios, operante mediante el Espíritu Santo, y la libertad del hombre. La imposición de las manos expresa plásticamente la modalidad específica de este encuentro: la Iglesia, personificada por el obispo, que está de pie con las manos extendidas, pide al Espíritu Santo que consagre al candidato; el diácono, de rodillas, recibe la imposición de las manos y se encomienda a dicha mediación. El conjunto de esos gestos es importante, pero infinitamente más importante es el movimiento espiritual, invisible, que expresa; un movimiento bien evocado por el silencio sagrado, que lo envuelve todo, tanto en el interior como en el exterior.

También en el pasaje evangélico encontramos este misterioso “movimiento” trinitario, que lleva al Espíritu Santo y al Hijo a habitar en los discípulos. Aquí es Jesús mismo quien promete que pedirá al Padre que mande a los suyos el Espíritu, definido “otro

Paráclito” (*Jn 14, 16*), término griego que equivale al latino *ad-vocatus*, abogado defensor. En efecto, el primer Paráclito es el Hijo encarnado, que vino para defender al hombre del acusador por antonomasia, que es satanás. En el momento en que Cristo, cumplida su misión, vuelve al Padre, el Padre envía al Espíritu como Defensor y Consolador, para que permanezca para siempre con los creyentes, habitando dentro de ellos. Así, entre Dios Padre y los discípulos se entabla, gracias a la mediación del Hijo y del Espíritu Santo, una relación íntima de reciprocidad: “Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros”, dice Jesús (*Jn 14, 20*). Pero todo esto depende de una condición, que Cristo pone claramente al inicio: “Si me amáis” (*Jn 14, 15*), y que repite al final: “Al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él” (*Jn 14, 21*). Sin el amor a Jesús, que se manifiesta en la observancia de sus mandamientos, la persona se excluye del movimiento trinitario y comienza a encerrarse en sí misma, perdiendo la capacidad de recibir y comunicar a Dios.

“Si me amáis”. Queridos amigos, Jesús pronunció estas palabras durante la última Cena, en el mismo momento en que instituyó la Eucaristía y el sacerdocio. Aunque estaban dirigidas a los Apóstoles, en cierto sentido se dirigen a todos sus sucesores y a los sacerdotes, que son los colaboradores más estrechos de los sucesores de los Apóstoles. Hoy las volvemos a escuchar como una

invitación a vivir cada vez con mayor coherencia nuestra vocación en la Iglesia: vosotros, queridos ordenandos, las escucháis con particular emoción, porque precisamente hoy Cristo os hace partícipes de su sacerdocio. Acogedlas con fe y amor. Dejad que se graben en vuestro corazón; dejad que os acompañen a lo largo del camino de toda vuestra vida. No las olvidéis; no las perdáis por el camino. Releedlas, meditadlas con frecuencia y, sobre todo, orad con ellas. Así, permaneceréis fieles al amor de Cristo y os daréis cuenta, con alegría continua, de que su palabra divina “caminará” con vosotros y “crecerá” en vosotros.

Otra observación sobre la segunda lectura: está tomada de la *primera carta de san Pedro*, cerca de cuya tumba nos encontramos y a cuya intercesión quiero encomendaros de modo especial. Hago mías sus palabras y con afecto os las dirijo: “Glorificad en vuestro corazón a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (1 P 3, 15). Glorificad a Cristo Señor en vuestros corazones, es decir, cultivad una relación personal de amor con él, amor primero y más grande, único y totalizador, dentro del cual vivir, purificar, iluminar y santificar todas las demás relaciones.

“Vuestra esperanza” está vinculada a esta “glorificación”, a este amor a Cristo, que por el Espíritu, como decíamos, habita en nosotros. Nuestra esperanza, vuestra esperanza, es Dios, en Jesús y en el Espíritu. En vosotros esta esperanza, a partir de hoy, se convierte en “esperanza sacerdotal”, la de Jesús, buen Pastor, que habita en vosotros y da forma a vuestros deseos según su Corazón divino: esperanza de vida y de perdón para las personas encomendadas a vuestro cuidado pastoral; esperanza de santidad y de fecundidad apostólica para vosotros y para toda la Iglesia; esperanza de apertura a la fe y al encuentro con Dios para cuantos se acerquen a vosotros buscando la verdad; esperanza de paz y de consuelo para los que sufren y para los heridos por la vida.

Queridos hermanos, en este día tan significativo para vosotros, mi deseo es que viváis cada vez más la esperanza arraigada en la fe, y que seáis siempre testigos y dispensadores sabios y generosos, dulces y fuertes, respetuosos y convencidos, de esa esperanza. Que os acompañe en esta misión y os proteja siempre la Virgen María, a quien os exhorto a acoger nuevamente, como hizo el apóstol san Juan al pie de la cruz, como Madre y Estrella de vuestra vida y de vuestro sacerdocio. Amén.

VIAJES APOSTÓLICOS - VIAJE A ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y A LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

*Conferencia de prensa del Papa,
Benedicto XVI, durante el vuelo hacia
Washington*

Martes, 15 de abril de 2008

Santidad, ¡bienvenido! En nombre de todos los compañeros que están aquí, le agradezco su disponibilidad tan amable para venir a saludarnos y también a darnos algunas indicaciones e ideas para seguir este viaje. Es su segundo viaje intercontinental, el primero como Santo Padre a Estados Unidos y las Naciones Unidas. Un viaje importante y muy esperado. Para comenzar, ¿quiere decirnos algo sobre los sentimientos, las esperanzas con que afronta este viaje y sobre cuál es su objetivo fundamental, desde su punto de vista?

Mi viaje tiene sobre todo dos objetivos. El primero es la visita a la Iglesia que está en América, en Estados Unidos. Hay un motivo particular: la diócesis de Baltimore, hace doscientos años, fue elevada a archidiócesis metropolitana y al mismo tiempo nacieron otras cuatro diócesis: Nueva York, Filadelfia, Boston y Louisville. Así, se trata de un gran jubileo para este núcleo de la Iglesia en Estados Unidos, un momento de reflexión sobre el pasado y principalmente sobre el futuro, sobre cómo responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo, en la actualidad y con vistas al futuro.

Naturalmente, también forma parte de esta visita el encuentro interreligioso y el encuentro ecuménico, en particular también un encuentro en la sinagoga con nuestros amigos judíos, en la víspera de su fiesta de Pascua. Por tanto, este es el aspecto religioso-pastoral de la Iglesia en Estados Unidos en este momento de nuestra historia, y el encuentro con todos los demás en esta fraternidad que nos une en una responsabilidad común. En este momento también quiero dar las gracias al presidente Bush, que irá al aeropuerto, me reservará mucho tiempo para conversaciones y me recibirá con ocasión de mi cumpleaños.

El segundo objetivo es la visita a las Naciones Unidas. También aquí hay un motivo particular: han pasado sesenta años desde la Declaración universal de derechos humanos. Ésta es la base antropológica, la filosofía fundacional de las Naciones Unidas, el fundamento humano y espiritual sobre el que están construidas. Por tanto, realmente es un momento de reflexión, un momento para volver a tomar conciencia de esta etapa importante de la historia. En la Declaración universal de derechos humanos confluyeron diversas tradiciones culturales, especialmente una antropología que reconoce en el hombre un sujeto de derecho con precedencia sobre todas las instituciones, con valores comunes que todos han de respe-

tar. Así pues, esta visita, que tiene lugar precisamente en un momento de crisis de valores, me parece importante para reafirmar juntos que todo comenzó en aquel momento y para recuperarlo con vistas a nuestro futuro.

Ahora pasamos a las preguntas que ustedes mismos han presentado en los días pasados y que algunos de ustedes presentarán al Santo Padre. Comencemos por la pregunta de John Allen, el cual no necesita presentación, pues es muy conocido como comentarista de los acontecimientos vaticanos en Estados Unidos.

Santo Padre, le hago mi pregunta en inglés. Si fuera posible, si nos puede decir unas frases, unas pocas palabras en inglés, le quedaríamos muy agradecidos. Mi pregunta es: la Iglesia que va a encontrar en Estados Unidos es una Iglesia grande, una Iglesia viva, pero también una Iglesia que sufre, en cierto sentido, sobre todo a causa de la reciente crisis debida a los abusos sexuales. La gente en Estados Unidos está esperando unas palabras de usted, un mensaje suyo sobre esta crisis. ¿Cuál será su mensaje para esta Iglesia que sufre?

Para la Iglesia en Estados Unidos, para la Iglesia en general y para mí personalmente, es un gran sufrimiento el hecho de que haya podido acontecer todo eso. Cuando leo la noticia de esos hechos, me resulta difícil comprender cómo es posible que algunos sacerdotes hayan podido fallar de ese modo en su misión de llevar consuelo, de llevar

el amor de Dios a esos niños. Me da vergüenza y haremos todo lo posible para garantizar que eso no vuelva a repetirse en el futuro. Creo que deberemos actuar en tres niveles: el primero es el nivel de la justicia, y el nivel político. En este momento no hablo de homosexualidad: éste es otro asunto. Excluiremos rigurosamente a los pederastas del sagrado ministerio. Es absolutamente incompatible y quien es realmente culpable de pederastia no puede ser sacerdote. En este primer nivel podemos hacer justicia y ayudar a las víctimas, que han sufrido mucho. Éstos son los dos aspectos de la justicia: uno, los pederastas no pueden ser sacerdotes; otro, ayudar a las víctimas de todos los modos posibles.

Luego está el nivel pastoral. Las víctimas necesitarán curación y ayuda, asistencia y reconciliación. Éste es un gran compromiso pastoral y yo sé que los obispos, los sacerdotes y todos los católicos en Estados Unidos harán lo posible para ayudarlos, asistirlos y curarlos. Hemos hecho inspecciones en los seminarios y haremos todo lo posible para que los seminaristas reciban una profunda formación espiritual, humana e intelectual. Al sacerdocio sólo podrán ser admitidas personas sanas, personas con una profunda vida en Cristo, personas con una intensa vida sacramental.

Yo sé que los obispos y los rectores de los seminarios harán lo posible para llevar a cabo un discernimiento muy

estricto, porque es más importante tener buenos sacerdotes que muchos sacerdotes. Éste es nuestro tercer punto, y esperamos poder hacer, haber hecho y hacer en el futuro todo lo que podamos para curar estas heridas.

Gracias, Santidad. Otro de los temas sobre los que hemos tenido muchas preguntas de parte de nuestros compañeros ha sido el de la inmigración, de la presencia en la sociedad estadounidense también de los componentes de lengua española. Por eso, le va a hacer la pregunta nuestro compañero Andrés Leonardo Beltramo Álvarez, de la agencia de información de México.

Santidad, le hago la pregunta en italiano. Si quiere, puede responder en español. Un saludo, sólo un saludo. Está creciendo muchísimo la presencia hispana también en la Iglesia de Estados Unidos en general. La comunidad católica cada vez es más bilingüe y bi-cultural. Al mismo tiempo, en la sociedad hay un creciente movimiento anti-inmigración. La situación de los inmigrantes se caracteriza por formas de precariedad y discriminación. ¿Tiene usted intención de hablar de este problema y de invitar a Estados Unidos a acoger bien a los inmigrantes, muchos de los cuales son católicos?

No estoy en condiciones de hablar en español, pero mi saludo y mi bendición para todos los hispanos. Ciertamente, hablaré de este tema. He recibido diversas visitas “ad limina” de obispos de América central, también

de América del sur, y he visto la amplitud de este problema, sobre todo el grave problema de la separación de las familias. Esto es realmente peligroso para el entramado social, moral y humano de esos países. Sin embargo, hay que distinguir entre medidas que se deben tomar de inmediato y soluciones a largo plazo.

La solución fundamental es procurar que en su patria haya suficientes puestos de trabajo, un entramado social suficiente, de modo que nadie necesite emigrar. Por tanto, todos debemos trabajar por lograr este objetivo, por promover un desarrollo social que permita ofrecer a los ciudadanos trabajo y un futuro en su tierra de origen. También sobre este punto quiero hablar con el presidente, porque sobre todo Estados Unidos debe ayudar para que los países puedan desarrollarse así. Redundará en beneficio de todos, no sólo de esos países, sino también del mundo y de Estados Unidos.

Luego, hay que tomar medidas a corto plazo. Es muy importante sobre todo ayudar a las familias. A la luz de las conversaciones que he mantenido con los obispos, el problema principal es que las familias estén protegidas, que no queden destruidas. Se debe hacer todo lo que se pueda. Después, naturalmente, hay que hacer todo lo posible contra la precariedad y contra todas las violencias, y ayudar para que puedan llevar una vida digna donde están actualmente.

También quiero señalar que hay numerosos problemas, hay sufrimientos, pero también hay mucha hospitalidad. Sé que sobre todo la Conferencia episcopal de Estados Unidos colabora en gran medida con las Conferencias episcopales de América Latina con vistas a las ayudas necesarias. A pesar de todas las cosas dolorosas, no olvidemos que también hay mucha auténtica humanidad, muchas acciones positivas.

Gracias, Santidad. Ahora, una pregunta que se refiere a la sociedad estadounidense: exactamente al puesto que ocupan los valores religiosos en esa sociedad. Damos la palabra a nuestro compañero Andrea Torielli, que es vaticanista de un periódico italiano.

Santo Padre, al recibir a la nueva embajadora de Estados Unidos, usted puso de relieve como valor positivo el reconocimiento público de la religión en Estados Unidos. ¿Considera que éste es un modelo posible también para la Europa secularizada? ¿No cree que existe también el peligro de que la religión y el nombre de Dios puedan usarse para promover ciertas políticas e incluso la guerra...?

Desde luego, en Europa no podemos simplemente copiar a Estados Unidos; tenemos nuestra historia. Pero todos debemos aprender unos de otros. Lo que me encanta de Estados Unidos es que comenzó con un concepto positivo de laicidad, porque este nuevo pueblo estaba compuesto de comunidades y personas que habían huido de

las Iglesias de Estado y querían tener un Estado laico, secular, que abriera posibilidades a todas las confesiones, a todas las formas de ejercicio religioso. Así nació un Estado voluntariamente laico: eran contrarios a una Iglesia de Estado. Pero el Estado debía ser laico precisamente por amor a la religión en su autenticidad, que sólo se puede vivir libremente.

Así, encontramos este conjunto de un Estado voluntaria y decididamente laico, pero precisamente por una voluntad religiosa, para dar autenticidad a la religión. Y sabemos que Alexis de Tocqueville, estudiando la situación de Estados Unidos, vio que las instituciones laicas viven con un consenso moral que de hecho existe entre los ciudadanos. Me parece que este es un modelo fundamental y positivo.

Por otra parte, hay que tener presente que en Europa, mientras tanto, han pasado doscientos años, más de doscientos años, con muchas vicisitudes. Actualmente, también Estados Unidos sufre el ataque de un nuevo laicismo, totalmente diverso. Así pues, primero los problemas eran la inmigración, pero la situación se ha complicado y diferenciado a lo largo de la historia. Sin embargo, me parece que hoy el fundamento, el modelo fundamental, es digno de ser tenido en cuenta también en Europa.

Gracias, Santidad. Ahora, un último tema atañe a su visita a las Naciones

Unidas. Sobre este aspecto va a hacer la pregunta John Thavis, responsable en Roma de la agencia católica de noticias de Estados Unidos.

Santo Padre, a menudo se considera al Papa como la conciencia de la humanidad. También por este motivo hay gran expectación por su discurso a las Naciones Unidas. Quiero preguntarle: ¿Piensa usted que una institución multilateral como las Naciones Unidas puede salvaguardar los principios que la Iglesia católica considera “no negociables”, es decir, los principios fundados en la ley natural?

Éste es precisamente el objetivo fundamental de las Naciones Unidas: salvaguardar los valores comunes de la humanidad, sobre los cuales se basa la convivencia pacífica de las naciones, la observancia de la justicia y el desarrollo de la justicia. Ya he aludido brevemente al hecho de que a mí me parece muy importante que el fundamento de las Naciones Unidas sea precisamente la idea de los derechos humanos, de los derechos que expresan valores no negociables, que preceden a todas las instituciones y son el fundamento de todas las instituciones.

Es importante que exista esta convergencia entre las culturas que han encontrado un consenso en el hecho de que estos valores son fundamentales, de que están inscritos en el ser mismo del hombre. Conviene renovar esta conciencia de que las Naciones Unidas, con su función pacificadora, sólo

pueden actuar si tienen el fundamento común de los valores que se expresan luego en “derechos” que deben ser respetados por todos. Es necesario confirmar esta concepción fundamental y actualizarla en la medida de lo posible, es un objetivo de mi misión.

Por último, dado que al inicio el padre Lombardi me había planteado también una pregunta sobre mis sentimientos, quiero decir: voy a Estados Unidos precisamente con alegría. Varias veces he estado antes en Estados Unidos; conozco este gran país; conozco la gran vitalidad de la Iglesia, a pesar de todos los problemas; y me alegra poder encontrarme, en este momento histórico tanto para la Iglesia como para las Naciones Unidas, con este gran pueblo y esta gran Iglesia. Gracias a todos.

Gracias a usted, Santidad, de parte de todos nosotros. Realmente, le renovamos nuestros mejores deseos para este viaje: que obtenga todos los frutos que espera de él y que también todos nosotros, juntamente con usted, esperamos. ¡Gracias y buen viaje!

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en la Ceremonia de Bienvenida

South Lawn de la Casa Blanca, Washington D.C. Miércoles, de 16 de abril de 2008

Señor Presidente:

Gracias por las amables palabras de bienvenida en nombre del pueblo de los Estados Unidos de América. Aprecio profundamente su invitación a visitar este gran País. Mi llegada coincide con un momento importante de la vida de la comunidad católica en América, como es la celebración del segundo centenario de la elevación de la primera diócesis del País, Baltimore, a Archidiócesis metropolitana, y la fundación de las sedes de Nueva York, Boston, Filadelfia y Louisville. También me siento dichoso de ser huésped de todos los americanos. Vengo como amigo y anunciador del Evangelio, como uno que tiene gran respeto por esta vasta sociedad pluralista. Los católicos americanos han ofrecido y siguen ofreciendo una excelente contribución a la vida de su País. Al comenzar mi visita, confío en que mi presencia pueda ser fuente de renovación y esperanza para la Iglesia en los Estados Unidos y refuerce la voluntad de los católicos de contribuir más responsablemente aún a la vida de la Nación, de la que están orgullosos de ser ciudadanos.

Ya desde los albores de la República, la búsqueda de libertad de América ha sido guiada por la convicción de que los principios que gobiernan la vida política y social están íntimamente relacionados con un orden moral, basado en la señoría de Dios Creador. Los redactores de los documentos constitutivos de esta Nación se basaron en esta convicción al proclamar la “verdad evidente por sí misma” de que todos

los hombres han sido creados iguales y dotados de derechos inalienables, fundados en la ley natural y en el Dios de esta naturaleza. El curso de la historia americana demuestra las dificultades, las luchas y la gran determinación intelectual y moral que han sido necesarias para formar una sociedad que incorporara fielmente estos nobles principios. A lo largo de ese proceso, que ha plasmado el alma de la Nación, las creencias religiosas fueron una constante inspiración y una fuerza orientadora, como, por ejemplo, en la lucha contra la esclavitud y en el movimiento en favor de los derechos civiles. También en nuestro tiempo, especialmente en los momentos de crisis, los americanos siguen encontrando energía en sí mismos adhiriéndose a este patrimonio de ideales y aspiraciones compartidos.

En los próximos días, espero encontrarme no solamente con la comunidad católica de América, sino también con otras comunidades cristianas y representaciones de las numerosas tradiciones religiosas presentes en este País. Históricamente, no sólo los católicos, sino todos los creyentes han encontrado aquí la libertad de adorar a Dios según los dictámenes de su conciencia, siendo aceptados al mismo tiempo como parte de una confederación en la que cada individuo y cada grupo puede hacer oír su propia voz. Ahora que la Nación tiene que afrontar cuestiones políticas y éticas cada vez más complejas, confío que los americanos encuentren en sus creencias religiosas

una fuente preciosa de discernimiento y una inspiración para buscar un diálogo razonable, responsable y respetuoso en el esfuerzo de edificar una sociedad más humana y más libre.

La libertad no es sólo un don, sino también una llamada a la responsabilidad personal. Los americanos lo saben por experiencia: casi todas las ciudades de este País tienen monumentos en honor a cuantos han sacrificado su vida en defensa de la libertad, tanto en su propia tierra como en otros lugares. La defensa de la libertad es una llamada a cultivar la virtud, la autodisciplina, el sacrificio por el bien común y un sentido de responsabilidad ante los menos afortunados. Además, exige el valor de empeñarse en la vida civil, llevando las propias creencias religiosas y los valores más profundos a un debate público razonable. En una palabra, la libertad es siempre nueva. Se trata de un desafío que se plantea a cada generación, y ha de ser ganado constantemente en favor de la causa del bien (cf. *Spe salvi*, 24). Pocos han entendido esto tan claramente como el Papa, Juan Pablo II, de venerada memoria. Al reflexionar sobre la victoria espiritual de la libertad sobre el totalitarismo en su Polonia nativa y en Europa oriental, nos recordó que la historia demuestra en muchas ocasiones que «en un mundo sin verdad la libertad pierde su fundamento», y que una democracia sin valores puede perder su propia alma (cf. *Centesimus annus*, 46). En estas palabras proféticas resuena de algún modo la convicción

del Presidente Washington, expresada en su discurso de despedida, de que la religión y la moralidad son «sopores indispensables» para la prosperidad política.

Por su parte, la Iglesia desea contribuir a la construcción de un mundo cada vez más digno de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26-27). Está convencida de que la fe proyecta una luz nueva sobre todas las cosas, y que el Evangelio revela la noble vocación y el destino sublime de todo hombre y mujer (cf. *Gaudium et spes*, 10). La fe, además, nos ofrece la fuerza para responder a nuestra alta vocación y la esperanza que nos lleva a trabajar por una sociedad cada vez más justa y fraterna. Como vuestros Padres fundadores bien sabían, la democracia sólo puede florecer cuando los líderes políticos, y los que ellos representan, son guiados por la verdad y aplican la sabiduría, que nace de firmes principios morales, a las decisiones que conciernen la vida y el futuro de la Nación.

Los Estados Unidos de América han desempeñado desde hace más de un siglo un papel importante en la comunidad internacional. El viernes próximo, si Dios quiere, tendré el honor de dirigir la palabra a la Organización de las Naciones Unidas, donde espero alentar los esfuerzos que se están haciendo para dar a esa institución una voz todavía más eficaz en favor de las expectativas legítimas de todos los pue-

blos del mundo. A este respecto, en el 60° aniversario de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, la exigencia de una solidaridad global es más urgente que nunca, si se quiere que todos puedan vivir de acuerdo con su dignidad, como hermanos y hermanas que habitan en una misma casa, alrededor de la mesa que la bondad de Dios ha preparado para todos sus hijos. América se ha mostrado siempre generosa en salir al encuentro de las necesidades humanas inmediatas, promoviendo el desarrollo y ofreciendo alivio a las víctimas de las catástrofes naturales. Tengo la confianza de que esta preocupación por la gran familia humana seguirá manifestándose con el apoyo a los esfuerzos pacíficos de la diplomacia internacional orientados a solucionar los conflictos y a promover el progreso. Así, las generaciones futuras podrán vivir en un mundo en el que florezca la verdad, la libertad y la justicia, un mundo donde la dignidad y los derechos dados por Dios a cada hombre, mujer y niño, sean tenidos en consideración, protegidos y promovidos eficazmente.

Señor Presidente, queridos amigos: al comenzar mi visita en los Estados Unidos, deseo expresar un vez más mi gratitud por su invitación, mi alegría por encontrarme entre vosotros y mi oración ferviente para que Dios Omnipotente fortalezca a esta Nación y a su pueblo en el camino de la justicia, la prosperidad y la paz. ¡Que Dios bendiga a América!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la celebración de las Vísperas
y Encuentro con los Obispos de
Estados Unidos***

Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción de Washington, D.C. Miércoles, 16 de abril de 2008

Queridos Hermanos Obispos:

Grande es mi alegría al saludaros hoy, al principio de mi visita en este País, a la vez que doy las gracias al Cardenal George por las amables palabras que me ha dirigido en nombre vuestro. Deseo agradecer a cada uno de vosotros, especialmente a los Oficiales de la Conferencia Episcopal, el intenso trabajo que habéis afrontado para la preparación de este viaje. Expreso también mi reconocimiento al personal y a los voluntarios del Santuario Nacional, los cuales nos han acogido aquí esta tarde. Los católicos de América son conocidos por su afecto leal a la Sede de Pedro. Mi visita pastoral aquí es una ocasión para reforzar ulteriormente los vínculos de comunión que nos unen. Hemos iniciado con la celebración de la Oración de la Tarde en esta Basílica dedicada a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, santuario de especial significado para los católicos americanos, justo en el corazón de vuestra Capital. Unidos en oración con María, Madre de Jesús, encomendamos amorosamente a nuestro Padre celestial al Pueblo de Dios de cada región de Estados Unidos.

Para las comunidades católicas de Boston, Nueva York, Filadelfia y Louisville, éste es un año de celebraciones particulares, puesto que marca el bicentenario de la erección de estas Iglesias como Diócesis. Me uno a vosotros en la acción de gracias por los muchos dones celestiales concedidos a la Iglesia en estos lugares a lo largo de dos siglos. Puesto que el presente año marca también el bicentenario de la erección de la sede fundadora, Baltimore, como arquidiócesis, esto me ofrece la oportunidad de recordar con admiración y gratitud la vida y el ministerio de John Carroll, primer Obispo de Baltimore y digno pastor de la comunidad católica en vuestra Nación, independiente desde hacía poco. Sus incansables esfuerzos por difundir el Evangelio en el vasto territorio encomendado a su cuidado pastoral pusieron las bases de la vida eclesial en vuestro País y permitieron a la Iglesia en América crecer hacia su madurez. Hoy la comunidad católica que servís es una de las más vastas del mundo y una de los más influyentes. Cuán importante es, pues, procurar que vuestra luz brille ante vuestros conciudadanos y en el mundo “para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo” (*Mt* 5, 16).

Muchas personas, entre las cuales John Carroll y sus hermanos Obispos que ejercieron el ministerio hace dos siglos, llegaron desde lejanas tierras. La diversidad de sus orígenes está reflejada en la rica variedad de la vida eclesial de

la América actual. Queridos Hermanos Obispos, deseo animaros, así como a vuestras comunidades, a seguir acogiendo a los inmigrantes que se unen hoy a vuestras filas, compartir sus alegrías y esperanzas, acompañarlos en sus sufrimientos y pruebas, y ayudarlos a prosperar en su nueva casa. Esto, por otra parte, es lo que hicieron vuestros conciudadanos durante generaciones. Ya desde el principio, ellos abrieron las puertas a los desanimados, a los pobres, a las “masas que se agolparon anhelando respirar libertad” (cf. *Soneto grabado en la Estatua de la Libertad*). Éstas fueron las personas que formaron América.

Entre quienes vinieron aquí para construirse una nueva vida, muchos fueron capaces de hacer buen uso de los recursos y de las oportunidades que encontraron, y alcanzar un alto nivel de prosperidad. En verdad, los ciudadanos de este País son conocidos por su gran vitalidad y creatividad. Son conocidos incluso por su generosidad. Después del ataque a las Torres Gemelas, en septiembre del 2001, y también después del huracán Katrina en el 2005, los americanos han mostrado su disponibilidad en ayudar a sus hermanos y hermanas necesitados. A nivel internacional, la contribución ofrecida por el pueblo de América a las operaciones de socorro y salvamento después del tsunami de diciembre del 2004 es una nueva muestra de esta compasión. Permitidme que exprese un particular reconocimiento por las innumerables

formas de asistencia humanitaria ofrecidas por los católicos americanos a través de las Cáritas católicas y de otras agencias. Su generosidad ha dado sus frutos en la atención a los pobres y necesitados, como también en la energía manifestada en la construcción de la red nacional de parroquias católicas, hospitales, escuelas y universidades. Todo eso constituye un sólido motivo para dar gracias.

América es también una tierra de gran fe. Vuestra gente es bien conocida por el fervor religioso y está orgullosa de pertenecer a una comunidad orante. Tiene confianza en Dios y no duda en introducir en los discursos públicos argumentos morales basados en la fe bíblica. El respeto por la libertad de religión está profundamente arraigado en la conciencia americana, un dato que de hecho ha favorecido que este País atrajera generaciones de inmigrantes a la búsqueda de una casa donde poder dar libremente culto a Dios según las propias convicciones religiosas.

En este contexto me es grato poner de relieve la presencia entre vosotros de Obispos de todas las venerables Iglesias orientales en comunión con el Sucesor de Pedro: os saludo con especial alegría. Queridos Hermanos, os pido que comunicuéis a vuestras comunidades mi profundo afecto y la oración incesante, tanto por ellas como también por tantos hermanos y hermanas que han quedado en su tierra de origen. Vuestra presencia en este País recuer-

da el valiente testimonio por Cristo de numerosos miembros de vuestras comunidades que a menudo sufren en su propia Patria. Esto es también una gran riqueza para la vida eclesial en América, ya que ofrece una vigorosa expresión de la catolicidad de la Iglesia y de la variedad de sus tradiciones litúrgicas y espirituales.

En esta fértil tierra, alimentada por tan numerosos y diferentes manantiales, es donde vosotros, queridos Obispos, estáis llamados hoy a esparcir la semilla del Evangelio. Esto me lleva a preguntarme ¿cómo, en el siglo veintiuno, puede un Obispo cumplir, del mejor modo posible, el llamado a “renovar todo en Cristo, nuestra esperanza”? ¿Cómo puede guiar a su pueblo al “encuentro con el Dios vivo”, fuente de aquella esperanza que transforma la vida de la que habla el Evangelio? (cf. *Spe salvi*, 4). Quizás necesita derribar, ante todo, algunas barreras que impiden este encuentro. Si bien es verdad que este País está marcado por un auténtico espíritu religioso, la sutil influencia del laicismo puede indicar sin embargo el modo en el que las personas permiten que la fe influya en sus propios comportamientos. ¿Es acaso coherente profesar nuestra fe el domingo en el templo y luego, durante la semana, dedicarse a negocios o promover intervenciones médicas contrarias a esta fe? ¿Es quizás coherente para católicos practicantes ignorar o explotar a los pobres y marginados, promover comportamientos sexuales contrarios a

la enseñanza moral católica, o adoptar posiciones que contradicen el derecho a la vida de cada ser humano desde su concepción hasta su muerte natural? Es necesario resistir a toda tendencia que considere la religión como un hecho privado. Sólo cuando la fe impregna cada aspecto de la vida, los cristianos se abren verdaderamente a la fuerza transformadora del Evangelio.

Para una sociedad rica, un nuevo obstáculo para un encuentro con el Dios vivo está en la sutil influencia del materialismo, que por desgracia puede centrar muy fácilmente la atención sobre el “cien veces más” prometido por Dios en esta vida, a cambio de la vida eterna que promete para el futuro (*Mc* 10,30). Las personas necesitan hoy ser llamadas de nuevo al objetivo último de su existencia. Necesitan reconocer que en su interior hay una profunda sed de Dios. Necesitan tener la oportunidad de enriquecerse del pozo de su amor infinito. Es fácil ser atraídas por las posibilidades casi ilimitadas que la ciencia y la técnica nos ofrecen; es fácil cometer el error de creer que se puede conseguir con nuestros propios esfuerzos saciar las necesidades más profundas. Ésta es una ilusión. Sin Dios, el cual nos da lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar (cf. *Spe salvi*, 31), nuestras vidas están realmente vacías. Las personas necesitan ser llamadas continuamente a cultivar una relación con Cristo, que ha venido para que tuviéramos la vida en abundancia (cf. *Jn* 10,10). La meta de toda nuestra activi-

dad pastoral y catequética, el objeto de nuestra predicación, el centro mismo de nuestro ministerio sacramental ha de ser ayudar a las personas a establecer y alimentar semejante relación vital con “Jesucristo nuestra esperanza” (*1 Tm* 1,1).

En una sociedad que da mucho valor a la libertad personal y a la autonomía es fácil perder de vista nuestra dependencia de los demás, como también la responsabilidad que tenemos en las relaciones con ellos. Esta acentuación del individualismo ha influenciado incluso a la Iglesia (cf. *Spe salvi*, 13-15), dando origen a una forma de piedad que a veces subraya nuestra relación privada con Dios en detrimento del llamado a ser miembros de una comunidad redimida. Sin embargo, ya desde el principio, Dios vio que “no es bueno que el hombre esté solo” (*Gn* 2,18). Hemos sido creados como seres sociales que se realizan solamente en el amor a Dios y al prójimo. Si queremos tener verdaderamente fija la mirada hacia Él, fuente de nuestra alegría, tenemos que hacerlo como miembros del Pueblo de Dios (cf. *Spe salvi*, 14). Si pareciera que esto va en contra de la cultura actual, sería sencillamente una nueva prueba de la urgente necesidad de una renovada evangelización de la cultura.

Aquí en América habéis sido bendecidos con un laicado católico de considerable variedad cultural, que dedica sus propios y multiformes talentos al servicio de la Iglesia y de la sociedad

en general. Este laicado mira hacia vosotros para recibir estímulo, guía y orientación. En una época saturada de informaciones, la importancia de ofrecer una sólida formación de la fe no corre el riesgo de ser sobrevalorada. Los católicos americanos han reconocido, por tradición, un alto valor a la educación religiosa, tanto en las escuelas como en el conjunto de los programas de formación para adultos: conviene mantenerlo y difundirlo. Los numerosos hombres y mujeres que se dedican generosamente a las obras caritativas han de ser ayudados a renovar su compromiso mediante una “formación del corazón”: un “encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro” (*Deus caritas est*, 31). En una época en que el progreso de las ciencias médicas lleva nueva esperanza a muchos, pueden darse desafíos éticos impensables anteriormente. Esto hace que sea más importante que nunca asegurar una sólida formación en las enseñanzas morales de la Iglesia para aquellos católicos que trabajan en el ámbito de la salud. Es necesaria una sabia guía en todos estos campos de apostolado para que puedan producir frutos abundantes. Si de verdad quieren promover el bien integral de la persona, ellos mismos han de renovarse en Cristo nuestra esperanza.

Como anunciadores del Evangelio y guías de la comunidad católica, vosotros estáis llamados también a participar en el intercambio de ideas en la esfera pública, para ayudar a modelar

actitudes culturales adecuadas. En un contexto en el que se aprecia la libertad de palabra y se anima un debate firme y honesto, se respeta vuestra voz que tiene mucho que ofrecer a la discusión sobre las cuestiones sociales y morales de la actualidad. Al promover que el Evangelio sea escuchado de modo claro, no solamente formáis a las personas de vuestra comunidad, sino que, en el ámbito de la más vasta platea de la comunicación de masas, ayudáis a difundir el mensaje de la esperanza cristiana en todo el mundo.

Está claro que la influencia de la Iglesia en el público debate se realiza a niveles muy diferentes. En Estados Unidos, como en otras partes, hay actualmente muchas leyes ya en vigor o en discusión que suscitan preocupación desde el punto de vista de la moralidad, y la comunidad católica, bajo vuestra guía, debe ofrecer un testimonio claro y unitario sobre estas materias. No obstante, es más importante aún la apertura gradual de las mentes y de los corazones de la comunidad más amplia a la verdad moral: aquí hay todavía mucho por hacer. En este ámbito es crucial el papel de los fieles laicos para actuar como “levadura” en la sociedad. Sin embargo, no se debe dar por supuesto que todos los ciudadanos católicos piensen de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia sobre las cuestiones éticas fundamentales de hoy. Una vez más es vuestro deber procurar que la formación moral ofrecida a cada nivel de la vida ecle-

sial refleje la auténtica enseñanza del Evangelio de la vida.

A este respecto, un tema de profunda preocupación para todos nosotros es la situación de la familia dentro de la sociedad. Es verdad: el Cardenal George ha recordado antes cómo vosotros habéis fijado la consolidación del matrimonio y de la vida familiar entre las prioridades de vuestra atención pastoral en los próximos años. En el Mensaje de este año para la Jornada Mundial de la Paz, he hablado de la contribución esencial que una vida familiar sana ofrece a la paz en y entre las Naciones. En el hogar familiar se experimentan “algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo” (n. 3). La familia, además, es el lugar primario de la evangelización, en la transmisión de la fe, ayudando a los jóvenes a apreciar la importancia de la práctica religiosa y la observancia del domingo. ¿Cómo no sentirse desconcertados al observar la rápida decadencia de la familia como elemento básico de la Iglesia y de la sociedad? El divorcio y la infidelidad están aumentando, y muchos jóvenes hombres y mujeres deciden retrasar la boda o

incluso evitarla completamente. Algunos jóvenes católicos consideran el vínculo sacramental del matrimonio poco distinto de una unión civil, o lo entienden incluso como un simple acuerdo para vivir con otra persona de modo informal y sin estabilidad. Como consecuencia se percibe una alarmante disminución de bodas católicas en Estados Unidos, junto con un aumento de convivencias en las que está simplemente ausente la recíproca autodonación de los novios a la manera de Cristo, mediante el sello de una promesa pública de vivir las exigencias de un compromiso indisoluble para toda la existencia. En esas circunstancias, se les niega a los hijos el ambiente seguro que necesitan para crecer como seres humanos, e incluso se niegan a la sociedad aquellos pilares estables que son necesarios si se quiere mantener la cohesión y el centro moral de la comunidad.

Como enseñó mi predecesor, el Papa, Juan Pablo II, “el primer responsable de la pastoral familiar en la diócesis es el obispo... que debe dedicar interés, atención, tiempo, personas, recursos; y sobre todo apoyo personal a las familias y a cuantos le ayudan en el pastoral de la familia” (*Familiaris consortio*, 73). Es vuestro deber proclamar con fuerza los argumentos de fe y de razón que hablan del instituto del matrimonio, entendido como compromiso para la vida entre un hombre y una mujer, abierto a la transmisión de la vida. Este mensaje debería reso-

nar ante las personas de hoy, ya que es esencialmente un “sí” incondicional y sin reservas a la vida, un “sí” al amor y un “sí” a las aspiraciones del corazón de nuestra común humanidad, a la vez que nos esforzamos en realizar nuestro profundo deseo de intimidad con los demás y con el Señor.

Entre los signos contrarios al Evangelio de la vida que se pueden encontrar en América, pero también en otras partes, hay uno que causa profunda vergüenza: el abuso sexual de los menores. Muchos de vosotros me habéis hablado del enorme dolor que vuestras comunidades han sufrido cuando hombres de Iglesia han traicionado sus obligaciones y compromisos sacerdotales con semejante comportamiento gravemente inmoral. Mientras tratáis de erradicar este mal dondequiera que suceda, tenéis que sentir os apoyados por la oración del Pueblo de Dios en todo el mundo. Justamente dais prioridad a las expresiones de compasión y apoyo a las víctimas. Es una responsabilidad que os viene de Dios, como Pastores, la de fajar las heridas causadas por cada violación de la confianza, favorecer la curación, promover la reconciliación y acercar os con afectuosa preocupación a cuantos han sido tan seriamente dañados.

La respuesta a esta situación no ha sido fácil y, como ha indicado el Presidente de vuestra Conferencia Episcopal, ha sido “tratada a veces de pésimo modo”. Ahora que la di-

mensión y gravedad del problema se comprenden más claramente, habéis podido adoptar medidas de recuperación y disciplinares más adecuadas, y promover un ambiente seguro que ofrezca mayor protección a los jóvenes. Mientras se ha de recordar que la inmensa mayoría de los sacerdotes y religiosos en América llevan a cabo una excelente labor por llevar el mensaje liberador del Evangelio a las personas confiadas a sus cuidados pastorales, es de vital importancia que los sujetos vulnerables estén siempre protegidos de cuantos pudieran causarles heridas. A este respecto, vuestros esfuerzos por aliviarlos y protegerlos están dando no sólo gran fruto para quienes están directamente bajo vuestra cuidado pastoral, sino también para toda la sociedad.

No obstante, si queremos que las medidas y estrategias adoptadas por vosotros alcancen su pleno objetivo, conviene que se apliquen en un contexto más amplio. Los niños tienen derecho a crecer con una sana comprensión de la sexualidad y de su justo papel en las relaciones humanas. A ellos se les debería evitar las manifestaciones degradantes y la vulgar manipulación de la sexualidad hoy tan preponderante. Ellos tienen derecho a ser educados en los auténticos valores morales basados en la dignidad de la persona humana. Esto nos lleva a considerar la centralidad de la familia y la necesidad de promover el Evangelio de la vida. ¿Qué significa hablar de la protección de los

niños cuando en tantas casas se puede ver hoy la pornografía y la violencia a través de los medios de comunicación ampliamente disponibles? Debemos reafirmar con urgencia los valores que sostienen la sociedad, a fin de ofrecer a jóvenes y adultos una sólida formación moral. Todos tienen un papel que desarrollar en este cometido, no sólo los padres, los formadores religiosos, los profesores y los catequistas, sino también la información y la industria del ocio. Ciertamente, cada miembro de la sociedad puede contribuir a esta renovación moral y sacar beneficio de ello. Cuidarse de verdad de los jóvenes y del futuro de nuestra civilización significa reconocer nuestra responsabilidad de promover y vivir los auténticos valores morales que hacen a la persona humana capaz de prosperar. Es vuestro deber de pastores que tienen como modelo Cristo, el Buen Pastor, proclamar de modo valiente y claro este mensaje y afrontar, por tanto, el pecado de abuso en el contexto más vasto de los comportamientos sexuales. Además, al reconocer el problema y al afrontarlo cuando sucede en un contexto eclesial, vosotros podéis ofrecer una orientación a los demás, dado que esta plaga se encuentra no sólo en vuestras Diócesis, sino también en cada sector de la sociedad. Esto exige una respuesta firme y colectiva.

Los sacerdotes necesitan también vuestra guía y cercanía durante este difícil tiempo. Ellos han experimentado vergüenza por lo que ha ocurrido y mu-

chos de ellos se dan cuenta de que han perdido parte de aquella confianza que tenían una vez. No son pocos los que experimentan una cercanía a Cristo en su Pasión, a la vez que se esfuerzan por afrontar las consecuencias de esta crisis. El Obispo, como padre, hermano y amigo de sus sacerdotes, puede ayudarlos a sacar fruto espiritual de esta unión con Cristo, haciéndoles tomar conciencia de la consoladora presencia del Señor en medio de sus sufrimientos, y animándolos a caminar con el Señor por la senda de la esperanza (cf. *Spe salvi*, 39). Como observaba el Papa, Juan Pablo II, hace seis años, “debemos confiar en que este tiempo de prueba lleve a la purificación de toda la comunidad católica”, que conducirá “a un sacerdocio más santo, a un episcopado más santo y a una Iglesia más santa” (*Mensaje a los Cardenales de Estados Unidos*, 23 abril 2002, 4). Hay muchos signos de que, en el período siguiente, ha tenido de veras lugar esta purificación. La constante presencia de Cristo en medio de nuestros sufrimientos está transformando gradualmente nuestras tinieblas en luz: cada cosa es renovada realmente en Cristo Jesús, nuestra esperanza.

En este momento una parte vital de vuestra tarea es reforzar las relaciones con vuestros sacerdotes, especialmente en aquellos casos en que ha surgido tensión entre sacerdotes y Obispos como consecuencia de la crisis. Es importante que sigáis demostrándoles vuestra preocupación, vuestro apoyo y vuestra guía con el ejemplo. De esta modo los

ayudaréis a encontrar al Dios vivo y los orientaréis hacia aquella esperanza que transforma la existencia de la que habla el Evangelio. Si vosotros mismos vivís de un modo que se configura íntimamente con Cristo, el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas, animaréis a vuestros hermanos sacerdotes a dedicarse de nuevo al servicio de la grey con la generosidad que caracterizó a Cristo. En verdad, si queremos ir adelante es preciso concentrarse más claramente en la imitación de Cristo con la santidad de vida. Tenemos que redescubrir la alegría de vivir una existencia centrada en Cristo, cultivando las virtudes y sumergiéndonos en la oración. Cuando los fieles saben que su pastor es un hombre que reza y dedica la propia vida a su servicio, corresponden con aquel calor y afecto que alimenta y sostiene la vida de toda la comunidad.

El tiempo pasado en la oración nunca es desperdiciado, por muy importantes que sean los deberes que nos apremian por todas partes. La adoración de Cristo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento prolonga e intensifica aquella unión con Él que se realiza mediante la Celebración eucarística (cf. *Sacramentum caritatis*, 66). La contemplación de los misterios del Rosario difunde toda su fuerza salvadora conformándonos, uniéndonos y consagrándonos a Jesucristo (cf. *Rosarium Virginis Mariae*, 11.15). La fidelidad a la Liturgia de las Horas asegura que todo nuestro día sea santificado, recordándonos continuamente la necesidad de perma-

necer concentrados en cumplir la obra de Dios, no obstante todas las urgencias o las distracciones que pueden surgir ante las obligaciones que se han de cumplir. De esta manera, la devoción nos ayuda a hablar y actuar *in persona Christi*, a enseñar, gobernar y santificar a los fieles en el nombre de Jesús, llevando su reconciliación, su curación y su amor a todos sus queridos hermanos y hermanas. Esta radical configuración con Cristo Buen Pastor es el centro de nuestro ministerio pastoral, y si, a través de la oración, nos abrimos nosotros mismos a la fuerza del Espíritu, Él nos concederá los dones que necesitamos para cumplir nuestra enorme tarea, de modo que no nos preocupemos nunca “de cómo o qué vamos a hablar” (cf. *Mt 10,19*).

Al concluir este discurso dirigido a vosotros esta tarde, encomiendo de manera muy particular a la Iglesia que está en vuestro País a la materna solicitud y a la intercesión de María Inmaculada, Patrona de Estados Unidos. Que ella, que llevó, en su propio seno, la esperanza de todas las Naciones, interceda por el pueblo de esta Nación, para que todos sean renovados en Cristo Jesús, su Hijo. Queridos Hermanos Obispos, expreso a cada uno de vosotros aquí presente mi profunda amistad y mi participación en vuestras preocupaciones pastorales. A todos vosotros, al clero, a los religiosos y a los fieles laicos imparto cordialmente la Bendición Apostólica, prenda de alegría y paz en Cristo Resucitado.

***Respuesta del Papa, Benedicto XVI,
a las preguntas de los Obispos
Americanos, en la celebración de las
Vísperas y Encuentro con los Obispos
de Estados Unidos***

*Santuario Nacional de la Inmaculada
Concepción de Washington, D.C. Miér-
coles, 16 de abril de 2008*

1. Se pide al Santo Padre que ofrezca su valoración sobre el reto del secularismo creciente en la vida pública y sobre el relativismo en la vida intelectual, así como sus sugerencias para afrontar dichos desafíos desde el punto de vista pastoral, para poder llevar a cabo más eficazmente la evangelización.

He tratado brevemente este tema en mi discurso. Me parece significativo el hecho de que en América, a diferencia de muchas partes en Europa, la mentalidad secular no se oponga intrínsecamente a la religión. Dentro del contexto de la separación entre Iglesia y Estado, la sociedad americana está siempre marcada por un respeto fundamental de la religión y de su papel público y, si se quiere dar crédito a los sondeos, el pueblo americano es profundamente religioso. Pero no es suficiente tener en cuenta esta religiosidad tradicional y comportarse como si todo fuese normal, mientras sus fundamentos se van erosionando lentamente. Un compromiso serio en el campo de la evangelización no puede prescindir de un diagnóstico profundo de los desafíos reales que el Evan-

gelio tiene que afrontar en la cultura americana contemporánea.

Evidentemente, es esencial una correcta comprensión de la justa autonomía del orden secular, una autonomía que no puede desvincularse de Dios Creador ni de su plan de salvación (cf. *Gaudium et spes*, 36). Tal vez, el tipo de secularismo de América plantea un problema particular: mientras permite creer en Dios y respeta el papel público de la religión y de las Iglesias, reduce sutilmente sin embargo la creencia religiosa al mínimo común denominador. La fe se transforma en aceptación pasiva de que ciertas cosas “allí fuera” son verdaderas, pero sin relevancia práctica para la vida cotidiana. El resultado es una separación creciente entre la fe y la vida: el vivir “como si Dios no existiese”. Esto se ve agravado por un planteamiento individualista y ecléctico de la fe y la religión: alejándose de la perspectiva católica de “pensar con la Iglesia”, cada uno cree tener derecho de seleccionar y escoger, manteniendo los vínculos sociales pero sin una conversión integral e interior a la ley de Cristo. Consiguientemente, más que transformarse y renovarse por dentro, los cristianos caen fácilmente en la tentación de acomodarse al espíritu mundano (cf. *Rm* 12,2). Lo hemos constatado de manera punzante en el escándalo provocado por católicos que promueven un presunto derecho al aborto.

En un plano más profundo, el secularismo obliga a la Iglesia a reafirmar

y perseguir todavía más activamente su misión en y hacia el mundo. Como ha puesto de manifiesto el Concilio, los laicos tienen una misión particular en este ámbito. Estoy convencido de que lo que necesitamos es un mayor sentido de la relación intrínseca entre el Evangelio y la ley natural por una parte y, por otra, la consecución del auténtico bien humano, como se encarna en la ley civil y en las decisiones morales personales. En una sociedad que tiene justamente en alta consideración la libertad personal, la Iglesia debe promover en todos los ámbitos de su enseñanza -en la catequesis, la predicación, la formación en los seminarios y universidades- una apología encaminada a afirmar la verdad de la revelación cristiana, la armonía entre fe y razón, y una sana comprensión de la libertad, considerada en términos positivos como liberación tanto de las limitaciones del pecado como para una vida auténtica y plena. En una palabra, el Evangelio debe ser predicado y enseñado como modo de vida integral, que ofrece una respuesta atrayente y veraz, intelectual y prácticamente, a los problemas humanos reales. La “dictadura del relativismo”, al fin y al cabo, no es más que una amenaza a la libertad humana, la cual madura sólo en la generosidad y en la fidelidad a la verdad.

Naturalmente, se podría añadir mucho más sobre este argumento. Sin embargo, permítanme concluir diciendo que creo que la Iglesia en América tiene ante sí en este preciso momento de su

historia el reto de encontrar una visión católica de la realidad y presentarla a una sociedad que ofrece todo tipo de recetas para la autorrealización humana de manera atrayente y con fantasía. En particular, pienso en la necesidad que tenemos de hablar al corazón de los jóvenes, los cuales, aunque expuestos a mensajes contrarios al Evangelio, continúan teniendo sed de autenticidad, de bondad, de verdad. Queda todavía mucho por hacer en el terreno de la predicación y de la catequesis en las parroquias y en las escuelas, si se quiere que la evangelización produzca frutos para la renovación de la vida eclesial en América.

2. Se le pregunta al Santo Padre sobre un “cierto proceso silencioso” mediante el cual los católicos abandonan la práctica de la fe, a veces con una decisión explícita, pero más a menudo alejándose quieta y gradualmente de la participación en la Misa y de la identificación con la Iglesia.

Ciertamente, mucho de todo eso depende de la reducción progresiva de una cultura religiosa, parangonada en ocasiones de manera despectiva a un “ghetto”, que podría reforzar la participación y la identificación con la Iglesia. Como acabo de decir, uno de los grandes retos para la Iglesia en este País es el de fomentar una identidad católica no tanto basada en elementos externos, sino más bien en un modo de pensar y actuar enraizado en el Evangelio y enriquecido con la tradición viva de la Iglesia.

Este tema implica claramente factores como el individualismo religioso y el escándalo. Pero vayamos al corazón de la cuestión: la fe no puede sobrevivir si no se alimenta, si no es “activa en la práctica del amor” (Ga 5,6). ¿La gente tiene hoy dificultad para encontrar a Dios en nuestras iglesias? ¿Quizás nuestra predicación se ha vuelto sosa? ¿No será que todo esto se debe a que muchos han olvidado, o no aprendieron nunca, cómo rezar en y con la Iglesia?

No hablo aquí de las personas que dejan la Iglesia en busca de “experiencias” religiosas subjetivas; éste es un tema pastoral que se ha de afrontar en sus propios términos. Pienso que estamos hablando de personas que han perdido el camino sin haber rechazado conscientemente la fe en Cristo, pero que, por una u otra razón, no han recibido fuerza vital de la liturgia, de los Sacramentos, de la predicación. Y, sin embargo, la fe cristiana es esencialmente eclesial, como sabemos, y sin un vínculo vivo con la comunidad, la fe del individuo nunca crecerá hasta la madurez. Volviendo a la cuestión apenas discutida: el resultado puede ser una apostasía silenciosa.

Déjenme por tanto hacer dos breves observaciones sobre el problema del “proceso de abandono”, que espero estimulará ulteriores reflexiones.

En primer lugar, como saben, en las sociedades occidentales se hace cada vez más difícil hablar de manera sensa-

ta de “salvación”. Sin embargo, la salvación -la liberación de la realidad del mal y el don de una vida nueva y libre en Cristo- está en el corazón mismo del Evangelio. Hemos de redescubrir, como ya he dicho, modos nuevos y atractivos para proclamar este mensaje y despertar una sed de esa plenitud que solamente Cristo puede dar. En la liturgia de la Iglesia, y sobre todo en el sacramento de la Eucaristía, es donde se manifiestan estas realidades de manera más poderosa y se viven en la existencia de los creyentes; quizás tenemos todavía mucho que hacer para realizar la visión del Concilio sobre la liturgia como ejercicio del sacerdocio común y como impulso para un apostolado fructuoso en el mundo.

En segundo lugar, debemos reconocer con preocupación el eclipse casi total de un sentido escatológico en muchas de nuestras sociedades tradicionalmente cristianas. Como saben, he planteado esta cuestión en la encíclica *Spe salvi*. Baste decir que fe y esperanza no se limitan a este mundo: como virtudes teologales, nos unen al Señor y nos llevan hacia el cumplimiento no solamente de nuestro destino, sino también al de toda la creación. La fe y la esperanza son la inspiración y la base de nuestros esfuerzos para prepararnos a la llegada del Reino de Dios. En el cristianismo no puede haber lugar para una religión meramente privada: Cristo es el Salvador del mundo y, como miembros de su Cuerpo y partícipes de sus *munera* profético, sacerdotal y real,

no podemos separar nuestro amor por Él del compromiso por la edificación de la Iglesia y la difusión del Reino. En la medida en que la religión se convierte en un asunto puramente privado, pierde su propia alma.

Déjenme concluir afirmando algo obvio. Los campos están ya listos hoy en día para la siega (cf. *Jn* 4,35); Dios sigue haciendo crecer la mies (cf. *1 Co* 3,6). Podemos y tenemos que creer, junto con el difunto Papa, Juan Pablo II, que Dios está preparando una nueva primavera para la cristiandad (cf. *Redemptoris missio*, 86). Lo que más se necesita en este específico tiempo de la historia de la Iglesia en América es la renovación de ese celo apostólico que inspire a sus pastores a buscar de manera activa a los extraviados, a curar a quienes han sido heridos y a reforzar a los débiles (cf. *Ez* 34,16). Y, como ya he dicho, eso exige nuevos modos de pensar basados en una diagnosis de los desafíos actuales y en un esfuerzo por la unidad en el servicio a la misión de la Iglesia respecto a las generaciones presentes.

3. Se pide al Santo Padre que dé su parecer sobre la disminución de vocaciones, a pesar del crecimiento de la población católica, y sobre las razones de la esperanza ofrecidas por las cualidades personales y por la sed de santidad que caracterizan a los candidatos que deciden continuar.

Seamos sinceros: la capacidad de suscitarse vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa es un signo seguro de la salud

de una Iglesia local. A este respecto, no queda lugar para complacencia alguna. Dios sigue llamando a los jóvenes, pero nos corresponde a nosotros animar una respuesta generosa y libre a esa llamada. Por otro lado, ninguno de nosotros pueda dar por descontada esa gracia.

En el Evangelio, Jesús nos dice que se ha de orar para que el Señor de la mies envíe obreros; admite incluso que los obreros son pocos ante la abundancia de la mies (cf. *Mt* 9,37-38). Parecerá extraño, pero yo pienso muchas veces que la oración -el *unum necessarium*- es el único aspecto de las vocaciones que resulta eficaz y que nosotros tendemos con frecuencia a olvidarlo o infravalorarlo.

No hablo solamente de la oración *por las vocaciones*. La oración misma, nacida en las familias católicas, fomentada por programas de formación cristiana, reforzada por la gracia de los Sacramentos, es el medio principal por el que llegamos a conocer la voluntad de Dios para nuestra vida. En la medida en que enseñamos a los jóvenes a rezar, y a rezar bien, cooperamos a la llamada de Dios. Los programas, los planes y los proyectos tienen su lugar, pero el discernimiento de una vocación es ante todo el fruto del diálogo íntimo entre el Señor y sus discípulos. Los jóvenes, si saben rezar, pueden tener confianza de saber qué hacer ante la llamada de Dios.

Se ha hecho notar que hoy hay una sed creciente de santidad en muchos jóvenes y que, aunque cada vez en

menor número, los que van adelante demuestran un gran idealismo y prometen mucho. Es importante escucharlos, comprender sus experiencias y animarlos a ayudar a sus coetáneos a ver a la necesidad de sacerdotes y religiosos comprometidos, así como a ver la belleza de una vida de sacrificio y servicio al Señor y a su Iglesia. A mi juicio, se exige mucho a los directores y formadores de las vocaciones: hoy más que nunca, hay que ofrecer a los candidatos una sana formación intelectual y humana que los capacite no solamente para responder a las preguntas reales y a las necesidades de sus contemporáneos, sino también para madurar en su conversión y perseverar en la vocación mediante un compromiso que dure toda la vida. Como Obispos, son conscientes del sacrificio que se les pide cuando les solicitan liberar de sus cometidos a uno de sus mejores sacerdotes para trabajar en el seminario. Les exhorto a responder con generosidad por el bien de toda la Iglesia.

Por último, pienso que saben por experiencia que muchos de vuestros hermanos sacerdotes son felices en su vocación. Lo que dije en mi discurso sobre la importancia de la unidad y la colaboración con el presbiterio se aplica también a este campo. Es necesario para todos nosotros que se dejen las divisiones estériles, los desacuerdos y los prejuicios, y que se escuche juntos la voz del Espíritu que guía a la Iglesia hacia un futuro de esperanza. Cada uno de nosotros sabe la importancia que ha

tenido en la propia vida la fraternidad sacerdotal; ésta no es solamente algo precioso que tenemos, sino también un recurso inmenso para la renovación del sacerdocio y el crecimiento de nuevas vocaciones. Deseo concluir animándoles a crear oportunidades para un mayor diálogo y encuentros fraternos entre vuestros sacerdotes, especialmente los jóvenes. Estoy convencido que eso dará fruto para su enriquecimiento, para el aumento de su amor al sacerdocio y a la Iglesia, así como también para la eficacia de su apostolado.

Con estas pocas observaciones, les animo una vez más en su ministerio respecto a los fieles confiados a su solitud pastoral y les confío a la entrañable intercesión de María Inmaculada, Madre de la Iglesia.

Homilía del Papa, Benedicto XVI.

Nationals Stadium de Washington, D.C., Jueves, 17 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas en Cristo

“Paz a ustedes” (Jn 20,19). Con estas palabras, las primeras que el Señor resucitado dirigió a sus discípulos, les saludo a todos en el júbilo de este tiempo pascual. Ante todo, doy gracias a Dios por la gracia de estar entre ustedes. Agradezco en particular al Arzo-

bispo Wuerl por sus amables palabras de bienvenida.

Nuestra Misa de hoy retrotrae a la Iglesia en los Estados Unidos a sus raíces en el cercano Maryland y recuerda el 200 aniversario del primer capítulo de su considerable crecimiento: la división que hizo mi predecesor, el Papa Pío VII, de la Diócesis originaria de Baltimore y la instauración de las Diócesis de Boston, Bardstown, ahora Louisville, Nueva York y Filadelfia. Doscientos años después, la Iglesia en América tiene buenos motivos para alabar la capacidad de las generaciones pasadas de aglutinar grupos de inmigrantes muy diferentes en la unidad de la fe católica y en el esfuerzo común por difundir el Evangelio. Al mismo tiempo, la Comunidad católica en este País, consciente de su rica multiplicidad, ha apreciado cada vez más plenamente la importancia de que cada individuo y grupo aporte su propio don particular al conjunto. Ahora la Iglesia en los Estados Unidos está llamada a mirar hacia el futuro, firmemente arraigada en la fe transmitida por las generaciones anteriores y dispuesta a afrontar nuevos desafíos —desafíos no menos exigentes de los que afrontaron vuestros antepasados— con la esperanza que nace del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (cf. *Rm* 5,5).

En el ejercicio de mi ministerio de Sucesor de Pietro, he venido a América para confirmaros, queridos hermanos y

hermanas, en la fe de los Apóstoles (cf. *Lc* 22,32). He venido para proclamar de nuevo, como lo hizo san Pedro el día de Pentecostés, que Jesucristo es Señor y Mesías, resucitado de la muerte, sentado a la derecha del Padre en la gloria y constituido juez de vivos y muertos (cf. *Hch* 2,14ss). He venido para reiterar la llamada urgente de los Apóstoles a la conversión para el perdón de los pecados y para implorar al Señor una nueva efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia en este País. Como hemos oído en este tiempo pascual, la Iglesia ha nacido de los dones del Espíritu Santo: el arrepentimiento y la fe en el Señor resucitado. Ella se ve impulsada por el mismo Espíritu en cada época a llevar la buena nueva de nuestra reconciliación con Dios en Cristo a hombres y a mujeres de toda raza, lengua y nación (cf. *Ap* 5,9).

Las lecturas de la Misa de hoy nos invitan a considerar el crecimiento de la Iglesia en América como un capítulo en la historia más grande de la expansión de la Iglesia después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. En estas lecturas vemos la unión inseparable entre el Señor resucitado y el don del Espíritu para el perdón de los pecados y el misterio de la Iglesia. Cristo ha constituido su Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles (cf. *Ap* 21,14), como comunidad estructurada visible, que es a la vez comunión espiritual, cuerpo místico animado por los múltiples dones del Espíritu y sacramento de salvación para toda la humanidad (cf.

Lumen gentium, 8). La Iglesia está llamada en todo tiempo y lugar a crecer en la unidad mediante una constante conversión a Cristo, cuya obra redentora es proclamada por los Sucesores de los Apóstoles y celebrada en los sacramentos. Por otro lado, esta unidad comporta una “expansión continua”, porque el Espíritu incita a los creyentes a proclamar “las grandes obras de Dios” y a invitar a todas las gentes a entrar en la comunidad de los salvados mediante la sangre de Cristo y que han recibido la vida nueva en su Espíritu.

Ruego también para que este aniversario significativo en la vida de la Iglesia en los Estados Unidos y la presencia del Sucesor de Pedro entre vosotros sean para todos los católicos una ocasión para reafirmar su unidad en la fe apostólica, para ofrecer a sus contemporáneos una razón convincente de la esperanza que los inspira (cf. *1 P* 3,15) y para renovar su celo misionero al servicio de la difusión del Reino de Dios.

El mundo necesita el testimonio. ¿Quién puede negar que el momento actual sea decisivo no sólo para la Iglesia en América, sino también para la sociedad en su conjunto? Es un tiempo lleno de grandes promesas, pues vemos cómo la familia humana se acomuna de diversos modos, haciéndose cada vez más interdependiente. Al mismo tiempo, sin embargo, percibimos signos evidentes de un quebrantamiento preocupante de los fundamentos mismos de la sociedad: signos de aliena-

ción, ira y contraposición en muchos contemporáneos nuestros; aumento de la violencia, debilitamiento del sentido moral, vulgaridad en las relaciones sociales y creciente olvido de Cristo y de Dios. También la Iglesia ve signos de grandes promesas en sus numerosas parroquias sólidas y en los movimientos vivaces, en el entusiasmo por la fe demostrada por muchos jóvenes, en el número de los que cada año abrazan la fe católica y en un interés cada vez más grande por la oración y por la catequesis. Pero, al mismo tiempo, percibe a menudo con dolor que hay división y contrastes en su seno, descubriendo también el hecho desconcertante de que tantos bautizados, en lugar de actuar como fermento espiritual en el mundo, se inclinan a adoptar actitudes contrarias a la verdad del Evangelio.

“Señor, manda tu Espíritu y renueva la faz de la tierra” (cf. *Sal* 104,30). Las palabras del Salmo responsorial de hoy son una plegaria que, siempre y en todo lugar, brota del corazón de la Iglesia. Nos recuerdan que el Espíritu Santo ha sido infundido como primicia de una nueva creación, de “cielos nuevos y tierra nueva” (cf. *2 P* 3,13; *Ap* 21, 1) en los que reinará la paz de Dios y la familia humana será reconciliada en la justicia y en el amor. Hemos oído decir a san Pablo que toda la creación “gime” hasta a hoy, en espera de la verdadera libertad, que es el don de Dios para sus hijos (cf. *Rm* 8,21-22), una libertad que nos hace capaces de vivir conforme a su voluntad. Oremos

hoy insistentemente para que la Iglesia en América sea renovada en este mismo Espíritu y ayudada en su misión de anunciar el Evangelio a un mundo que tiene nostalgia de una genuina libertad (cf. *Jn* 8,32), de una felicidad auténtica y del cumplimiento de sus aspiraciones más profundas.

Deseo en este momento dirigir una palabra particular de gratitud y estímulo a todos los que han acogido el desafío del Concilio Vaticano II, tantas veces repetido por el Papa, Juan Pablo II, y han dedicado su vida a la nueva evangelización. Doy las gracias a mis hermanos Obispos, a los sacerdotes y diáconos, a los religiosos y religiosas, a los padres, maestros y catequistas. La fidelidad y el valor con que la Iglesia en este País logrará afrontar los retos de una cultura cada vez más secularizada y materialista dependerá en gran parte de vuestra fidelidad personal al transmitir el tesoro de nuestra fe católica. Los jóvenes necesitan ser ayudados para discernir la vía que conduce a la verdadera libertad: la vía de una sincera y generosa imitación de Cristo, la vía de la entrega a la justicia y a la paz. Se ha progresado mucho en el desarrollo de programas sólidos para la catequesis, pero queda por hacer todavía mucho más para formar los corazones y las mentes de los jóvenes en el conocimiento y en el amor del Dios. Los desafíos que se nos presentan exigen una instrucción amplia y sana en la verdad de la fe. Pero requieren cultivar también un modo de pensar, una “cul-

tura” intelectual que sea auténticamente católica, que confía en la armonía profunda entre fe y razón, y dispuesta a llevar la riqueza de la visión de la fe en contacto con las cuestiones urgentes que conciernen el futuro de la sociedad americana.

Queridos amigos, mi visita en los Estados Unidos quiere ser un testimonio de “Cristo, esperanza nuestra”. Los americanos han sido siempre un pueblo de esperanza: vuestros antepasados vinieron a este País con la expectativa de encontrar una nueva libertad y nuevas oportunidades, y la extensión de territorios inexplorados les inspiró la esperanza de poder empezar completamente de nuevo, creando una nueva nación sobre nuevos fundamentos. Ciertamente, ésta no ha sido la experiencia de todos los habitantes de este País; baste pensar en las injusticias sufridas por las poblaciones americanas nativas y de los que fueron traídos de África por la fuerza como esclavos. Pero la esperanza, la esperanza en el futuro, forma parte hondamente del carácter americano. Y la virtud cristiana de la esperanza —la esperanza derramada en nuestro corazón por el Espíritu Santo, la esperanza que purifica y endereza de modo sobrenatural nuestras aspiraciones orientándolas hacia el Señor y su plan de salvación—, esta esperanza ha caracterizado también y sigue caracterizando la vida de la comunidad católica en este País.

En el contexto de esta esperanza nacida del amor y de la fidelidad de Dios

reconozco el dolor que ha sufrido la Iglesia en América como consecuencia del abuso sexual de menores. Ninguna palabra mía podría describir el dolor y el daño producido por dicho abuso. Es importante que se preste una cordial atención pastoral a los que han sufrido. Tampoco puedo expresar adecuadamente el daño que se ha hecho dentro de la comunidad de la Iglesia. Ya se han hecho grandes esfuerzos para afrontar de manera honesta y justa esta trágica situación y para asegurar que los niños —a los que nuestro Señor ama entrañablemente (cf. *Mc* 10,14), y que son nuestro tesoro más grande— puedan crecer en un ambiente seguro. Estos esfuerzos para proteger a los niños han de continuar. Ayer hablé de esto con vuestros Obispos. Hoy animo a cada uno de ustedes a hacer cuanto les sea posible para promover la recuperación y la reconciliación, y para ayudar a los que han sido dañados. Les pido también que estimen a sus sacerdotes y los reafirmen en el excelente trabajo que hacen. Y, sobre todo, oren para que el Espíritu Santo derrame sus dones sobre la Iglesia, los dones que llevan a la conversión, al perdón y el crecimiento en la santidad.

San Pablo, como hemos escuchado en la segunda lectura, habla de una especie de oración que brota de las profundidades de nuestros corazones con suspiros que son demasiado profundos para expresarlos con palabras, con “gemidos” (*Rm* 8,26) inspirados por el Espíritu. Ésta es una oración que anhela,

en medio de la tribulación, el cumplimiento de las promesas de Dios. Es una plegaria de esperanza inagotable, pero también de paciente perseverancia y, a veces, acompañada por el sufrimiento por la verdad. A través de esta plegaria participamos en el misterio de la misma debilidad y sufrimiento de Cristo, mientras confiamos firmemente en la victoria de su Cruz. Que la Iglesia en América, con esta oración, emprenda cada vez más el camino de la conversión y de la fidelidad al Evangelio. Y que todos los católicos experimenten el consuelo de la esperanza y los dones de la alegría y la fuerza infundidos por el Espíritu.

En el relato evangélico de hoy, el Señor resucitado otorga a los Apóstoles el don del Espíritu Santo y les concede la autoridad para perdonar los pecados. Mediante el poder invencible de la gracia de Cristo, confiado a frágiles ministros humanos, la Iglesia renace continuamente y se nos da a cada uno de nosotros la esperanza de un nuevo comienzo. Confiemos en el poder del Espíritu de inspirar conversión, curar cada herida, superar toda división y suscitar vida y libertades nuevas. ¡Cuánta necesidad tenemos de estos dones! ¡Y qué cerca los tenemos, particularmente en el Sacramento de la penitencia! La fuerza libertadora de este Sacramento, en el que nuestra sincera confesión del pecado encuentra la palabra misericordiosa de perdón y paz de parte de Dios, necesita ser redescubierta y ralea propia de cada católico. En gran parte la reno-

vación de la Iglesia en América y en el mundo depende de la renovación de la regla de la penitencia y del crecimiento en la santidad: los dos es inspirado y realizadas por este Sacramento.

“En esperanza fuimos salvados” (*Rm* 8,24). Mientras la Iglesia en los Estados Unidos da gracias por las bendiciones de los doscientos años pasados, invito a ustedes, a sus familias y cada parroquia y comunidad religiosa a confiar en el poder de la gracia para crear un futuro prometedor para el Pueblo de Dios en este País. En el nombre del Señor Jesús les pido que eviten toda división y que trabajen con alegría para preparar vía para Él, fieles a su palabra y en constante conversión a su voluntad. Les exhorto, sobre todo, a seguir siendo fermento de esperanza evangélica en la sociedad americana, con el fin de llevar la luz y la verdad del Evangelio en la tarea de crear un mundo cada vez más justo y libre para las generaciones futuras.

Quien tiene esperanza ha de vivir de otra manera (cf. *Spe Salvi*, 2). Que ustedes, mediante sus plegarias, el testimonio de su fe y la fecundidad de su caridad, indiquen el camino hacia ese horizonte inmenso de esperanza que Dios está abriendo también hoy a su Iglesia, más aún, a toda la humanidad: la visión de un mundo reconciliado y renovado en Jesucristo, nuestro Salvador. A Él honor y gloria, ahora y siempre.

Amén.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, a los fieles de lengua española

Queridos hermanos y hermanas de lengua española:

Deseo saludarles con las mismas palabras que Cristo Resucitado dirigió a los apóstoles: “Paz a ustedes” (*Jn* 20,19). Que la alegría de saber que el Señor ha triunfado sobre la muerte y el pecado les ayude a ser, allá donde se encuentren, testigos de su amor y sembradores de la esperanza que Él vino a traernos y que jamás defrauda.

No se dejen vencer por el pesimismo, la inercia o los problemas. Antes bien, fieles a los compromisos que adquirieron en su bautismo, profundicen cada día en el conocimiento de Cristo y permitan que su corazón quede conquistado por su amor y por su perdón.

La Iglesia en los Estados Unidos, acogiendo en su seno a tantos de sus hijos emigrantes, ha ido creciendo gracias también a la vitalidad del testimonio de fe de los fieles de lengua española. Por eso, el Señor les llama a seguir contribuyendo al futuro de la Iglesia en este País y a la difusión del Evangelio. Sólo si están unidos a Cristo y entre ustedes, su testimonio evangelizador será creíble y florecerá en copiosos frutos de paz y reconciliación en medio de un mundo muchas veces marcado por divisiones y enfrentamientos.

La Iglesia espera mucho de ustedes. No la defrauden en su donación generosa. “Lo que han recibido gratis, denlo gratis” (*Mt* 10,8). Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los educadores
católicos***

Salón de Conferencias de la Universidad Católica de América, Washington, D.C., Jueves, 17 de abril de 2008

Queridos Cardenales, Queridos Hermanos Obispos, Ilustres Profesores, Docentes y Educadores:

“¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio!” (*Rm* 10,15). Con estas palabras de Isaías, citadas por san Pablo, saludo calurosamente a cada uno de ustedes, portadores de sabiduría, y a través de ustedes a todo el personal, a los estudiantes y las familias de las muchas y variadas instituciones formativas que ustedes representan. Es un verdadero placer encontrarme con ustedes y compartir algunas reflexiones sobre la naturaleza y la identidad de la educación católica hoy. En particular, deseo dar las gracias al P. Davide O’Connell, Presidente y Rector de la *Catholic University of America*. Querido Presidente, he apreciado mucho sus amables palabras de bienvenida. Le ruego que transmita mi cordial gratitud a toda la comunidad de esta Universidad, a las Facultades, al personal y a los estudiantes.

El deber educativo es parte integrante de la misión que la Iglesia tiene de proclamar la Buena Noticia. En primer lugar, y sobre todo, cada institución educativa católica es un lugar para

encontrar a Dios vivo, el cual revela en Jesucristo la fuerza transformadora de su amor y su verdad (cf. *Spe salvi*, 4). Esta relación suscita el deseo de crecer en el conocimiento y en la comprensión de Cristo y de su enseñanza. De este modo, quienes lo encuentran se ven impulsados por la fuerza del Evangelio a llevar una nueva vida marcada por todo lo que es bello, bueno y verdadero; una vida de testimonio cristiano alimentada y fortalecida en la comunidad de los discípulos de Nuestro Señor, la Iglesia.

La dinámica entre encuentro personal, conocimiento y testimonio cristiano es parte integrante de la *diakonia* de la verdad que la Iglesia ejerce en medio de la humanidad. La revelación de Dios ofrece a cada generación la posibilidad de descubrir la verdad última sobre la propia vida y sobre el fin de la historia. Este deber jamás es fácil: implica a toda la comunidad cristiana y motiva a cada generación de educadores cristianos a garantizar que el poder de la verdad de Dios impregne todas las dimensiones de las instituciones a las que sirven. De este modo, la Buena Noticia de Cristo puede actuar, guiando tanto al docente como al estudiante hacia la verdad objetiva que, trascendiendo lo particular y lo subjetivo, apunta a lo universal y a lo absoluto, que nos capacita para proclamar con confianza la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5). Frente a los conflictos personales, la confusión moral y la fragmentación del conocimiento, los nobles fines de la forma-

ción académica y de la educación, fundados en la unidad de la verdad y en el servicio a la persona y a la comunidad, son un poderoso instrumento especial de esperanza.

Queridos amigos, la historia de esta Nación ofrece numerosos ejemplos del compromiso de la Iglesia en este ámbito. De hecho, la comunidad católica en este País ha hecho de la educación una de sus prioridades más importantes. Esta empresa no se ha llevado a cabo sin grandes sacrificios. Figuras eminentes como Santa Elizabeth Ann Seton y otros fundadores y fundadoras, con gran tenacidad y clarividencia, han impulsado la institución de lo que hoy es una considerable red de escuelas parroquiales, que contribuyen al bienestar de la Iglesia y de la Nación. Algunos, como Santa Katherine Drexel, dedicaron su vida a la educación de los que otros habían descuidado, en su caso, de los Afroamericanos y Americanos indígenas. Innumerables hermanas, hermanos y sacerdotes de congregaciones religiosas, junto con padres altruistas, han ayudado a través de las Escuelas católicas, a generaciones de inmigrantes a salir de la miseria y a situarse en la sociedad actual.

Este sacrificio continúa todavía hoy. Es un excelente apostolado de la esperanza procurar hacerse cargo de las necesidades materiales, intelectuales y espirituales de más de tres millones de muchachos y estudiantes. Esto ofrece a toda la comunidad católica una oportu-

nidad altamente encomiable de contribuir generosamente a las necesidades económicas de nuestras instituciones. Hay que garantizar que puedan mantenerse a largo plazo. En efecto, se ha de hacer todo lo posible, en estrecha colaboración con la comunidad, para asegurar que sean accesibles a personas de cualquier estrato social y económico. A ningún niño o niña debe ser negado el derecho de una educación en la fe, que a su vez nutre el espíritu de la Nación.

Algunos cuestionan hoy el compromiso de la Iglesia en la educación, preguntándose si estos recursos no se podrían emplear mejor de otra manera. Ciertamente, en una nación como ésta, el Estado ofrece amplias oportunidades para la educación y atrae hacia esta honrada profesión a hombres y mujeres comprometidos y generosos. Es oportuno, pues, reflexionar sobre lo específico de nuestras instituciones católicas. ¿Cómo pueden éstas contribuir al bien de la sociedad a través de la misión primaria de la Iglesia que es la de evangelizar?

Todas las actividades de la Iglesia nacen de su conciencia de ser portadora de un mensaje que tiene su origen en Dios mismo: en su bondad y sabiduría, Dios ha elegido revelarse a sí mismo y dar a conocer el propósito escondido de su voluntad (cf. *Ef* 1,9; *Dei Verbum*, 2). El deseo de Dios de darse a conocer y el innato deseo de cada ser humano de conocer la verdad constituyen el contexto de la búsqueda humana sobre

el significado de la vida. Este encuentro único está sostenido por la comunidad cristiana: quien busca la verdad se transforma en uno que vive de fe (cf. *Fides et ratio*, 31). Esto puede ser descrito como un movimiento del “yo” al “nosotros”, que lleva al individuo a formar parte del Pueblo de Dios.

La misma dinámica de identidad comunitaria -¿a quién pertenezco?- vivifica el *ethos* de nuestras instituciones católicas. La identidad de una Universidad o de una Escuela católica no es simplemente una cuestión del número de los estudiantes católicos. Es una cuestión de convicción: ¿creemos realmente que sólo en el misterio del Verbo encarnado se esclarece verdaderamente el misterio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22)? ¿Estamos realmente dispuestos a confiar todo nuestro yo, inteligencia y voluntad, mente y corazón, a Dios? ¿Aceptamos la verdad que Cristo revela? En nuestras universidades y escuelas ¿es “tangible” la fe? ¿Se expresa férvidamente en la liturgia, en los sacramentos, por medio de la oración, los actos de caridad, la solicitud por la justicia y el respeto por la creación de Dios? Solamente de este modo damos realmente testimonio sobre el sentido de quiénes somos y de lo que sostenemos.

Desde esta perspectiva se puede reconocer que la “crisis de verdad” contemporánea está radicada en una “crisis de fe”. Únicamente mediante la fe podemos dar libremente nuestro asentimiento al testimonio de Dios y

reconocerlo como el garante trascendente de la verdad que él revela. Una vez más, vemos por qué el promover la intimidad personal con Jesucristo y el testimonio comunitario de su verdad que es amor, es indispensable en las instituciones formativas católicas. De hecho, todos vemos y observamos con preocupación la dificultad o la repulsa que muchas personas tienen hoy para entregarse a sí mismas a Dios. Éste es un fenómeno complejo sobre el que reflexiono continuamente. Mientras hemos buscado diligentemente atraer la inteligencia de nuestros jóvenes, quizás hemos descuidado su voluntad. Como consecuencia, observamos preocupados que la noción de libertad se ha distorsionado. La libertad no es la facultad para *desentenderse de*; es la facultad de *comprometerse con*, una participación en el Ser mismo. Como resultado, la libertad auténtica jamás puede ser alcanzada alejándose de Dios. Una opción similar significaría al final descuidar la genuina verdad que necesitamos para comprendernos a nosotros mismos. Por eso, suscitar entre los jóvenes el deseo de un acto de fe, animándolos a comprometerse con la vida eclesial que nace de este acto de fe, es una responsabilidad particular de cada uno de ustedes, y de sus colegas. Así es como la libertad alcanza la certeza de la verdad. Eligiendo vivir de acuerdo a esta verdad, abrazamos la plenitud de la vida de fe que se nos da en la Iglesia.

Así pues, está claro que la identidad católica no depende de las estadísticas.

Tampoco se la puede equiparar simplemente con la ortodoxia del contenido de los cursos. Esto exige e inspira mucho más, a saber, que cualquier aspecto de vuestras comunidades de estudio se refleje en una vida eclesial de fe. La verdad solamente puede encarnarse en la fe y la razón auténticamente humana, hacerse capaz de dirigir la voluntad a través del camino de la libertad (cf. *Spe salvi*, 23). De este modo nuestras instituciones ofrecen una contribución vital a la misión de la Iglesia y sirven eficazmente a la sociedad. Han de ser lugares en los que se reconoce la presencia activa de Dios en los asuntos humanos y cada joven descubre la alegría de entrar en “el ser para los otros” de Cristo (cf. *ibid.*, 28).

La misión, primaria en la Iglesia, de evangelizar, en la que las instituciones educativas juegan un papel crucial, está en consonancia con la aspiración fundamental de la nación de desarrollar una sociedad verdaderamente digna de la dignidad de la persona humana. A veces, sin embargo, se cuestiona el valor de la contribución de la Iglesia al *forum* público. Por esto es importante recordar que la verdad de la fe y la de la razón nunca se contradicen (cf. Concilio Ecuménico Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius* sobre la fe católica, IV: *DS* 3017; S. Agustín, *Contra Academicos*, III, 20,43). La misión de la Iglesia, de hecho, la compromete en la lucha que la humanidad mantiene por alcanzar la verdad. Al exponer la verdad revelada, la Iglesia sirve a todos los miembros de

la sociedad purificando la razón, asegurando que ésta permanezca abierta a la consideración de las verdades últimas. Recurriendo a la sabiduría divina, proyecta luz sobre el fundamento de la moralidad y de la ética humana, y recuerda a todos los grupos sociales que no es la praxis la que crea la verdad, sino que es la verdad la que debe servir de cimiento a la praxis. Lejos de amenazar la tolerancia de la legítima diversidad, una contribución así ilumina la auténtica verdad que hace posible el consenso, y ayuda a que el debate público se mantenga razonable, honesto y responsable. De igual modo, la Iglesia jamás se cansa de sostener las categorías morales esenciales de lo justo y lo injusto, sin las cuales la esperanza acaba marchitándose, dando lugar a fríos cálculos de pragmática utilidad, que reducen la persona a poco más que a un peón de un ajedrez ideológico.

Respecto al *forum* educativo, la *diakonía* de la verdad adquiere un alto significado en las sociedades en las que la ideología secularista introduce una cuña entre verdad y fe. Esta división ha llevado a la tendencia de equiparar verdad y conocimiento y a adoptar una mentalidad positivista que, rechazando la metafísica, niega los fundamentos de la fe y rechaza la necesidad de una visión moral. Verdad significa más que conocimiento: conocer la verdad nos lleva a descubrir el bien. La verdad se dirige al individuo en su totalidad, invitándonos a responder con todo nuestro ser. Esta visión optimista está

fundada en nuestra fe cristiana, ya que en esta fe se ofrece la visión del *Logos*, la Razón creadora de Dios, que en la Encarnación se ha revelado como divinidad ella misma. Lejos de ser solamente una comunicación de datos fácticos, “informativa”, la verdad amante del Evangelio es creativa y capaz de cambiar la vida, es “performativa” (cf. *Spe salvi*, 2). Con confianza, los educadores cristianos pueden liberar a los jóvenes de los límites del positivismo y despertar su receptividad con respecto a la verdad, a Dios y a su bondad. De este modo, ustedes ayudarán también a formar su conciencia que, enriquecida por la fe, abre un camino seguro hacia la paz interior y el respeto a los otros.

No sorprende, pues, que no sean precisamente nuestras propias comunidades eclesiales, sino la sociedad en general, la que espere mucho de los educadores católicos. Esto entraña para ustedes una responsabilidad y les ofrece una oportunidad. Cada vez son más, especialmente entre los padres, los que reconocen la necesidad de algo excelso en la formación humana de sus hijos. Como *Madre y Maestra*, la Iglesia comparte su preocupación. Cuando no se reconoce como definitivo nada que sobrepase al individuo, el criterio último de juicio acaba siendo el yo y la satisfacción de los propios deseos inmediatos. La objetividad y la perspectiva, que derivan solamente del reconocimiento de la esencial dimensión trascendente de la persona humana, pueden acabar perdiéndose. En este horizonte relati-

vista, los fines de la educación terminan inevitablemente por reducirse. Se produce lentamente un descenso de los niveles. Hoy notamos una cierta timidez ante la categoría del bien y una búsqueda ansiosa de las novedades del momento como realización de la libertad. Somos testigos de cómo se ha asumido que cualquier experiencia vale lo mismo y cómo se rechaza admitir imperfecciones y errores. Es especialmente inquietante la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a la gestión del “riesgo”, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal.

¿Cómo pueden responder los educadores cristianos? Estos peligrosos datos manifiestan lo urgente que es lo que podríamos llamar “caridad intelectual”. Este aspecto de la caridad invita al educador a reconocer que la profunda responsabilidad de llevar a los jóvenes a la verdad no es más que un acto de amor. De hecho, la dignidad de la educación reside en la promoción de la verdadera perfección y la alegría de los que han de ser formados. En la práctica, la “caridad intelectual” defiende la unidad esencial del conocimiento frente a la fragmentación que surge cuando la razón se aparta de la búsqueda de la verdad. Esto lleva a los jóvenes a la profunda satisfacción de ejercer la libertad respecto a la verdad, y esto impulsa a formular la relación entre la fe y los diversos aspectos de la vida familiar y civil. Una vez que se ha despertado la pasión por la plenitud y unidad de la verdad, los jóvenes estarán seguramen-

te contentos de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre a la gran aventura de lo que deben hacer. Entonces experimentarán “en quién” y “en qué” es posible esperar y se animarán a ofrecer su contribución a la sociedad de un modo que genere esperanza para los otros.

Queridos amigos, deseo concluir llamando la atención específicamente sobre la enorme importancia de vuestra competencia y testimonio en las universidades y escuelas católicas. Ante todo, permítanme agradecerles su solicitud y generosidad. Conozco desde cuando era Profesor, y después se lo he oído decir a sus Obispos y a los Oficiales de la Congregación para la Educación Católica, que la reputación de las instituciones educativas en su País se debe en gran parte a ustedes y a sus predecesores. Sus aportaciones desinteresadas -desde la investigación externa a la dedicación de los que trabajan en las Instituciones académicas- sirven tanto al País como a la Iglesia. Por este motivo les expreso mi profunda gratitud.

A propósito de los miembros de las Facultades en los Colegios Universitarios, quisiera reiterar el gran valor de la libertad académica. En virtud de esta libertad, ustedes están llamados a buscar la verdad allí donde el análisis riguroso de la evidencia los lleve. Sin embargo, es preciso decir también que toda invocación del principio de la libertad académica para justificar posiciones

que contradigan la fe y la enseñanza de la Iglesia obstaculizaría o incluso traicionaría la identidad y la misión de la Universidad, una misión que está en el corazón del *munus docendi* de la Iglesia y en modo alguno es autónoma o independiente de la misma.

Docentes y administradores, tanto en las universidades como en las escuelas, tienen el deber y el privilegio de asegurar que los estudiantes reciban una instrucción en la doctrina y en la praxis católica. Esto requiere que el testimonio público de Cristo, tal y como se encuentra en el Evangelio y es enseñado por el magisterio de la Iglesia, modele cualquier aspecto de la vida institucional, tanto dentro como fuera de las aulas escolares. Distanciarse de esta visión debilita la identidad católica y, lejos de hacer avanzar la libertad, lleva inevitablemente a la confusión tanto moral como intelectual y espiritual.

Quisiera igualmente expresar una especial palabra de ánimo a los catequistas, tanto laicos como religiosos, los cuales se esfuerzan por asegurar que los jóvenes cada día sean más capaces de apreciar el don de la fe. La educación religiosa constituye un apostolado estimulante y hay muchos signos entre los jóvenes de un deseo de conocer mejor la fe y practicarla con determinación. Si se quiere que se desarrolle este despertar, es necesario que los docentes tengan una comprensión clara y precisa de la naturaleza específica y del papel de la educación católica. Deben estar

también preparados para capitanear el compromiso de toda la comunidad educativa de ayudar a nuestros jóvenes y a sus familias a que experimenten la armonía entre fe, vida y cultura.

Deseo también dirigir una exhortación especial a los religiosos, a las religiosas y sacerdotes: no abandonen el apostolado educativo; más aún, renueven su dedicación a las escuelas, en particular a las que se hallan en las zonas más pobres. En los lugares donde hay muchas promesas falsas, que atraen a los jóvenes lejos de la senda de la verdad y de la genuina libertad, el testimonio de los consejos evangélicos que dan las personas consagradas es un don insustituible. Aliento a los religiosos aquí presentes a renovar su entusiasmo en la promoción de las vocaciones. Sean que su testimonio en favor del

ideal de la consagración y de la misión *en medio* de los jóvenes es una fuente de gran inspiración en la fe para ellos y sus familias.

A todos ustedes les digo: sean testigos de esperanza. Alimenten su testimonio con la oración. Den razón de la esperanza que caracteriza sus vidas (cf. *1 Pe* 3,15), viviendo la verdad que proponen a sus estudiantes. Ayúdenles a conocer y a amar a Aquél que han encontrado, cuya verdad y bondad ustedes han experimentado con alegría. Digamos con san Agustín: “Tanto nosotros que hablamos, como ustedes que escuchan, sepamos que somos fieles discípulos del único Maestro” (*Serm.* 23,2). Con estos sentimientos de comunión, les imparto complacido a ustedes, sus colegas y estudiantes, así como a sus familias, la Bendición Apostólica.

ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE OTRAS RELIGIONES

Discurso del Papa, Benedicto XVI, con los representantes de otras religiones

Pope John Paul II Cultural Center, Washington, Jueves, 17 de abril de 2008

Queridos amigos:

Me alegra tener la ocasión de encontrarme hoy con ustedes. Agradezco las palabras de bienvenida del Obispo Skl-

ba y saludo cordialmente a todos los que están aquí, en representación de las diversas religiones presentes en los Estados Unidos de América. Muchos de ustedes han aceptado amablemente la invitación para elaborar las reflexiones contenidas en el programa de hoy. Les estoy muy agradecido por las palabras acerca de cómo cada una de sus tradiciones contribuye a la paz. Gracias a todos.

Este País tiene una larga historia de colaboración entre las diversas re-

ligiones en muchos campos de la vida pública. Servicios de oración interreligiosa durante la Fiesta Nacional de Acción de Gracias, iniciativas comunes en actividades caritativas, una voz compartida sobre cuestiones públicas importantes: éstas son algunas formas en que los miembros de diversas religiones se encuentran para mejorar la comprensión recíproca y promover el bien común. Aliento a todos los grupos religiosos en América a perseverar en esta colaboración y a enriquecer de este modo la vida pública con los valores espirituales que animan su acción en el mundo.

El lugar en el que estamos ahora reunidos fue fundado precisamente para promover este tipo de colaboración. De hecho, el “Pope John Paul II Cultural Center” desea ofrecer una voz cristiana para “la búsqueda humana del sentido y objeto de la vida” en un mundo de “comunidades religiosas, étnicas y culturales diversas” (*Mission Statement*). Esta institución nos recuerda la convicción de esta Nación de que todos los hombres deben ser libres para buscar la felicidad de manera adecuada a su naturaleza de criaturas dotadas de razón y de voluntad libre.

Los americanos han apreciado siempre la posibilidad de dar culto libremente y de acuerdo con su conciencia. Alexis de Tocqueville, historiador francés y observador de las realidades americanas, estaba fascinado por este aspecto de la Nación. Subrayó que

éste es un País en el que la religión y la libertad están “íntimamente vinculadas” en la contribución a una democracia estable que favorezca las virtudes sociales y la participación en la vida comunitaria de todos sus ciudadanos. En las áreas urbanas, es normal que las personas procedentes de sustratos culturales y religiosos diversos se impliquen de manera conjunta cada día en entidades comerciales, sociales y educativas. Hoy, jóvenes cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, budistas, y niños de todas las religiones se sientan en las aulas de todo el País uno junto a otro, aprendiendo unos de otros. Esta diversidad da lugar a nuevos retos que suscitan una reflexión más profunda sobre los principios fundamentales de una sociedad democrática. Es de desear que vuestra experiencia anime a otros, siendo conscientes de que una sociedad unida puede proceder de una pluralidad de pueblos —*E pluribus unum*, de muchos, uno—, a condición de que todos reconozcan la libertad religiosa como un derecho civil fundamental (cf. *Dignitatis humanae*, 2).

El deber de defender la libertad religiosa nunca termina. Nuevas situaciones y nuevos desafíos invitan a los ciudadanos y a los líderes a reflexionar sobre el modo en que sus decisiones respetan este derecho humano fundamental. Tutelar la libertad religiosa dentro de la normativa legal no garantiza que los pueblos —en particular las minorías— se vean libres de formas injustas de discriminación y prejuicio. Esto requiere

un esfuerzo constante por parte de todos los miembros de la sociedad con el fin de asegurar que a los ciudadanos se les dé la oportunidad de celebrar pacíficamente el culto y transmitir a sus hijos su patrimonio religioso.

La transmisión de las tradiciones religiosas a las generaciones venideras no sólo ayuda a preservar un patrimonio, sino que también sostiene y alimenta en el presente la cultura que las circunda. Lo mismo vale para el diálogo entre las religiones: tanto los que participan en él como la sociedad salen enriquecidos. En la medida en que crezcamos en la mutua comprensión, vemos que compartimos una estima por los valores éticos, perceptibles por la razón humana, que son reconocidos por todas las personas de buena voluntad. El mundo pide insistentemente un testimonio común de estos valores. Por consiguiente, invito a todas las personas religiosas a considerar el diálogo no sólo como un medio para reforzar la comprensión recíproca, sino también como un modo para servir a la sociedad de manera más amplia. Al dar testimonio de las verdades morales que tienen en común con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, los grupos religiosos influyen sobre la cultura en su sentido más amplio e impulsan a quienes nos rodean, a los colegas de trabajo y los conciudadanos, a unirse en el deber de fortalecer los lazos de solidaridad. Usando las palabras del Presidente Franklin Delano Roosevelt, “nada más grande podría recibir

nuestra tierra que un renacimiento del espíritu de fe”.

Un ejemplo concreto de la contribución que las comunidades religiosas pueden ofrecer a la sociedad civil son las escuelas confesionales. Estas instituciones enriquecen a los niños tanto intelectual como espiritualmente. Guiados por sus maestros en el descubrimiento de la dignidad dada por Dios a todo ser humano, los jóvenes aprenden a respetar las creencias y prácticas religiosas de los otros, enalteciendo la vida civil de una nación.

¡Qué responsabilidad tan grande tienen los líderes religiosos! Ellos han de impregnar la sociedad con un profundo temor y respeto por la vida humana y la libertad; garantizar que la dignidad humana se reconozca y aprecie; facilitar la paz y la justicia; enseñar a los niños lo que es justo, bueno y razonable.

Hay otro punto sobre el que deseo detenerme. He notado un interés creciente entre los gobiernos para patrocinar programas destinados a promover el diálogo interreligioso e intercultural. Se trata de iniciativas encomiables. Al mismo tiempo, la libertad religiosa, el diálogo interreligioso y la educación basada en la fe, tienden a algo más que a lograr un consenso encaminado a encontrar caminos para formular estrategias prácticas para el progreso de la paz. El objetivo más amplio del diálogo es descubrir la verdad. ¿Cuál es el origen y el destino del género humano? ¿Qué

es el bien y el mal? ¿Qué nos espera al final de nuestra existencia terrena? Solamente afrontando estas cuestiones más profundas podremos construir una base sólida para la paz y la seguridad de la familia humana: “donde y cuando el hombre se deja iluminar por el resplandor de la verdad, emprende de modo casi natural el camino de la paz” (*Mensaje para la Jornada mundial de la Paz, 2006, 3*).

Vivimos en una época en la que, con demasiada frecuencia, se marginan estas preguntas. Sin embargo, jamás se podrán borrar del corazón humano. A lo largo de la historia, los hombres y las mujeres han buscado relacionar sus inquietudes con este mundo que pasa. En la tradición judeocristiana, los Salmos están llenos de expresiones como éstas: “Mi aliento desfallece” (*Sal 143,4; cf. Sal 6,7; 31,11; 32,4; 38,8; 77,3*); “¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas?” (*Sal 42,6*). La respuesta es siempre de fe: “Espera en Dios, que volverás a alabarlo: ‘Salud de mi rostro, Dios mío’” (*ibid.*; cf. *Sal 62,6*). Los líderes espirituales tienen un deber particular, y podríamos decir una competencia especial, de poner en un primer plano las preguntas más profundas de la conciencia humana, de despertar a la humanidad ante el misterio de la existencia humana, de proporcionar un espacio para la reflexión y la plegaria en un mundo frenético.

Ante estos interrogantes más profundos sobre el origen y el destino del gé-

nero humano, los cristianos proponen a Jesús de Nazaret. Él es, así lo creemos, el *Logos* eterno, que se hizo carne para reconciliar al hombre con Dios y revelar la razón que está en el fondo de todas las cosas. Es a Él a quien llevamos al *forum* del diálogo interreligioso. El deseo ardiente de seguir sus huellas impulsa a los cristianos a abrir sus mentes y sus corazones al diálogo (cf. *Lc 10,25-37; Jn 4,7-26*).

Queridos amigos, en nuestro intento de descubrir los puntos de comunión, hemos evitado quizás la responsabilidad de discutir nuestras diferencias con calma y claridad. Mientras unimos siempre nuestros corazones y mentes en la búsqueda de la paz, debemos también escuchar con atención la voz de la verdad. De este modo, nuestro diálogo no se detendrá sólo en reconocer un conjunto común de valores, sino que avanzará para indagar su fundamento último. No tenemos nada que temer, porque la verdad nos revela la relación esencial entre el mundo y Dios. Somos capaces de percibir que la paz es un “don celestial”, que nos llama a conformar la historia humana al orden divino. Aquí está la “verdad de la paz” (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la Paz, 2006*).

Como hemos visto, pues, el objetivo más importante del diálogo interreligioso requiere una exposición clara de nuestras respectivas doctrinas religiosas. A este respecto, los colegios, las universidades y centros de estudios son

foros importantes para un intercambio sincero de ideas religiosas. La Santa Sede, por su parte, intenta impulsar esta tarea importante por medio del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, del Instituto Pontificio de Estudios Árabes e Islámicos, así como de varias Universidades Pontificias.

Queridos amigos, dejemos que nuestro diálogo sincero y nuestra cooperación impulsen a todos a meditar las preguntas más profundas sobre su origen y destino. Que los miembros de todas las religiones estén unidos en la defensa y promoción de la vida y la libertad religiosa en todo el mundo. Y que, dedicándonos generosamente a este sagrado deber –a través del diálogo y de tantos pequeños actos de amor, de comprensión y de compasión– seamos instrumentos de paz para toda la familia humana. Paz a todos ustedes.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a la Comunidad Judía en la fiesta
del Pesah***

Mi visita a los Estados Unidos me ofrece la ocasión de hacer llegar un cordial y caluroso saludo a mis hermanos y hermanas judíos que están en este País y en el mundo entero. Un saludo repleto de la más intensa espiritualidad porque se acerca la gran fiesta de la *Pesah*. «Éste será un día memorable para vosotros y lo celebraréis como fiesta en honor del Señor, de generación en ge-

neración. Decretaréis que sea fiesta para siempre» (*Éxodo* 12,14). Aunque la celebración cristiana de la Pascua difiere en muchos sentidos de vuestra celebración de la *Pesah*, la consideramos como una experiencia en continuidad con la narración bíblica de las grandezas que el Señor ha hecho por su pueblo.

En este momento de vuestra celebración más solemne, me siento particularmente cercano, precisamente porque *Nostra Aetate* hace una llamada a los cristianos para que recuerden siempre que la Iglesia «ha recibido la revelación del Antiguo Testamento por medio del pueblo con el que Dios, por su inefable misericordia, se dignó establecer la Antigua Alianza, y no puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo en el que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles» (N. 4). Al dirigirme a ustedes, deseo también yo reafirmar la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre las relaciones católico-judías y reiterar el compromiso de la Iglesia por el diálogo, que en los últimos cuarenta años ha cambiado y mejorado fundamentalmente nuestras relaciones.

Debido a ese aumento de confianza y amistad, cristianos y judíos pueden alegrarse juntos en la profunda espiritualidad de la Pascua, un memorial (*zikkarôn*) de libertad y redención. Cada año, cuando nosotros escuchamos la historia de la Pascua, volvemos a esa bendita noche de liberación. Este tiempo santo del año debe ser una lla-

mada a nuestras respectivas comunidades a buscar la justicia, la misericordia, la solidaridad con el extranjero en el territorio, con la viuda y el huérfano, como ordenó Moisés: «Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que Yahveh tu Dios te rescató de allí. Por eso te mando hacer esto» (*Deuteronomio* 24,18).

En la Pascua *Sèder*, ustedes evocan los santos patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, y las santas mujeres de Israel, Sara, Rebeca, Raquel y Lía, inicio del largo linaje de hijos e hijas de la Alianza. Con el paso del tiempo, la Alianza asume un valor cada vez más universal, como se expresa en la promesa hecha a Abraham: «Te bendeciré, haré famoso tu nombre y será una bendición... Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo» (*Génesis* 12,2-3). En efecto, según el profeta Isaías la esperanza de la redención se extiende a toda de humanidad: «y acudirán pueblos numerosos. Dirán: “Venid, subamos al monte del Señor, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos» (*Isaías* 2,3). Dentro de este horizonte escatológico se ofrece una perspectiva real de hermandad universal por las sendas de la justicia y la paz, que prepara el camino del Señor (cf. *Isaías* 62,10).

Cristianos y judíos comparten esta esperanza; somos efectivamente, como dicen los profetas, «cautivos» de esperanza (*Zacarías* 9,12). Esta vinculación

nos permite a los cristianos celebrar junto a ustedes, aunque según nuestro modo propio, la Pascua de la muerte y resurrección de Cristo, que consideramos inseparable de lo que es propio de ustedes, pues Jesús mismo dijo: «La salvación viene de los judíos» (*Juan* 4,22). Nuestra Pascua y su *Pesah*, aunque distintas y diferentes, nos une en nuestra esperanza común centrada en Dios y su misericordia. Ellas nos instan a cooperar unos con otros, y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para hacer de este mundo un mundo mejor para todos, mientras esperamos el cumplimiento de las promesas de Dios.

Por consiguiente, ruego con respeto y amistad a la comunidad judía que acepte mi saludo de *Pesah*, en un espíritu de apertura a las posibilidades reales de cooperación que vemos ante nosotros al contemplar las necesidades urgentes de nuestro mundo, y al percibir con compasión los sufrimientos por doquier de millones de nuestros hermanos y hermanas. Naturalmente, nuestra esperanza compartida de paz en el mundo comprende el Medio Oriente y la Tierra Santa en particular. Que la conmemoración de los dones de Dios, que judíos y cristianos celebran en este tiempo festivo, inspire a todos los responsables del futuro de esa región —donde han tenido lugar los acontecimientos que rodean la revelación de Dios— renovados esfuerzos y, sobre todo, nuevas actitudes y una nueva purificación de los corazones.

En mi corazón, repito con ustedes el salmo del *Hallel* pascual (*Salmo* 118,1-4), invocando abundantes bendiciones divinas sobre ustedes:

«Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia... Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia».

Vaticano, 14 de abril de 2008

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el Encuentro con los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas

Nueva York, Viernes, 18 de abril de 2008

Señor Presidente, Señoras y Señores:

Al comenzar mi intervención en esta Asamblea, deseo ante todo expresarle a usted, Señor Presidente, mi sincera gratitud por sus amables palabras. Quiero agradecer también al Secretario General, el Señor Ban Ki-moon, por su invitación a visitar la Sede central de la Organización y por su cordial bienvenida. Saludo a los Embajadores y a los Diplomáticos de los Estados Miembros, así como a todos los presentes: a través de ustedes, saludo a los pueblos que representan aquí. Ellos esperan de esta Institución que lleve adelante la inspiración que condujo a su fundación, la de ser

un «centro que armonice los esfuerzos de las Naciones por alcanzar los fines comunes», de la paz y el desarrollo (cf. *Carta de las Naciones Unidas*, art. 1.2-1.4). Como dijo el Papa, Juan Pablo II, en 1995, la Organización debería ser “centro moral, en el que todas las naciones del mundo se sientan como en su casa, desarrollando la conciencia común de ser, por así decir, una ‘familia de naciones’” (*Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York, 5 de octubre de 1995, 14).

A través de las Naciones Unidas, los Estados han establecido objetivos universales que, aunque no coincidan con el bien común total de la familia humana, representan sin duda una parte fundamental de este mismo bien. Los principios fundacionales de la Organización —el deseo de la paz, la búsqueda de la justicia, el respeto de la dignidad de la persona, la cooperación y la asistencia humanitaria— expresan las justas aspiraciones del espíritu humano y constituyen los ideales que deberían estar subyacentes en las relaciones internacionales. Como mis predecesores Pablo VI y Juan Pablo II han hecho notar desde esta misma tribuna, se trata de cuestiones que la Iglesia Católica y la Santa Sede siguen con atención e interés, pues ven en vuestra actividad un ejemplo de cómo los problemas y conflictos relativos a la comunidad mundial pueden estar sujetos a una reglamentación común. Las Naciones Unidas encarnan la aspiración a “un grado superior de ordenamiento in-

ternacional” (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 43), inspirado y gobernado por el principio de subsidiaridad y, por tanto, capaz de responder a las demandas de la familia humana mediante reglas internacionales vinculantes y estructuras capaces de armonizar el desarrollo cotidiano de la vida de los pueblos. Esto es más necesario aún en un tiempo en el que experimentamos la manifiesta paradoja de un consenso multilateral que sigue padeciendo una crisis a causa de su subordinación a las decisiones de unos pocos, mientras que los problemas del mundo exigen intervenciones conjuntas por parte de la comunidad internacional.

Ciertamente, cuestiones de seguridad, los objetivos del desarrollo, la reducción de las desigualdades locales y globales, la protección del entorno, de los recursos y del clima, requieren que todos los responsables internacionales actúen conjuntamente y demuestren una disponibilidad para actuar de buena fe, respetando la ley y promoviendo la solidaridad con las regiones más débiles del planeta. Pienso particularmente en aquellos Países de África y de otras partes del mundo que permanecen al margen de un auténtico desarrollo integral, y corren por tanto el riesgo de experimentar sólo los efectos negativos de la globalización. En el contexto de las relaciones internacionales, es necesario reconocer el papel superior que desempeñan las reglas y las estructuras intrínsecamente ordenadas a promover el bien común y, por tanto, a defen-

der la libertad humana. Dichas reglas no limitan la libertad. Por el contrario, la promueven cuando prohíben comportamientos y actos que van contra el bien común, obstaculizan su realización efectiva y, por tanto, comprometen la dignidad de toda persona humana. En nombre de la libertad debe haber una correlación entre derechos y deberes, por la cual cada persona está llamada a asumir la responsabilidad de sus opciones, tomadas al entrar en relación con los otros. Aquí, nuestro pensamiento se dirige al modo en que a veces se han aplicado los resultados de los descubrimientos de la investigación científica y tecnológica. No obstante los enormes beneficios que la humanidad puede recabar de ellos, algunos aspectos de dicha aplicación representan una clara violación del orden de la creación, hasta el punto en que no solamente se contradice el carácter sagrado de la vida, sino que la persona humana misma y la familia se ven despojadas de su identidad natural. Del mismo modo, la acción internacional dirigida a preservar el entorno y a proteger las diversas formas de vida sobre la tierra no ha de garantizar solamente un empleo racional de la tecnología y de la ciencia, sino que debe redescubrir también la auténtica imagen de la creación. Esto nunca requiere optar entre ciencia y ética: se trata más bien de adoptar un método científico que respete realmente los imperativos éticos.

El reconocimiento de la unidad de la familia humana y la atención a la dig-

nidad innata de cada hombre y mujer adquiere hoy un nuevo énfasis con el principio de la responsabilidad de proteger. Este principio ha sido definido sólo recientemente, pero ya estaba implícitamente presente en los orígenes de las Naciones Unidas y ahora se ha convertido cada vez más en una característica de la actividad de la Organización. Todo Estado tiene el deber primario de proteger a la propia población de violaciones graves y continuas de los derechos humanos, como también de las consecuencias de las crisis humanitarias, ya sean provocadas por la naturaleza o por el hombre. Si los Estados no son capaces de garantizar esta protección, la comunidad internacional ha de intervenir con los medios jurídicos previstos por la Carta de las Naciones Unidas y por otros instrumentos internacionales. La acción de la comunidad internacional y de sus instituciones, dando por sentado el respeto de los principios que están a la base del orden internacional, no tiene por qué ser interpretada nunca como una imposición injustificada y una limitación de soberanía. Al contrario, es la indiferencia o la falta de intervención lo que causa un daño real. Lo que se necesita es una búsqueda más profunda de los medios para prevenir y controlar los conflictos, explorando cualquier vía diplomática posible y prestando atención y estímulo también a las más tenues señales de diálogo o deseo de reconciliación.

El principio de la “responsabilidad de proteger” fue considerado por el an-

tiguo *ius gentium* como el fundamento de toda actuación de los gobernadores hacia los gobernados: en tiempos en que se estaba desarrollando el concepto de Estados nacionales soberanos, el fraile dominico Francisco de Vitoria, calificado con razón como precursor de la idea de las Naciones Unidas, describió dicha responsabilidad como un aspecto de la razón natural compartida por todas las Naciones, y como el resultado de un orden internacional cuya tarea era regular las relaciones entre los pueblos. Hoy como entonces, este principio ha de hacer referencia a la idea de la persona como imagen del Creador, al deseo de una absoluta y esencial libertad. Como sabemos, la fundación de las Naciones Unidas coincidió con la profunda conmoción experimentada por la humanidad cuando se abandonó la referencia al sentido de la trascendencia y de la razón natural y, en consecuencia, se violaron gravemente la libertad y la dignidad del hombre. Cuando eso ocurre, los fundamentos objetivos de los valores que inspiran y gobiernan el orden internacional se ven amenazados, y minados en su base los principios inderogables e inviolables formulados y consolidados por las Naciones Unidas. Cuando se está ante nuevos e insistentes desafíos, es un error retroceder hacia un planteamiento pragmático, limitado a determinar “un terreno común”, minimalista en los contenidos y débil en su efectividad.

La referencia a la dignidad humana, que es el fundamento y el objetivo de

la responsabilidad de proteger, nos lleva al tema sobre el cual hemos sido invitados a centrarnos este año, en el que se cumple el 60° aniversario de la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*. El documento fue el resultado de una convergencia de tradiciones religiosas y culturales, todas ellas motivadas por el deseo común de poner a la persona humana en el corazón de las instituciones, leyes y actuaciones de la sociedad, y de considerar a la persona humana esencial para el mundo de la cultura, de la religión y de la ciencia. Los derechos humanos son presentados cada vez más como el lenguaje común y el sustrato ético de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, la universalidad, la indivisibilidad y la interdependencia de los derechos humanos sirven como garantía para la salvaguardia de la dignidad humana. Sin embargo, es evidente que los derechos reconocidos y enunciados en la *Declaración* se aplican a cada uno en virtud del origen común de la persona, la cual sigue siendo el punto más alto del diseño creador de Dios para el mundo y la historia. Estos derechos se basan en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones. Arrancar los derechos humanos de este contexto significaría restringir su ámbito y ceder a una concepción relativista, según la cual el sentido y la interpretación de los derechos podrían variar, negando su universalidad en nombre de los diferentes contextos culturales, políticos, sociales e incluso religiosos. Así pues,

no se debe permitir que esta vasta variedad de puntos de vista oscurezca no sólo el hecho de que los derechos son universales, sino que también lo es la persona humana, sujeto de estos derechos.

La vida de la comunidad, tanto en el ámbito interior como en el internacional, muestra claramente cómo el respeto de los derechos y las garantías que se derivan de ellos son las medidas del bien común que sirven para valorar la relación entre justicia e injusticia, desarrollo y pobreza, seguridad y conflicto. La promoción de los derechos humanos sigue siendo la estrategia más eficaz para extirpar las desigualdades entre Países y grupos sociales, así como para aumentar la seguridad. Es cierto que las víctimas de la opresión y la desesperación, cuya dignidad humana se ve impunemente violada, pueden ceder fácilmente al impulso de la violencia y convertirse ellas mismas en transgresoras de la paz. Sin embargo, el bien común que los derechos humanos permiten conseguir no puede lograrse simplemente con la aplicación de procedimientos correctos ni tampoco a través de un simple equilibrio entre derechos contrapuestos. La *Declaración Universal* tiene el mérito de haber permitido confluir en un núcleo fundamental de valores y, por lo tanto, de derechos, a diferentes culturas, expresiones jurídicas y modelos institucionales. No obstante, hoy es preciso redoblar los esfuerzos ante las presiones para reinterpretar los fundamentos

de la *Declaración* y comprometer con ello su íntima unidad, facilitando así su alejamiento de la protección de la dignidad humana para satisfacer meros intereses, con frecuencia particulares. La *Declaración* fue adoptada como un “ideal común” (*preámbulo*) y no puede ser aplicada por partes separadas, según tendencias u opciones selectivas que corren simplemente el riesgo de contradecir la unidad de la persona humana y por tanto la indivisibilidad de los derechos humanos.

La experiencia nos enseña que a menudo la legalidad prevalece sobre la justicia cuando la insistencia sobre los derechos humanos los hace aparecer como resultado exclusivo de medidas legislativas o decisiones normativas tomadas por las diversas agencias de los que están en el poder. Cuando se presentan simplemente en términos de legalidad, los derechos corren el riesgo de convertirse en proposiciones frágiles, separadas de la dimensión ética y racional, que es su fundamento y su fin. Por el contrario, la *Declaración Universal* ha reforzado la convicción de que el respeto de los derechos humanos está enraizado principalmente en la justicia que no cambia, sobre la cual se basa también la fuerza vinculante de las proclamaciones internacionales. Este aspecto se ve frecuentemente desatendido cuando se intenta privar a los derechos de su verdadera función en nombre de una mísera perspectiva utilitarista. Puesto que los derechos y los consiguientes deberes provienen

naturalmente de la interacción humana, es fácil olvidar que son el fruto de un sentido común de la justicia, basado principalmente sobre la solidaridad entre los miembros de la sociedad y, por tanto, válidos para todos los tiempos y todos los pueblos. Esta intuición fue expresada ya muy pronto, en el siglo V, por Agustín de Hipona, uno de los maestros de nuestra herencia intelectual. Decía que la máxima *no hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti* “en modo alguno puede variar, por mucha que sea la diversidad de las naciones” (*De doctrina christiana*, III, 14). Por tanto, los derechos humanos han de ser respetados como expresión de justicia, y no simplemente porque pueden hacerse respetar mediante la voluntad de los legisladores.

Señoras y Señores, con el transcurrir de la historia, surgen situaciones nuevas y se intenta conectarlas a nuevos derechos. El discernimiento, es decir, la capacidad de distinguir el bien del mal, se hace más esencial en el contexto de exigencias que conciernen a la vida misma y al comportamiento de las personas, de las comunidades y de los pueblos. Al afrontar el tema de los derechos, puesto que en él están implicadas situaciones importantes y realidades profundas, el discernimiento es al mismo tiempo una virtud indispensable y fructuosa.

Así, el discernimiento muestra cómo el confiar de manera exclusiva a cada Estado, con sus leyes e instituciones, la

responsabilidad última de conjugar las aspiraciones de personas, comunidades y pueblos enteros puede tener a veces consecuencias que excluyen la posibilidad de un orden social respetuoso de la dignidad y los derechos de la persona. Por otra parte, una visión de la vida enraizada firmemente en la dimensión religiosa puede ayudar a conseguir dichos fines, puesto que el reconocimiento del valor trascendente de todo hombre y toda mujer favorece la conversión del corazón, que lleva al compromiso de resistir a la violencia, al terrorismo y a la guerra, y de promover la justicia y la paz. Además, esto proporciona el contexto apropiado para ese diálogo interreligioso que las Naciones Unidas están llamadas a apoyar, del mismo modo que apoyan el diálogo en otros campos de la actividad humana. El diálogo debería ser reconocido como el medio a través del cual los diversos sectores de la sociedad pueden articular su propio punto de vista y construir el consenso sobre la verdad en relación a los valores u objetivos particulares. Pertenece a la naturaleza de las religiones, libremente practicadas, el que puedan entablar autónomamente un diálogo de pensamiento y de vida. Si también a este nivel la esfera religiosa se mantiene separada de la acción política, se producirán grandes beneficios para las personas y las comunidades. Por otra parte, las Naciones Unidas pueden contar con los resultados del diálogo entre las religiones y beneficiarse de la disponibilidad de los creyentes para poner sus propias experiencias al ser-

vicio del bien común. Su cometido es proponer una visión de la fe, no en términos de intolerancia, discriminación y conflicto, sino de total respeto de la verdad, la coexistencia, los derechos y la reconciliación.

Obviamente, los derechos humanos deben incluir el derecho a la libertad religiosa, entendido como expresión de una dimensión que es al mismo tiempo individual y comunitaria, una visión que manifiesta la unidad de la persona, aun distinguiendo claramente entre la dimensión de ciudadano y la de creyente. La actividad de las Naciones Unidas en los años recientes ha asegurado que el debate público ofrezca espacio a puntos de vista inspirados en una visión religiosa en todas sus dimensiones, incluyendo la de rito, culto, educación, difusión de informaciones, así como la libertad de profesar o elegir una religión. Es inconcebible, por tanto, que los creyentes tengan que suprimir una parte de sí mismos —su fe— para ser ciudadanos activos. Nunca debería ser necesario renegar de Dios para poder gozar de los propios derechos. Los derechos asociados con la religión necesitan protección sobre todo si se los considera en conflicto con la ideología secular predominante o con posiciones de una mayoría religiosa de naturaleza exclusiva. No se puede limitar la plena garantía de la libertad religiosa al libre ejercicio del culto, sino que se ha de tener en la debida consideración la dimensión pública de la religión

y, por tanto, la posibilidad de que los creyentes contribuyan la construcción del orden social. A decir verdad, ya lo están haciendo, por ejemplo, a través de su implicación influyente y generosa en una amplia red de iniciativas, que van desde las universidades a las instituciones científicas, escuelas, centros de atención médica y a organizaciones caritativas al servicio de los más pobres y marginados. El rechazo a reconocer la contribución a la sociedad que está enraizada en la dimensión religiosa y en la búsqueda del Absoluto—expresión por su propia naturaleza de la comunión entre personas—privilegiaría efectivamente un planteamiento individualista y fragmentaría la unidad de la persona.

Mi presencia en esta Asamblea es una muestra de estima por las Naciones Unidas y es considerada como expresión de la esperanza en que la Organización sirva cada vez más como signo de unidad entre los Estados y como instrumento al servicio de toda la familia humana. Manifiesta también la voluntad de la Iglesia Católica de ofrecer su propia aportación a la construcción de relaciones internacionales en un modo en que se permita a cada persona y a cada pueblo percibir que son un elemento capaz de marcar la diferencia. Además, la Iglesia trabaja para obtener dichos objetivos a través de la actividad internacional de la Santa Sede, de manera coherente con la propia contribución en la esfera ética y moral y con la libre actividad de los

propios fieles. Ciertamente, la Santa Sede ha tenido siempre un puesto en las asambleas de las Naciones, manifestando así el propio carácter específico en cuanto sujeto en el ámbito internacional. Como han confirmado recientemente las Naciones Unidas, la Santa Sede ofrece así su propia contribución según las disposiciones de la ley internacional, ayuda a definirla y a ella se remite.

Las Naciones Unidas siguen siendo un lugar privilegiado en el que la Iglesia está comprometida a llevar su propia experiencia “en humanidad”, desarrollada a lo largo de los siglos entre pueblos de toda raza y cultura, y a ponerla a disposición de todos los miembros de la comunidad internacional. Esta experiencia y actividad, orientadas a obtener la libertad para todo creyente, intentan aumentar también la protección que se ofrece a los derechos de la persona. Dichos derechos están basados y plasmados en la naturaleza trascendente de la persona, que permite a hombres y mujeres recorrer su camino de fe y su búsqueda de Dios en este mundo. El reconocimiento de esta dimensión debe ser reforzado si queremos fomentar la esperanza de la humanidad en un mundo mejor, y crear condiciones propicias para la paz, el desarrollo, la cooperación y la garantía de los derechos de las generaciones futuras.

En mi reciente Encíclica *Spe salvi*, he subrayado “que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordena-

mientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación” (n. 25). Para los cristianos, esta tarea está motivada por la esperanza que proviene de la obra salvadora de Jesucristo. Precisamente por eso la Iglesia se alegra de estar asociada con la actividad de esta ilustre Organización, a la cual está confiada la responsabilidad de promover la paz y la buena voluntad en todo el mundo. Queridos amigos, os doy las gracias por la oportunidad de dirigirme hoy a vosotros y prometo la ayuda de mis oraciones para el desarrollo de vuestra noble tarea.

Antes de despedirme de esta ilustre Asamblea, quisiera expresar mis mejores deseos, en las lenguas oficiales, a todas las Naciones representadas en ella:

Peace and Prosperity with God's help!

Paix et prospérité, avec l'aide de Dieu!

Paz y prosperidad con la ayuda de Dios!

! هَلْ لَانْ وَعَبْ رَامِدْزَاوْ مَالَسْ

因著天主的幫助願大家 得享平安和繁榮!

Мира и благоденствия с помощью Божией!

Muchas gracias.

ENCUENTRO CON EL PERSONAL DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el Encuentro con el personal de la Organización de las Naciones Unidas

Señoras y Señores:

Aquí, en este pequeño lugar en medio de la ajetreada ciudad de Nueva York, se encuentra situada una Organización que tiene una misión tan vasta como el mundo: la promoción de la paz y la justicia. Me recuerda un contraste parecido, en lo que a la magnitud se refiere, entre el Estado de la Ciudad del Vaticano y el mundo, en el que la Iglesia realiza su misión universal y su apostolado. Los artistas que en el siglo XVI pintaron los mapas geográficos en las paredes del Palacio Apostólico recordaron a los Papas la enorme extensión del mundo conocido. En esos frescos se presentaba a los Sucesores de Pedro un signo palpable del inmenso radio de acción de la misión de la Iglesia, en un tiempo en el que el descubrimiento del Nuevo Mundo abría horizontes inesperados. Aquí, en este Palacio de Cristal, el arte que se muestra tiene su propia manera de recordar las responsabilidades de la Organización de las Naciones Unidas. Vemos imágenes de los efectos de la guerra y de la pobreza, se nos recuerda el deber de comprometernos por un mundo mejor y experimentamos alegría por la genui-

na variedad y exuberancia de la cultura humana, como se pone de manifiesto en la amplia gama de pueblos y naciones reunidos bajo la protección de la Comunidad Internacional.

Con ocasión de mi visita, deseo rendir homenaje a la incalculable aportación del personal administrativo y de los empleados de las Naciones Unidas, que desempeñan sus tareas cada día con gran dedicación y profesionalidad, ya sea aquí, en Nueva York, como en otros centros de la ONU o en misiones particulares por todo el mundo. Quisiera expresarles, a ustedes y a quienes les han precedido, mi agradecimiento personal y el de toda la Iglesia Católica. Recordamos de manera especial a tantos civiles y custodios de la paz —cuarenta y dos sólo en 2007— que han sacrificado sus vidas sobre el terreno por el bien de los pueblos a los que sirven. Recordamos también la gran multitud de los que dedican su vida a trabajos no siempre suficientemente reconocidos, y realizados con frecuencia en condiciones difíciles. A todos ustedes, traductores, secretarios, personal administrativo de toda clase, equipos de mantenimiento y de seguridad, trabajadores para el desarrollo, custodios de la paz y a tantos otros, dirijo mi más sincero agradecimiento. El trabajo que llevan a cabo permite a la Organización buscar continuamente nuevas vías para alcanzar los objetivos para los cuales fue fundada.

Se habla frecuentemente de las Naciones Unidas como de la “familia de

las naciones”. De la misma manera, podría hablarse de la sede central, aquí en Nueva York, como de un hogar doméstico, un lugar de bienvenida y de preocupación por el bien de los miembros de la familia en todas partes. Es un lugar excepcional para promover el aumento de la comprensión mutua y de la colaboración entre los pueblos. Con razón se escoge el personal de la plantilla de las Naciones Unidas entre una amplia gama de culturas y nacionalidades. El personal aquí forma un microcosmos del mundo entero, en el que cada uno da una aportación indispensable desde el punto de vista de su propio patrimonio cultural y religioso. Los ideales que han inspirado a los fundadores de esta institución deben expresarse, aquí y en cada una de las misiones de la Organización, en el respeto y la aceptación recíproca, que son características de una familia próspera.

En los debates internos de las Naciones Unidas se está dando una importancia creciente a la “responsabilidad de proteger”. De hecho, ésta comienza a ser reconocida como la base moral del derecho de un gobierno a ejercer la autoridad. Es también una característica que pertenece por naturaleza a la familia, en la que los miembros más fuertes cuidan de los más débiles. Esta Organización, supervisando de qué manera los gobiernos cumplen con su responsabilidad de proteger a sus ciudadanos, presta un servicio importante en nombre de la comunidad internacional. En el ámbito del día a día, son uste-

des quienes, mediante la atención que muestran unos por otros en el puesto de trabajo y su preocupación por los numerosos pueblos a los que sirven en sus necesidades y aspiraciones con su actividad, ponen los fundamentos para realizar este cometido.

La Iglesia Católica, a través de la actividad internacional de la Santa Sede y mediante las innumerables iniciativas de los laicos católicos, Iglesias locales y comunidades religiosas, les ofrece su apoyo en su quehacer. Les aseguro un recuerdo especial en mis plegarias por ustedes y sus familiares. Que Dios todopoderoso les bendiga siempre y les conforte con su gracia y su paz, para que mediante su atención a toda la familia humana, puedan seguir sirviéndole a Él.

Gracias.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en el Encuentro con los
representantes de la Comunidad
Judía***

*Sinagoga de Park East, Nueva York,
Viernes, 18 de abril de 2008*

Queridos amigos:

Shalom! He venido aquí con gran alegría, pocas horas antes del comienzo de la celebración de vuestra *Pesah*, para expresar mi respeto y estima a la comunidad judía de Nueva York. La cercanía

de este lugar de culto de mi residencia, me ofrece hoy la oportunidad de saludarlos. Me resulta conmovedor recordar que Jesús, siendo joven, escuchó las palabras de la Escritura y rezó en un lugar como éste. Agradezco al Rabino Schneier sus palabras de bienvenida y le doy las gracias de modo especial por vuestro deferente obsequio, flores de primavera y el canto delicioso que los niños han entonado en mi honor. Sé bien que la comunidad judía ha dado una valiosa contribución a la ciudad, y les aliento a todos a seguir construyendo puentes de amistad con todos los diversos grupos étnicos y religiosos que viven entre ustedes. Les aseguro muy especialmente mi cercanía en este tiempo, en el que se preparan para celebrar las grandes maravillas del Todopoderoso, y para cantar las alabanzas de Aquél que realizó tales prodigios por su pueblo. Les ruego a todos que transmitan mis saludos y felicitaciones a los miembros de la comunidad judía. Bendito sea el nombre del Señor.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el Encuentro Ecuménico***

*Iglesia de San José, Nueva York, Vier-
nes, 18 de abril de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas en
Cristo:*

Mi corazón rebosa de agradecimiento a Dios, “Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo,

y lo invade todo” (*Ef* 4,6), por esta feliz oportunidad de encontrarme esta tarde rezando con ustedes. Agradezco al Obispo Dennis Sullivan su cordial bienvenida, y saludo con afecto a todos los representantes de las comunidades cristianas diseminadas por los Estados Unidos. La paz de nuestro Señor y Salvador esté con todos ustedes.

Por medio de ustedes, quisiera expresar mi sincero aprecio por la obra inestimable de todos los que están implicados en el ecumenismo: el *National Council of Churches*, el *Christian Churches Together*, el *Catholic Bishops’s Secretariat for Ecumenical and Interreligious Affairs*, y otros muchos. La aportación ofrecida al movimiento ecuménico por los cristianos de los Estados Unidos es notoria en todo el mundo. Les aliento a todos a perseverar, confiando siempre en la gracia de Cristo resucitado, al que nos esforzamos en servir para obtener “la obediencia de la fe... para gloria de su nombre” (cf. *Rm* 1,5).

Acabamos de escuchar el texto de la Escritura en el que Pablo, “el prisionero por Cristo”, formula una vehemente invitación a los miembros de la comunidad cristiana de Éfeso: “Les ruego, escribe, que anden como pide la vocación a la que han sido convocados... esforzándose en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (*Ef* 4,1-3). Por tanto, al final de su apasionada invitación a la unidad, Pablo recuerda a sus lectores que Jesús, una vez ascendido al cielo, ha derramado

sobre los hombres todos los dones necesarios para la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. *Ef* 4,11-13).

Hoy la exhortación de Pablo resuena con mayor fuerza. Sus palabras nos infunden la certeza de que el Señor no nos abandonará jamás en la búsqueda de la unidad. Nos invitan, además, a vivir de modo que podamos dar testimonio “pensando y sintiendo lo mismo” (cf. *Hch* 4,32), que ha sido siempre la característica de la *koinonia* cristiana (cf. *Hch* 2,42), y la fuerza que atrae a los que están fuera para entrar a formar parte de la comunidad de los creyentes, y que también ellos puedan compartir la “riqueza insondable que es Cristo” (*Ef* 3,8).

La globalización ha colocado a la humanidad entre dos extremos. Por una parte, el sentido creciente de interrelación e interdependencia entre los pueblos, incluso cuando, hablando en términos geográficos y culturales, están distantes unos de otros. Esta nueva situación ofrece la posibilidad de mejorar el sentido de la solidaridad global y compartir responsabilidades para el bien de la humanidad. Por otra parte, no se puede negar que las rápidas mutaciones que suceden en el mundo presentan también algunos signos desagradables de fragmentación y de repliegue en el individualismo. El uso cada vez más extendido de la electrónica en el mundo de las comunicaciones ha comportado paradójicamente un aumento del aislamiento. Muchos, jóvenes incluidos, buscan por esta ra-

zón formas más auténticas de comunidad. También es fuente de grave preocupación la difusión de la ideología secularista, que socava e incluso rechaza la verdad trascendente. La misma posibilidad de una revelación divina, y por tanto de la fe cristiana, se ha puesto a menudo en discusión por tendencias de pensamiento muy difundidas en los ambientes universitarios, en los medios de comunicación y en la opinión pública. Por estas razones, es necesario más que nunca un testimonio fiel del Evangelio. Se pide a los cristianos que den razón de su esperanza con claridad (cf. *1 Pe* 3,15).

Con mucha frecuencia, los no cristianos, al ver la fragmentación de las comunidades cristianas, quedan confundidos con razón sobre el mensaje mismo del Evangelio. A veces, las creencias y comportamientos cristianos fundamentales son modificados dentro de las comunidades por las así llamadas “acciones proféticas”, basadas en una hermenéutica no siempre en consonancia con la Escritura y la Tradición. Como consecuencia, las comunidades renuncian a actuar como un cuerpo unido, y prefieren en cambio actuar según el principio de “las opciones locales”. En este proceso, se pierde la necesidad de una *koinonia diacrónica* -la comunión con la Iglesia de todos los tiempos- precisamente en el momento en el que el mundo ha perdido su orientación y necesita testimonios comunes y convincentes del poder salvador del Evangelio (cf. *Rm* 1,18-23).

Frente a estas dificultades, en primer lugar, debemos recordarnos que la unidad de la Iglesia deriva de la perfecta unidad de Dios uno y trino. El Evangelio de Juan nos dice que Jesús ha rogado al Padre para que sus discípulos sean uno, “como tú... en mí y yo en ti” (cf. *Jn* 17,21). Este pasaje refleja la firme convicción de la comunidad cristiana primitiva de que su unidad era fruto y reflejo de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto, a su vez, muestra que la cohesión recíproca de los creyentes se fundaba en la plena integridad de la confesión de su credo (cf. *1 Tm* 1,3-11). En todo el Nuevo Testamento, vemos cómo los Apóstoles fueron llamados reiteradamente a dar razón de su fe, tanto ante los gentiles (cf. *Hch* 17,16-34) como ante los judíos (cf. *Hch* 4,5-22; 5,27-42). El núcleo central de su argumentación fue siempre el hecho histórico de la resurrección corporal del Señor de la tumba (*Hch* 2,24-32; 3,15; 4,10; 5,30; 10,40; 13,30). La eficacia última de su predicación no dependía de “palabras rebuscadas” o de “sabiduría humana” (*1 Co* 2,13), sino más bien de la acción del Espíritu (*Ef* 3,5), que confirmaba el testimonio autorizado de los Apóstoles (cf. *1 Co* 15,1-11). El núcleo de la predicación de Pablo y de la Iglesia de los orígenes no fue otro que Jesucristo, y “éste, crucificado” (*1 Co* 2,2). Y esta proclamación debía de ser garantizada por la pureza de la doctrina normativa expresada en las fórmulas de fe, los *símbolos*, que articulaban la esencia de la fe cristiana y constituían el funda-

mento de la unidad de los bautizados (cf. *1 Co* 15,3-5; *Ga* 1,6-9; *Unitatis redintegratio*, 2).

Mis queridos amigos, la fuerza del *kerigma* no ha perdido nada de su dinamismo interior. Sin embargo, debemos preguntarnos si no se ha atenuado toda su fuerza por una aproximación relativista a la doctrina cristiana similar a la que encontramos en las ideologías secularizadas, que, al sostener que solamente la ciencia es “objetiva”, relegan completamente la religión a la esfera subjetiva del sentimiento del individuo. Los descubrimientos científicos y sus realizaciones a través del ingenio humano ofrecen a la humanidad sin duda, nuevas posibilidades de mejora. Esto no significa, sin embargo, que lo que “puede ser conocido” ha de limitarse a lo que es verificable empíricamente, ni que la religión esté confinada al reino cambiante de la “experiencia personal”.

La aceptación de esta línea errónea de pensamiento conduciría a los cristianos a la conclusión de que en la exposición de la fe cristiana no es necesario subrayar la verdad objetiva, porque no hay más que seguir la propia conciencia y escoger la comunidad que más concuerde con los propios gustos personales. El resultado de esto se puede observar en la continua proliferación de comunidades, que, con frecuencia, evitan estructuras institucionales y minimizan la importancia de la vida cristiana en el contexto doctrinal.

También en el movimiento ecuménico, los cristianos se muestran reacios a afirmar el papel de la doctrina por temor a que esto sirva sólo para exacerbar, más que para curar, las heridas de la división. A pesar de esto, un testimonio claro y convincente de la salvación que Cristo Jesús ha realizado en favor nuestro debe basarse en la noción de una enseñanza apostólica normativa, esto es, una enseñanza que realmente subraye la palabra inspirada de Dios y sustente la vida sacramental de los cristianos de hoy.

Solamente “manteniéndose firmes” en la enseñanza segura (cf. *2 Ts* 2,15) lograremos responder a los retos que nos asaltan en un mundo cambiante. Sólo así daremos un testimonio firme de la verdad del Evangelio y de su enseñanza moral. Éste es el mensaje que el mundo espera oír de nosotros. Igual que los primeros cristianos, tenemos la responsabilidad de dar un testimonio transparente de las “razones de nuestra esperanza”, de manera que los ojos de todos los hombres de buena voluntad se abran para ver que Dios ha manifestado su rostro (cf. *2 Co* 3,12-18) y nos ha permitido acceder a su vida divina a través de Jesucristo. Sólo Él es nuestra esperanza. Dios ha revelado su amor a todos los pueblos mediante el misterio de la pasión y muerte de su Hijo, y nos ha llamado a proclamar que ha resucitado verdaderamente, que está sentado a la diestra del Padre y que “de nuevo vendrá en la gloria a juzgar a vivos y muertos” (*Credo niceno*).

Que la palabra de Dios que hemos escuchado esta tarde inflame de esperanza nuestros corazones en el camino de la unidad (cf. *Lc 24,32*). Que este encuentro de oración sea un ejemplo de la centralidad de la plegaria en el movimiento ecuménico (cf. *Unitatis redintegratio*, 8); pues, sin plegaria, las estructuras, las instituciones y los programas ecuménicos quedarían despojados de su corazón y de su alma. Demos gracias a Dios por los progresos realizados por la acción del Espíritu, y reconozcamos con gratitud los sacrificios espirituales ofrecidos por tantos como están presentes y por cuantos nos han precedido.

Caminando tras sus huellas y poniendo la confianza sólo en Dios, espero que -haciendo más las palabras del Padre Paul Wattson- alcanzaremos la “unidad de esperanza, de fe y de amor”, la única que puede convencer al mundo de que Jesucristo es el enviado del Padre para la salvación de todos.

Gracias a todos.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa Votiva por la Iglesia
Universal*

*Catedral de San Patricio, Nueva
York, Sábado, 19 de abril de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas en
Cristo:*

Saludo con gran afecto en el Señor a todos vosotros que representáis a los Obispos, sacerdotes y diáconos, a los hombres y mujeres de vida consagrada, y a los seminaristas de los Estados Unidos. Agradezco al Cardenal Egan la cordial bienvenida y felicitación que ha expresado en nombre vuestro, al inicio del cuarto año de mi Pontificado. Me alegra celebrar esta Misa con vosotros que habéis sido elegidos por el Señor, que habéis respondido a su llamado y que dedicáis vuestra vida a la búsqueda de la santidad, a la difusión del Evangelio y a la edificación de la Iglesia en la fe, en la esperanza y en el amor.

Reunidos en esta histórica catedral, ¿cómo no recordar a los innumerables hombres y mujeres que os han precedido, que han trabajado por el crecimiento de la Iglesia en los Estados Unidos, dejándonos un patrimonio duradero de fe y de obras buenas? En la primera lectura de hoy, hemos visto cómo los Apóstoles, con la fuerza del Espíritu Santo, salieron de la sala del piso superior para anunciar las grandes obras de Dios a personas de toda nación y lengua. En este país la misión de la Iglesia ha conllevado siempre atraer a la gente “de todas las naciones de la tierra” (*Hch 2,5*) hacia una unidad espiritual enriqueciendo el Cuerpo de Cristo con la multiplicidad de sus dones. Al mismo tiempo que damos gracias por estas preciosas bendiciones del pasado y consideramos los desafíos del futuro, queremos implorar de Dios la gracia de un nuevo Pentecostés para la Iglesia en

América. ¡Que desciendan sobre todos los presentes, lenguas como de fuego, fundiendo el amor ardiente a Dios y al prójimo con el celo por la propagación del Reino de Dios!

En la segunda lectura de esta mañana, san Pablo nos recuerda que la unidad espiritual – aquella unidad que reconcilia y enriquece la diversidad – tiene su origen y su modelo supremo en la vida del Dios uno y trino. La Trinidad, como comunión de amor y libertad infinita, hace nacer incesantemente la vida nueva en la obra de la creación y redención. La Iglesia, como “pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (*Lumen gentium*, 4), está llamada a proclamar el don de la vida, a proteger la vida y a promover una cultura de la vida. Aquí, en esta catedral, nuestro recuerdo se dirige naturalmente al testimonio heroico por el Evangelio de la vida, dado por los difuntos Cardenales Cooke y O’Connor. La proclamación de la vida, de la vida abundante, debe ser el centro de la nueva evangelización. Pues la verdadera vida – nuestra salvación – se encuentra sólo en la reconciliación, en la libertad y en el amor que son dones gratuitos de Dios.

Éste es el mensaje de esperanza que estamos llamados a anunciar y encarnar en un mundo en el que egocentrismo, aidez, violencia y cinismo parecen sofocar muy a menudo el crecimiento frágil de la gracia en el corazón de la gente. San Ireneo comprendió con

gran profundidad que la exhortación de Moisés al pueblo de Israel: “Elige la vida” (*Dt* 30,19) era la razón más profunda para nuestra obediencia a todos los mandamientos de Dios (cf. *Adv. Haer.* IV, 16, 2-5). Quizás hemos perdido de vista que en una sociedad en la que la Iglesia parece a muchos que es legalista e “institucional”, nuestro desafío más urgente es comunicar la alegría que nace de la fe y de la experiencia del amor de Dios.

Soy particularmente feliz que nos hayamos reunido en la catedral de San Patricio. Este lugar, quizás más que cualquier otro templo de Estados Unidos, es conocido y amado como “una casa de oración para todos los pueblos” (cf. *Is* 56,7; *Mc* 11,17). Cada día, miles de hombres, mujeres y niños entran por sus puertas y encuentran la paz dentro de sus muros. El Arzobispo John Hughes –como nos ha recordado el Cardenal Egan– fue el promotor de la construcción de este venerable edificio; quiso erigirlo en puro estilo gótico. Quería que esta catedral recordase a la joven Iglesia en América, la gran tradición espiritual de la que era heredera, y que la inspirase a llevar lo mejor de este patrimonio en la edificación del Cuerpo de Cristo en este país. Quisiera llamar vuestra atención sobre algunos aspectos de esta bellísima estructura, que me parece que puede servir como punto de partida para una reflexión sobre nuestras vocaciones particulares dentro de la unidad del Cuerpo místico.

El primer aspecto se refiere a los ventanales con vidrieras historiadas que inundan el ambiente interior con una luz mística. Vistos desde fuera, estos ventanales parecen oscuros, recargados y hasta lúgubres. Pero cuando se entra en el templo, de improviso, toman vida; al reflejar la luz que las atraviesa revelan todo su esplendor. Muchos escritores —aquí en América podemos recordar a Nathaniel Hawthorne— han usado la imagen de estas vidrieras historiadas para ilustrar el misterio de la Iglesia misma. Solamente desde dentro, desde la experiencia de fe y de vida eclesial, es como vemos a la Iglesia tal como es verdaderamente: llena de gracia, esplendorosa por su belleza, adornada por múltiples dones del Espíritu. Una consecuencia de esto es que nosotros, que vivimos la vida de gracia en la comunión de la Iglesia, estamos llamados a atraer dentro de este misterio de luz a toda la gente.

No es un cometido fácil en un mundo que es propenso a mirar “desde fuera” a la Iglesia, igual que a aquellos ventanales: un mundo que siente profundamente una necesidad espiritual, pero que encuentra difícil “entrar en el” misterio de la Iglesia. También para algunos de nosotros, desde dentro, la luz de la fe puede amortiguarse por la rutina y el esplendor de la Iglesia puede ofuscarse por los pecados y las debilidades de sus miembros. La ofuscación puede originarse por los obstáculos encontrados en una sociedad que, a veces, parece haber olvidado a Dios e irritarse

ante las exigencias más elementales de la moral cristiana. Vosotros, que habéis consagrado vuestra vida para dar testimonio del amor de Cristo y para la edificación de su Cuerpo, sabéis por vuestro contacto diario con el mundo que nos rodea, cuantas veces se siente la tentación de ceder a la frustración, a la desilusión e incluso al pesimismo sobre el futuro. En una palabra: no siempre es fácil ver la luz del Espíritu a nuestro alrededor, el esplendor del Señor resucitado que ilumina nuestra vida e infunde nueva esperanza en su victoria sobre el mundo (cf. *Jn* 16,33).

Sin embargo, la palabra de Dios nos recuerda que, en la fe, vemos los cielos abiertos y la gracia del Espíritu Santo que ilumina a la Iglesia y que lleva una esperanza segura a nuestro mundo. “Señor, Dios mío”, canta el salmista, “envías tu aliento y los creas, y repueblas la faz de la tierra” (*Sal* 104,30). Estas palabras evocan la primera creación, cuando “el Aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas” (*Gn* 1,2). Y ellas impulsan nuestra mirada hacia la nueva creación, hacia Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles e instauró la Iglesia como primicia de la humanidad redimida (cf. *Jn* 20,22-23). Estas palabras nos invitan a una fe cada vez más profunda en la potencia infinita de Dios, que transforma toda situación humana, crea vida desde la muerte e ilumina también la noche más oscura. Y nos hacen pensar en otra bellísima frase de san Ireneo: “Donde está la Iglesia, allí

está el Espíritu de Dios; donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia” (*Adv. Haer.* III, 24,1).

Esto me lleva a otra reflexión sobre la arquitectura de este templo. Como todas las catedrales góticas, tiene una estructura muy compleja, cuyas proporciones precisas y armoniosas simbolizan la unidad de la creación de Dios. Los artistas medievales a menudo representaban a Cristo, la Palabra creadora de Dios, como un “aparejador” celestial con el compás en mano, que ordena el cosmos con infinita sabiduría y determinación. Esta imagen, ¿no nos hace pensar quizás en la necesidad de ver todas las cosas con los ojos de la fe para, de este modo, poder comprenderlas en su perspectiva más auténtica, en la unidad del plan eterno de Dios? Esto requiere, como sabemos, una continua conversión y el esfuerzo de “renovarnos en el espíritu de nuestra mente” (cf. *Ef* 4,23) para conseguir una mentalidad nueva y espiritual. Exige también el desarrollo de aquellas virtudes que hacen a cada uno de nosotros capaz de crecer en santidad y dar frutos espirituales en el propio estado de vida. Esta constante conversión “intelectual”, ¿acaso no es tan necesaria como la conversión “moral” para nuestro crecimiento en la fe, para nuestro discernimiento de los signos de los tiempos y para nuestra aportación personal a la vida y misión de la Iglesia?

Una de las grandes desilusiones que siguieron al Concilio Vaticano II, con su exhortación a un mayor compro-

miso en la misión de la Iglesia para el mundo, pienso que haya sido, para todos nosotros, la experiencia de división entre diferentes grupos, distintas generaciones y diversos miembros de la misma familia religiosa. ¿Podemos avanzar sólo si fijamos juntos nuestra mirada en Cristo! Con la luz de la fe descubriremos entonces la sabiduría y la fuerza necesarias para abrirnos hacia puntos de vista que no siempre coinciden del todo con nuestras ideas o nuestras suposiciones. Así podemos valorar los puntos de vista de otros, ya sean más jóvenes o más ancianos que nosotros, y escuchar por fin “lo que el Espíritu nos dice” a nosotros y a la Iglesia (cf. *Ap* 2, 7). De este modo, caminaremos juntos hacia la verdadera renovación espiritual que quería el Concilio, la única renovación que puede reforzar la Iglesia en la santidad y en la unidad indispensable para la proclamación eficaz del Evangelio en el mundo de hoy.

¿No ha sido quizás esta unidad de visión y de intentos –basada en la fe y en el espíritu de continua conversión y sacrificio personal– el secreto del crecimiento sorprendente de la Iglesia en este país? Basta pensar en la obra extraordinaria de aquel sacerdote americano ejemplar, el venerable Michael McGivney, cuya visión y celo le llevaron a la fundación de los Caballeros de Colón, o en la herencia espiritual de generaciones de religiosas, religiosos y sacerdotes que, silenciosamente, han dedicado su vida al servicio del pueblo de Dios en innumerables escuelas, hospitales y parroquias.

Aquí, en el contexto de nuestra necesidad de una perspectiva fundamentada en la fe, y de unidad y colaboración en el trabajo de edificación de la Iglesia, querría decir unas palabras sobre los abusos sexuales que han causado tantos sufrimientos. Ya he tenido ocasión de hablar de esto y del consiguiente daño para la comunidad de los fieles. Ahora deseo expresaros sencillamente, queridos sacerdotes y religiosos, mi cercanía espiritual, al mismo tiempo que tratáis de responder con esperanza cristiana a los continuos desafíos surgidos por esta situación. Me siento unido a vosotros rezando para que éste sea un tiempo de purificación para cada uno y para cada Iglesia y comunidad religiosa, y también un tiempo de sanación. Os animo también a colaborar con vuestros Obispos, que siguen trabajando eficazmente para resolver este problema. Que nuestro Señor Jesucristo conceda a la Iglesia en América un renovado sentido de unidad y decisión, mientras todos –Obispos, clero, religiosos, religiosas y laicos– caminan en la esperanza y en el amor recíproco y para la verdad.

Queridos amigos, estas consideraciones me llevan a una última observación sobre esta gran catedral en la que nos encontramos. La unidad de una catedral gótica, es sabido, no es la unidad estática de un templo clásico, sino una unidad nacida de la tensión dinámica de diferentes fuerzas que empujan la arquitectura hacia arriba, orientándola hacia el cielo. Aquí podemos ver también un símbolo de la unidad de la

Iglesia que es –como nos ha dicho san Pablo– unidad de un cuerpo vivo compuesto por muchos elementos diferentes, cada uno con su propia función y su propia determinación. Aquí vemos también la necesidad de reconocer y respetar los dones de cada miembro del cuerpo como “manifestación del Espíritu para provecho común” (1 Co 12,7). Ciertamente, en la estructura de la Iglesia querida por Dios se ha de distinguir entre los dones jerárquicos y los carismáticos (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero precisamente la variedad y riqueza de las gracias concedidas por el Espíritu nos invitan constantemente a discernir cómo estos dones tienen que ser insertados correctamente en el servicio de la misión de la Iglesia. Vosotros, queridos sacerdotes, por medio de la ordenación sacramental, habéis sido conformados con Cristo, Cabeza del Cuerpo. Vosotros, queridos diáconos, habéis sido ordenados para el servicio de este Cuerpo. Vosotros, queridos religiosos y religiosas, tanto los contemplativos como los dedicados al apostolado, habéis consagrado vuestra vida a seguir al divino Maestro en el amor generoso y en plena fidelidad a su Evangelio. Todos vosotros que hoy llenáis esta catedral, así como vuestros hermanos y hermanas ancianos, enfermos o jubilados que ofrecen sus oraciones y sus sacrificios para vuestro trabajo, estáis llamados a ser fuerzas de unidad dentro del Cuerpo de Cristo. A través de vuestro testimonio personal y de vuestra fidelidad al ministerio o al apostolado que se os ha confiado, prepararéis el camino al Espíri-

tu. Ya que el Espíritu nunca deja de derramar sus abundantes dones, suscitar nuevas vocaciones y nuevas misiones, y de dirigir a la Iglesia —como el Señor ha prometido en el fragmento evangélico de esta mañana— hacia la verdad plena (cf. *Jn* 16, 13).

¡Dirijamos, pues, nuestra mirada hacia arriba! Y con gran humildad y confianza pidamos al Espíritu que cada día nos haga capaces de crecer en la santidad que nos hará piedras vivas del templo que Él está levantando justamente ahora en el mundo. Si tenemos que ser auténticas fuerzas de unidad, ¡esforcémonos entonces en ser los primeros en buscar una reconciliación interior a través de la penitencia! ¡Perdonemos las ofensas padecidas y dominemos todo sentimiento de rabia y de enfrentamiento! ¡Esforcémonos en ser los primeros en demostrar la humildad y la pureza de corazón necesarias para acercarnos al esplendor de la verdad de Dios! En fidelidad al depósito de la fe confiado a los Apóstoles (cf. *1 Tm* 6,20), ¡esforcémonos en ser testigos alegres de la fuerza transformadora del Evangelio!

¡Queridos hermanos y hermanas, de acuerdo con las tradiciones más nobles de la Iglesia en este país, sed también los primeros amigos del pobre, del prófugo, del extranjero, del enfermo y de todos los que sufren! ¡Actuad como faros de esperanza, irradiando la luz de Cristo en el mundo y animando a los jóvenes a descubrir la belleza de una vida entregada enteramente al Señor y a su Iglesia!

Dirijo este llamado de modo especial a los numerosos seminaristas y jóvenes religiosas y religiosos aquí presentes. Cada uno de vosotros tiene un lugar particular en mi corazón. No olvidéis nunca que estáis llamados a llevar adelante, con todo el entusiasmo y la alegría que os da el Espíritu, una obra que otros han empezado, un patrimonio que un día vosotros tendréis que pasar también a una nueva generación. ¡Trabajad con generosidad y alegría, porque Aquél a quien servís es el Señor!

Las agujas de las torres de la catedral de san Patricio han sido muy superadas por los rascacielos del tipo de Manhattan; sin embargo, en el corazón de esta metrópoli ajetreada, ellas son un signo vivo que recuerda la constante nostalgia del espíritu humano de elevarse hacia Dios. En esta Celebración eucarística, queremos dar gracias al Señor porque nos permite reconocerlo en la comunión de la Iglesia y colaborar con Él, edificando su Cuerpo místico y llevando su palabra salvadora como buena nueva a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y después, cuando salgamos de este gran templo, caminemos como mensajeros de la esperanza en medio de esta ciudad y en todos aquellos lugares donde nos ha puesto la gracia de Dios. De este modo, la Iglesia en América conocerá una nueva primavera en el Espíritu e indicará el camino hacia aquella otra ciudad más grande, la nueva Jerusalén, cuya luz es el Cordero (cf. *Ap* 21,23). Por esto Dios está preparando también ahora

un banquete de alegría y de vida infinitas para todos los pueblos. Amén.

Palabras improvisadas del Santo Padre al final de la celebración de la Santa Misa

En este momento, no me queda más que agradecerles su amor a la Iglesia y a Nuestro Señor; agradecerles que también ofrezcan su amor al pobre Sucesor de San Pedro. Intentaré hacer todo lo posible para ser un digno sucesor de este gran Apóstol, el cual era también un hombre con sus defectos y sus pecados, pero que, al final, sigue siendo la roca de la Iglesia. Con toda mi pobreza espiritual, también yo puedo ser ahora, por gracia del Señor, el Sucesor de Pedro. Ciertamente las plegarias y el amor de ustedes son lo que me da la certeza de que el Señor me ayudará en mi ministerio. Les agradezco profundamente, pues, su amor, sus oraciones. En este momento, mi respuesta a todo lo que me han dado durante mi visita es la bendición que ahora les imparto al final de esta hermosa Celebración.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los jóvenes discapacitados

Seminario de San José, Yonkers, Nueva York, Sábado, 19 de abril de 2008

Eminencia, Excelencia, queridos amigos:

Me alegra tener esta oportunidad de encontrarme brevemente con ustedes. Agradezco el saludo del Señor Cardenal y, sobre todo, doy las gracias a vuestros representantes por sus atentas palabras y por el regalo de vuestra composición. Sepan que estoy muy contento de estar con ustedes. Les ruego que transmitan mi saludo a sus padres y familiares, a sus profesores y a los que les atienden.

Dios les ha bendecido con el don de la vida, y con otros talentos y cualidades, por medio de las cuales, pueden servirlo a Él y a la sociedad de diferentes modos. Aunque la contribución de algunos puede parecer grande y la de otros más modesta, el valioso testimonio de nuestros esfuerzos constituye siempre un signo de esperanza para todos.

A veces, es un reto encontrar una razón para lo que aparece solamente como una dificultad que superar o un dolor que afrontar. No obstante, la fe nos ayuda a ampliar el horizonte más allá de nosotros mismos para ver la vida como Dios la ve. El amor incondicional de Dios, que alcanza a todo ser humano, otorga un significado y finalidad a cada vida humana. Por su Cruz, Jesús nos introduce realmente en su amor salvador (cf. *Jn 12,32*) y así nos muestra la dirección, el camino de la esperanza que nos transfigura, de modo que nosotros mismos lleguemos a ser para los demás transmisores de esperanza y amor.

Queridos amigos, les animo a rezar todos los días por nuestro mundo. Hay

muchas intenciones y personas por las que poder orar, también por los que todavía no han llegado a conocer a Jesús. Les ruego que recen también por mí. Como saben, acabo de cumplir un año más. El tiempo vuela.

Reitero a todos mi gratitud, también a los Jóvenes Cantores de la Catedral de San Patricio y a los miembros del Coro de Sordos de la Archidiócesis. Como signo de vigor y de paz y con gran afecto en el Señor, les imparto a ustedes y a sus familias, a sus profesores y a los que les cuidan mi Bendición Apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los jóvenes y los
seminaristas*

Seminario de San José, Yonkers, Nueva York, Sábado, 19 de abril de 2008

*Eminencia, Queridos Hermanos en el
Episcopado, Queridos jóvenes amigos:*

Proclamen a Cristo Señor, “siempre prontos para dar razón de su esperanza a todo el que se la pidiera” (1 Pe 3,15). Con estas palabras de la Primera carta de san Pedro, saludo a cada uno de ustedes con cordial afecto. Agradezco al Señor Cardenal Egan sus amables palabras de bienvenida y también doy las gracias a los representantes que han elegido por sus manifestaciones de gozosa acogida. Dirijo un particular saludo y expreso mi gratitud al Señor Obispo

Walsh, Rector del Seminario de San José, al personal y a los seminaristas.

Jóvenes amigos, me alegra tener la ocasión de hablar con ustedes. Lleven, por favor, mis cordiales saludos a los miembros de sus familias y a sus parientes, así como a sus profesores y al personal de las diversas Escuelas, Colegios y Universidades a las que pertenecen. Me consta que muchos han trabajado intensamente para garantizar la realización de este nuestro encuentro. Les quedo muy reconocido. Gracias también por haberme cantado el “Happy Birthday”. Gracias por este detalle conmovedor; a todos les doy un sobresaliente por la pronunciación del alemán. Esta tarde quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el ser discípulo de Jesucristo; siguiendo las huellas del Señor, nuestra vida se transforma en un viaje de esperanza.

Tienen delante las imágenes de seis hombres y mujeres ordinarios que se superaron para llevar una vida extraordinaria. La Iglesia les tributa el honor de Venerables, Beatos o Santos: cada uno respondió a la llamada de Dios y a una vida de caridad, y lo sirvió aquí en las calles y callejas o en los suburbios de Nueva York. Me ha impresionado la heterogeneidad de este grupo: pobres y ricos, laicos y laicas —una era una pudiente esposa y madre—, sacerdotes y religiosas, emigrantes venidos de lejos, la hija de un guerrero Mohawk y una madre Algonquin, un esclavo haitiano y un intelectual cubano.

Santa Isabel Ana Seton, Santa Francisca Javier Cabrina, San Juan Neumann, la beata Kateri Tekakwitha, el venerable Pierre Toussaint y el Padre Félix Varela: cada uno de nosotros podría estar entre ellos, pues en este grupo no hay un estereotipo, ningún modelo uniforme. Pero mirando más de cerca se aprecian ciertos rasgos comunes. Inflamados por el amor de Jesús, sus vidas se convirtieron en extraordinarios itinerarios de esperanza. Para algunos, esto supuso dejar la Patria y embarcarse en una peregrinación de miles de kilómetros. Para todos, un acto de abandono en Dios con la confianza de que él es la meta final de todo peregrino. Y cada uno de ellos ofrecían su “mano tendida” de esperanza a cuantos encontraban en el camino, suscitando en ellos muchas veces una vida de fe. Atendieron a los pobres, a los enfermos y a los marginados en hospicios, escuelas y hospitales, y, mediante el testimonio convincente que proviene del caminar humildemente tras las huellas de Jesús, estas seis personas abrieron el camino de la fe, la esperanza y la caridad a muchas otras, incluyendo tal vez a sus propios antepasados.

Y ¿qué ocurre hoy? ¿Quién da testimonio de la Buena Noticia de Jesús en las calles de Nueva York, en los suburbios agitados en la periferia de las grandes ciudades, en las zonas donde se reúnen los jóvenes buscando a alguien en quien confiar? Dios es nuestro origen y nuestra meta, y Jesús es el camino. El recorrido de este viaje pasa, como el

de nuestros santos, por los gozos y las pruebas de la vida ordinaria: en vuestras familias, en la escuela o el colegio, durante vuestras actividades recreativas y en vuestras comunidades parroquiales. Todos estos lugares están marcados por la cultura en la que estáis creciendo. Como jóvenes americanos se les ofrecen muchas posibilidades para el desarrollo personal y están siendo educados con un sentido de generosidad, servicio y rectitud. Pero no necesitan que les diga que también hay dificultades: comportamientos y modos de pensar que asfixian la esperanza, sendas que parecen conducir a la felicidad y a la satisfacción, pero que sólo acaban en confusión y angustia.

Mis años de *teenager* fueron arruinados por un régimen funesto que pensaba tener todas las respuestas; su influjo creció —filtrándose en las escuelas y los organismos civiles, así como en la política e incluso en la religión— antes de que pudiera percibirse claramente que era un monstruo. Declaró proscrito a Dios, y así se hizo ciego a todo lo bueno y verdadero. Muchos de los padres y abuelos de ustedes les habrán contado el horror de la destrucción que siguió después. Algunos de ellos, de hecho, vinieron a América precisamente para escapar de este terror.

Demos gracias a Dios, porque hoy muchos de su generación pueden gozar de las libertades que surgieron gracias a la expansión de la democracia y del respeto de los derechos humanos. De-

mos gracias a Dios por todos los que lucharon para asegurar que puedan crecer en un ambiente que cultiva lo bello, bueno y verdadero: sus padres y abuelos, sus profesores y sacerdotes, las autoridades civiles que buscan lo que es recto y justo.

Sin embargo, el poder destructivo permanece. Decir lo contrario sería engañarse a sí mismos. Pero éste jamás triunfará; ha sido derrotado. Ésta es la esencia de la esperanza que nos distingue como cristianos; la Iglesia lo recuerda de modo muy dramático en el Triduo Pascual y lo celebra con gran gozo en el Tiempo pascual. El que nos indica la vía tras la muerte es Aquél que nos muestra cómo superar la destrucción y la angustia; Jesús es, pues, el verdadero maestro de vida (cf. *Spe salvi*, 6). Su muerte y resurrección significa que podemos decir al Padre celestial: “Tú has renovado el mundo” (Viernes Santo, *Oración después de la comunión*). De este modo, hace pocas semanas, en la bellísima liturgia de la Vigilia pascual, no por desesperación o angustia, sino con una confianza colmada de esperanza, clamamos a Dios por nuestro mundo: “Disipa las tinieblas del corazón. Disipa las tinieblas del espíritu” (cf. *Oración al encender el cirio pascual*).

¿Qué pueden ser estas tinieblas? ¿Qué sucede cuando las personas, sobre todo las más vulnerables, encuentran el puño cerrado de la represión o de la manipulación en vez de la mano

tendida de la esperanza? El primer grupo de ejemplos pertenece al corazón. Aquí, los sueños y los deseos que los jóvenes persiguen se pueden romper y destruir muy fácilmente. Pienso en los afectados por el abuso de la droga y los estupefacientes, por la falta de casa o la pobreza, por el racismo, la violencia o la degradación, en particular muchachas y mujeres. Aunque las causas de estas situaciones problemáticas son complejas, todas tienen en común una actitud mental envenenada que se manifiesta en tratar a las personas como meros objetos: una insensibilidad del corazón, que primero ignora y después se burla de la dignidad dada por Dios a toda persona humana. Tragedias similares muestran también que lo podría haber sido y lo que puede ser ahora, si otras manos, vuestras manos, hubieran estado tendidas o se tendiesen hacia ellos. Les animo a invitar a otros, sobre todo a los débiles e inocentes, a unirse a ustedes en el camino de la bondad y de la esperanza.

El segundo grupo de tinieblas –las que afectan al espíritu– a menudo no se percibe, y por eso es particularmente nocivo. La manipulación de la verdad distorsiona nuestra percepción de la realidad y enturbia nuestra imaginación y nuestras aspiraciones. Ya he mencionado las muchas libertades que afortunadamente pueden gozar ustedes. Hay que salvaguardar rigurosamente la importancia fundamental de la libertad. No sorprende, pues, que muchas personas y grupos reivindiquen

en voz alta y públicamente su libertad. Pero la libertad es un valor delicado. Puede ser malentendida y usada mal, de manera que no lleva a la felicidad que todos esperamos, sino hacia un escenario oscuro de manipulación, en el que nuestra comprensión de nosotros mismos y del mundo se hace confusa o se ve incluso distorsionada por quienes ocultan sus propias intenciones.

¿Han notado ustedes que, con frecuencia, se reivindica la libertad sin hacer jamás referencia a la verdad de la persona humana? Hay quien afirma hoy que el respeto a la libertad del individuo hace que sea erróneo buscar la verdad, incluida la verdad sobre lo que es el bien. En algunos ambientes, hablar de la verdad se considera como una fuente de discusiones o de divisiones y, por tanto, es mejor relegar este tema al ámbito privado. En lugar de la verdad —o mejor, de su ausencia— se ha difundido la idea de que, dando un valor indiscriminado a todo, se asegura la libertad y se libera la conciencia. A esto llamamos relativismo. Pero, ¿qué objeto tiene una “libertad” que, ignorando la verdad, persigue lo que es falso o injusto? ¿A cuántos jóvenes se les ha tendido una mano que, en nombre de la libertad o de una experiencia, los ha llevado al consumo habitual de estupefacientes, a la confusión moral o intelectual, a la violencia, a la pérdida del respeto por sí mismos, a la desesperación incluso y, de este modo, trágicamente, al suicidio? Queridos amigos, la verdad no es una imposición. Tam-

poco es un mero conjunto de reglas. Es el descubrimiento de Alguien que jamás nos traiciona; de Alguien del que siempre podemos fiarnos. Buscando la verdad llegamos a vivir basados en la fe porque, en definitiva, la verdad es una persona: Jesucristo. Ésta es la razón por la que la auténtica libertad no es optar por “desentenderse de”. Es decidir “comprometerse con”; nada menos que salir de sí mismos y ser incorporados en el “ser para los otros” de Cristo (cf. *Spe salvi*, 28).

Como creyentes, ¿cómo podemos ayudar a los otros a caminar por el camino de la libertad que lleva a la satisfacción plena y a la felicidad duradera? Volvamos una vez más a los santos. ¿De qué modo su testimonio ha liberado realmente a otros de las tinieblas del corazón y del espíritu? La respuesta se encuentra en la médula de su fe, de nuestra fe. La encarnación, el nacimiento de Jesús nos muestra que Dios, de hecho, busca un sitio entre nosotros. A pesar de que la posada está llena, él entra por el establo, y hay personas que ven su luz. Se dan cuenta de lo que es el mundo oscuro y hermético de Herodes y siguen, en cambio, el brillo de la estrella que los guía en la noche. ¿Y qué irradia? A este respecto pueden recordar la oración recitada en la noche santa de Pascua: “¡Oh Dios!, que por medio de tu Hijo, luz del mundo, nos has dado la luz de tu gloria, enciende en nosotros la llama viva de tu esperanza” (cf. *Bendición del fuego*). De este modo, en la procesión solemne con las

velas encendidas, nos pasamos de uno a otro la luz de Cristo. Es la luz que “ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos” (*Exsultet*). Ésta es la luz de Cristo en acción. Éste es el camino de los santos. Ésta es la visión magnífica de la esperanza. La luz de Cristo les invita a ser estrellas-guía para los otros, marchando por el camino de Cristo, que es camino de perdón, de reconciliación, de humildad, de gozo y de paz.

Sin embargo, a veces tenemos la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, de dudar de la fuerza del esplendor de Cristo, de limitar el horizonte de la esperanza. ¡Ánimo! Miren a nuestros santos. La diversidad de su experiencia de la presencia de Dios nos sugiere descubrir nuevamente la anchura y la profundidad del cristianismo. Dejen que su fantasía se explye libremente por el ilimitado horizonte del discipulado de Cristo. A veces nos consideran únicamente como personas que hablan sólo de prohibiciones. Nada más lejos de la verdad. Un discipulado cristiano auténtico se caracteriza por el sentido de la admiración. Estamos ante un Dios que conocemos y al que amamos como a un amigo, ante la inmensidad de su creación y la belleza de nuestra fe cristiana.

Queridos amigos, el ejemplo de los santos nos invita, también, a considerar cuatro aspectos esenciales del tesoro de

nuestra fe: oración personal y silencio, oración litúrgica, práctica de la caridad y vocaciones.

Lo más importante es que ustedes desarrollen su relación personal con Dios. Esta relación se manifiesta en la plegaria. Dios, por virtud de su propia naturaleza, habla, escucha y responde. En efecto, San Pablo nos recuerda que podemos y debemos “ser constantes en orar” (cf. *1 Ts* 5,17). En vez de replegarnos sobre nosotros mismos o de alejarnos de los vaivenes de la vida, en la oración nos dirigimos hacia Dios y, por medio de Él, nos volvemos unos a otros, incluyendo a los marginados y a cuantos siguen vías distintas a las de Dios (cf. *Spe salvi*, 33). Como admirablemente nos enseñan los santos, la oración se transforma en esperanza en acto. Cristo era su constante compañero, con quien conversaban en cualquier momento de su camino de servicio a los demás.

Hay otro aspecto de la oración que debemos recordar: la contemplación y el silencio. San Juan, por ejemplo, nos dice que para acoger la revelación de Dios es necesario escuchar y después responder anunciando lo que hemos oído y visto (cf. *1 Jn* 1,2-3; *Dei Verbum*, 1). ¿Hemos perdido quizás algo del arte de escuchar? ¿Dejan ustedes algún espacio para escuchar el susurro de Dios que les llama a caminar hacia la bondad? Amigos, no tengan miedo del silencio y del sosiego, escuchen a Dios, adórenlo en la Eucaristía. Permi-

tan que su palabra modele su camino como crecimiento de la santidad.

En la liturgia encontramos a toda la Iglesia en plegaria. La palabra “liturgia” significa la participación del pueblo de Dios en “la obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia” (*Sacrosanctum concilium*, 7). ¿En qué consiste esta obra? Ante todo se refiere a la Pasión de Cristo, a su muerte y resurrección y a su ascensión, lo que denominamos “Misterio pascual”. Se refiere también a la celebración misma de la liturgia. Los dos significados, de hecho, están vinculados inseparablemente, ya que esta “obra de Jesús” es el verdadero contenido de la liturgia. Mediante la liturgia, “la obra de Jesús” entra continuamente en contacto con la historia; con nuestra vida, para modelarla. Aquí percibimos otra idea de la grandeza de nuestra fe cristiana. Cada vez que se reúnen para la Santa Misa, cuando van a confesarse, cada vez que celebran uno de los Sacramentos, Jesús está actuando. Por el Espíritu Santo, los atrae hacia sí, dentro de su amor sacrificial por el Padre, que se transforma en amor hacia todos. De este modo, vemos que la liturgia de la Iglesia es un ministerio de esperanza para la humanidad. Vuestra participación colmada de fe es una esperanza activa que ayuda a que el mundo -tanto santos como pecadores- esté abierto a Dios; ésta es la verdadera esperanza humana que ofrecemos a cada uno (cf. *Spe salvi*, 34).

Su plegaria personal, sus tiempos de contemplación silenciosa y su parti-

cipación en la liturgia de la Iglesia les acerca más a Dios y les prepara también para servir a los demás. Los santos que nos acompañan esta tarde nos muestran que la vida de fe y de esperanza es también una vida de caridad. Contemplando a Jesús en la cruz, vemos el amor en su forma más radical. Comencemos a imaginar el camino del amor por el que debemos marchar (cf. *Deus caritas est*, 12). Las ocasiones para recorrer este camino son muchas. Miren a su alrededor con los ojos de Cristo, escuchen con sus oídos, intuyan y piensen con su corazón y su espíritu. ¿Están ustedes dispuestos a dar todo por la verdad y la justicia, como hizo Él? Muchos de los ejemplos de sufrimiento a los que nuestros santos respondieron con compasión, siguen produciéndose todavía en esta ciudad y en sus alrededores. Y han surgido nuevas injusticias: algunas son complejas y derivan de la explotación del corazón y de la manipulación del espíritu; también nuestro ambiente de la vida ordinaria, la tierra misma, gime bajo el peso de la avidez consumista y de la explotación irresponsable. Hemos de escuchar atentamente. Hemos de responder con una acción social renovada que nazca del amor universal que no conoce límites. De este modo, estamos seguros de que nuestras obras de misericordia y justicia se transforman en esperanza viva para los demás.

Queridos jóvenes, quisiera añadir por último una palabra sobre las vocaciones. Pienso, ante todo, en sus pa-

dres, abuelos y padrinos. Ellos han sido sus primeros educadores en la fe. Al presentarlos para el bautismo, les dieron la posibilidad de recibir el don más grande de su vida. Aquel día ustedes entraron en la santidad de Dios mismo. Llegaron a ser hijos e hijas adoptivos del Padre. Fueron incorporados a Cristo. Se convirtieron en morada de su Espíritu. Recemos por las madres y los padres en todo el mundo, en particular por los que de alguna manera están lejos, social, material, espiritualmente. Honremos las vocaciones al matrimonio y a la dignidad de la vida familiar. Deseamos que se reconozca siempre que las familias son el lugar donde nacen las vocaciones.

Saludo a los seminaristas congregados en el Seminario de San José y animo también a todos los seminaristas de América. Me alegra saber que están aumentando. El Pueblo de Dios espera de ustedes que sean sacerdotes santos, caminando cotidianamente hacia la conversión, inculcando en los demás el deseo de entrar más profundamente en la vida eclesial de creyentes. Les exhorto a profundizar su amistad con Jesús, el Buen Pastor. Hablen con Él de corazón a corazón. Rechacen toda tentación de ostentación, hacer carrera o de vanidad. Tiendan hacia un estilo de vida caracterizado auténticamente por la caridad, la castidad y la humildad, imitando a Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote, del que deben llegar a ser imágenes vivas (cf. *Pastores dabo vobis*, 33). Queridos seminaristas, rezo

por ustedes cada día. Recuerden que lo que cuenta ante el Señor es permanecer en su amor e irradiar su amor por los demás.

Las Religiosas, los Religiosos y los Sacerdotes de las Congregaciones contribuyen generosamente a la misión de la Iglesia. Su testimonio profético se caracteriza por una convicción profunda de la primacía del Evangelio para plasmar la vida cristiana y transformar la sociedad. Quisiera hoy llamar su atención sobre la renovación espiritual positiva que las Congregaciones están llevando a cabo en relación con su carisma. La palabra “carisma” significa don ofrecido libre y gratuitamente. Los carismas los concede el Espíritu Santo que inspira a los fundadores y fundadoras y forma las Congregaciones con el consiguiente patrimonio espiritual. El maravilloso conjunto de carismas propios de cada Instituto religioso es un tesoro espiritual extraordinario. En efecto, la historia de la Iglesia se muestra tal vez del modo más bello a través de la historia de sus escuelas de espiritualidad, la mayor parte de las cuales se remontan a la vida de los santos fundadores y fundadoras. Estoy seguro que, descubriendo los carismas que producen esta riqueza de sabiduría espiritual, algunos de ustedes, jóvenes, se sentirán atraídos por una vida de servicio apostólico o contemplativo. No sean tímidos para hablar con hermanas, hermanos o sacerdotes religiosos sobre su carisma y la espiritualidad de su Congregación. No exis-

te ninguna comunidad perfecta, pero es el discernimiento de la fidelidad al carisma fundador, no a una persona en particular, lo que el Señor les está pidiendo. Ánimo. También ustedes pueden hacer de su vida una autodonación por amor al Señor Jesús y, en Él, a todos los miembros de la familia humana (cf. *Vita consecrata*, 3).

Amigos, de nuevo les pregunto, ¿qué decir de la hora presente? ¿Qué están buscando? ¿Qué les está sugiriendo Dios? Cristo es la esperanza que jamás defrauda. Los santos nos muestran el amor desinteresado por su camino. Como discípulos de Cristo, sus caminos extraordinarios se desplegaron en aquella comunidad de esperanza que es la Iglesia. Y también ustedes encontrarán dentro de la Iglesia el aliento y el apoyo para marchar por el camino del Señor. Alimentados por la plegaria personal, preparados en el silencio, modelados por la liturgia de la Iglesia, descubrirán la vocación particular a la que el Señor les llama. Acójnla con gozo. Hoy son ustedes los discípulos de Cristo. Irradien su luz en esta gran ciudad y en otras. Den razón de su esperanza al mundo. Hablen con los demás de la verdad que les hace libres. Con estos sentimientos de gran esperanza en ustedes, les saludo con un “hasta pronto”, hasta encontrarme de nuevo con ustedes en julio, para la Jornada Mundial de la Juventud en Sidney. Y, como signo de mi afecto por ustedes y sus familias, les imparto con alegría la Bendición Apostólica.

Palabras del Santo Padre a los jóvenes y seminaristas de lengua española

Queridos Seminaristas, queridos jóvenes:

Es para mí una gran alegría poder encontrarme con todos ustedes en el transcurso de esta visita, durante la cual he festejado también mi cumpleaños. Gracias por su acogida y por el cariño que me han demostrado.

Les animo a abrirle al Señor su corazón para que Él lo llene por completo y con el fuego de su amor lleven su Evangelio a todos los barrios de Nueva York.

La luz de la fe les impulsará a responder al mal con el bien y la santidad de vida, como lo hicieron los grandes testigos del Evangelio a lo largo de los siglos. Ustedes están llamados a continuar esa cadena de amigos de Jesús, que encontraron en su amor el gran tesoro de sus vidas. Cultiven esta amistad a través de la oración, tanto personal como litúrgica, y por medio de las obras de caridad y del compromiso por ayudar a los más necesitados. Si no lo han hecho, plantéense seriamente si el Señor les pide seguirlo de un modo radical en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada. No basta una relación esporádica con Cristo. Una amistad así no es tal. Cristo les quiere amigos suyos íntimos, fieles y perseverantes.

A la vez que les renuevo mi invitación a participar en *la Jornada Mundial de la Juventud en Sidney*, les aseguro mi

recuerdo en la oración, en la que suplico a Dios que los haga auténticos discípulos de Cristo Resucitado. Muchas gracias.

*Oración del Papa, Benedicto XVI,
en la visita a Ground Zero*

*Ground Zero, Nueva York, Domingo,
20 de abril de 2008*

¡Oh Dios de amor, compasión y salvación! ¡Míranos, gente de diferentes creencias y tradiciones, reunidos hoy en este lugar, escenario de violencia y dolor increíbles.

Te pedimos que, por tu bondad, concedas la luz y la paz eternas a todos los que murieron aquí a los que heroicamente acudieron los primeros, nuestros bomberos, policías, servicios de emergencia y las autoridades del puerto, y a todos los hombres y mujeres inocentes que fueron víctimas de esta tragedia simplemente porque vinieron aquí para cumplir con su deber el 11 de septiembre de 2001.

Te pedimos que tengas compasión y alivies las penas de aquéllos que, por estar presentes aquí ese día, hoy están heridos o enfermos. Alivia también el dolor de las familias que todavía sufren y de todos los que han perdido a sus seres queridos en esta tragedia. Dales fortaleza para seguir viviendo con valentía y esperanza.

También tenemos presentes a cuantos murieron, resultaron heridos o sufrieron pérdidas ese mismo día en el Pentágono y en Shanskville, Pennsylvania. Nuestros corazones se unen a los suyos, mientras nuestras oraciones abrazan su dolor y sufrimiento.

Dios de la paz, concede tu paz a nuestro violento mundo: paz en los corazones de todos los hombres y mujeres y paz entre las naciones de la tierra. Lleva por tu senda del amor a aquellos cuyas mentes y corazones están nublados por el odio.

Dios de comprensión, abrumados por la magnitud de esta tragedia, buscamos tu luz y tu guía cuando nos enfrentamos con hechos tan terribles como éste. Haz que aquéllos cuyas vidas fueron salvadas vivan de manera que las vidas perdidas aquí no lo hayan sido en vano. Confórmanos y consuélanos, fortalécenos en la esperanza, y danos la sabiduría y el coraje para trabajar incansablemente por un mundo en el que la verdadera paz y el amor reinen entre las naciones y en los corazones de todos.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Celebración Eucarística*

*Yankee Stadium, Bronx, Nueva York, V
Domingo de Pascua, 20 de abril de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas en
Cristo:*

En el Evangelio que acabamos de escuchar, Jesús dice a sus Apóstoles que tengan fe en Él, porque Él es “el camino, la verdad y la vida” (*Jn 14,6*). Cristo es el camino que conduce al Padre, la verdad que da sentido a la existencia humana, y la fuente de esa vida que es alegría eterna con todos los Santos en el Reino de los cielos. Acojamos estas palabras del Señor. Renovemos nuestra fe en Él y pongamos nuestra esperanza en sus promesas.

Con esta invitación a perseverar en la fe de Pedro (cf. *Lc 22,32; Mt 16,17*), les saludo a todos con gran afecto. Agradezco al Señor Cardenal Egan las cordiales palabras de bienvenida que ha pronunciado en vuestro nombre. En esta Misa, la Iglesia que peregrina en los Estados Unidos celebra el Bicentenario de la creación de las sedes de Nueva York, Boston, Filadelfia y Louisville por la desmembración de la sede madre de Baltimore. La presencia, en torno a este altar, del Sucesor de Pedro, de sus Hermanos Obispos y sacerdotes, de los diáconos, de los consagrados y consagradas, así como de los fieles laicos procedentes de los cincuenta Estados de la Unión, manifiesta de forma elocuente nuestra comunión en la fe católica que nos llegó de los Apóstoles.

La celebración de hoy es también un signo del crecimiento impresionante que Dios ha concedido a la Iglesia en vuestro País en los pasados doscientos años. A partir de un pequeño rebaño,

como el descrito en la primera lectura, la Iglesia en América ha sido edificada en la fidelidad a los dos mandamientos del amor a Dios y del amor al prójimo. En esta tierra de libertad y oportunidades, la Iglesia ha unido rebaños muy diversos en la profesión de fe y, a través de sus muchas obras educativas, caritativas y sociales, también ha contribuido de modo significativo al crecimiento de la sociedad americana en su conjunto.

Este gran resultado no ha estado exento de retos. La primera lectura de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles, habla de las tensiones lingüísticas y culturales que había en la primitiva comunidad eclesial. Al mismo tiempo, muestra el poder de la Palabra de Dios, proclamada autorizadamente por los Apóstoles y acogida en la fe, para crear una unidad capaz de ir más allá de las divisiones que provienen de los límites y debilidades humanas. Se nos recuerda aquí una verdad fundamental: que la unidad de la Iglesia no tiene más fundamento que la Palabra de Dios, hecha carne en Cristo Jesús, Nuestro Señor. Todos los signos externos de identidad, todas las estructuras, asociaciones o programas, por válidos o incluso esenciales que sean, existen en último término únicamente para sostener y favorecer una unidad más profunda que, en Cristo, es un don indefectible de Dios a su Iglesia.

La primera lectura muestra además, como vemos en la imposición de ma-

nos sobre los primeros diáconos, que la unidad de la Iglesia es “apostólica”, es decir, una unidad visible fundada sobre los Apóstoles, que Cristo eligió y constituyó como testigos de su resurrección, y nacida de lo que la Escritura denomina “la obediencia de la fe” (*Rm 1,5; Hch 6,7*).

“Autoridad”... “obediencia”. Siendo francos, estas palabras no se pronuncian hoy fácilmente. Palabras como éstas representan “una piedra de tropiezo” para muchos de nuestros contemporáneos, especialmente en una sociedad que justamente da mucho valor a la libertad personal. Y, sin embargo, a la luz de nuestra fe en Cristo, “el camino, la verdad y la vida”, alcanzamos a ver el sentido más pleno, el valor e incluso la belleza de tales palabras. El Evangelio nos enseña que la auténtica libertad, la libertad de los hijos de Dios, se encuentra sólo en la renuncia al propio yo, que es parte del misterio del amor. Sólo perdiendo la propia vida, como nos dice el Señor, nos encontramos realmente a nosotros mismos (cf. *Lc 17,33*). La verdadera libertad florece cuando nos alejamos del yugo del pecado, que nubla nuestra percepción y debilita nuestra determinación, y ve la fuente de nuestra felicidad definitiva en Él, que es amor infinito, libertad infinita, vida sin fin. “En su voluntad está nuestra paz”.

Por tanto, la verdadera libertad es un don gratuito de Dios, fruto de la conversión a su verdad, a la verdad que nos

hace libres (cf. *Jn 8,32*). Y dicha libertad en la verdad lleva consigo un modo nuevo y liberador de ver la realidad. Cuando nos identificamos con “la mente de Cristo” (cf. *Fil 2,5*), se nos abren nuevos horizontes. A la luz de la fe, en la comunión de la Iglesia, encontramos también la inspiración y la fuerza para llegar a ser fermento del Evangelio en este mundo. Llegamos a ser luz del mundo, sal de la tierra (cf. *Mt 5,13-14*), encargados del “apostolado” de conformar nuestras vidas y el mundo en que vivimos cada vez más plenamente con el plan salvador de Dios.

La magnífica visión de un mundo transformado por la verdad liberadora del Evangelio queda reflejada en la descripción de la Iglesia que encontramos en la segunda lectura de hoy. El Apóstol nos dice que Cristo, resucitado de entre los muertos, es la piedra angular de un gran templo que también ahora se está edificando en el Espíritu. Y nosotros, miembros de su cuerpo, nos hacemos por el Bautismo “piedras vivas” de ese templo, participando por la gracia en la vida de Dios, bendecidos con la libertad de los hijos de Dios, y capaces de ofrecer sacrificios espirituales agradables a él (cf. *1 P 2,5*). ¿Qué otra ofrenda estamos llamados a realizar, sino la de dirigir todo pensamiento, palabra o acción a la verdad del Evangelio, o a dedicar toda nuestra energía al servicio del Reino de Dios? Sólo así podemos construir con Dios, sobre el cimiento que es Cristo (cf. *1 Co 3,11*). Sólo así podemos edificar algo que sea

realmente duradero. Sólo así nuestra vida encuentra el significado último y da frutos perdurables.

Hoy recordamos doscientos años de un momento crucial la historia de la Iglesia en los Estados Unidos: su primer gran fase de crecimiento. En estos doscientos años, el rostro de la comunidad católica en vuestro País ha cambiado considerablemente. Pensemos en las continuas oleadas de emigrantes, cuyas tradiciones han enriquecido mucho a la Iglesia en América. Pensemos en la recia fe que edificó la cadena de Iglesias, instituciones educativas, sanitarias y sociales, que desde hace mucho tiempo son el emblema distintivo de la Iglesia en este territorio. Pensemos también en los innumerables padres y madres que han transmitido la fe a sus hijos, en el ministerio cotidiano de muchos sacerdotes que han gastado su vida en el cuidado de las almas, en la contribución incalculable de tantos consagrados y consagradas, quienes no sólo han enseñado a los niños a leer y escribir, sino que también les han inculcado para toda la vida un deseo de conocer, amar y servir a Dios. Cuántos “sacrificios espirituales agradables a Dios” se han ofrecido en los dos siglos transcurridos. En esta tierra de libertad religiosa, los católicos han encontrado no sólo la libertad para practicar su fe, sino también para participar plenamente en la vida civil, llevando consigo sus convicciones morales a la esfera pública, cooperando con sus vecinos a forjar una vibrante sociedad demo-

crática. La celebración actual es algo más que una ocasión de gratitud por las gracias recibidas: es una invitación para proseguir con la firme determinación de usar sabiamente la bendición de la libertad, con el fin de edificar un futuro de esperanza para las generaciones futuras.

“Ustedes son una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que les llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa” (1 P 2,9). Estas palabras del Apóstol Pedro no sólo nos recuerdan la dignidad que por gracia de Dios tenemos, sino que también entrañan un desafío y una fidelidad cada vez más grande a la herencia gloriosa recibida en Cristo (cf. *Ef* 1,18). Nos retan a examinar nuestras conciencias, a purificar nuestros corazones, a renovar nuestro compromiso bautismal de rechazar a Satanás y todas sus promesas vacías. Nos retan a ser un pueblo de la alegría, heraldos de la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5) nacida de la fe en la Palabra de Dios y de la confianza en sus promesas.

En esta tierra, ustedes y muchos de sus vecinos rezan todos los días al Padre con las palabras del Señor: “Venga tu Reino”. Esta plegaria debe forjar la mente y el corazón de todo cristiano de esta Nación. Debe dar fruto en el modo en que ustedes viven su esperanza y en la manera en que construyen su familia y su comunidad. Debe crear nuevos “lu-

gares de esperanza” (cf. *Spe salvi*, 32ss) en los que el Reino de Dios se haga presente con todo su poder salvador.

Además, rezar con fervor por la venida del Reino significa estar constantemente atentos a los signos de su presencia, trabajando para que crezca en cada sector de la sociedad. Esto quiere decir afrontar los desafíos del presente y del futuro confiados en la victoria de Cristo y comprometiéndose en extender su Reino. Comporta no perder la confianza ante resistencias, adversidades o escándalos. Significa superar toda separación entre fe y vida, oponiéndose a los falsos evangelios de libertad y felicidad. Quiere decir, además, rechazar la falsa dicotomía entre la fe y la vida política, pues, como ha afirmado el Concilio Vaticano II, “ninguna actividad humana, ni siquiera en los asuntos temporales, puede sustraerse a la soberanía de Dios” (*Lumen gentium*, 36). Esto quiere decir esforzarse para enriquecer la sociedad y la cultura americanas con la belleza y la verdad del Evangelio, sin perder jamás de vista esa gran esperanza que da sentido y valor a todas las otras esperanzas que inspiran nuestra vida.

Queridos amigos, éste es el reto que os presenta hoy el Sucesor de Pedro. Como “raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada”, sigan con fidelidad las huellas de quienes les han precedido. Apresuren la venida del Reino en esta tierra. Las generaciones pasadas les han legado una herencia extraor-

dinaria. También en nuestros días la comunidad católica de esta Nación ha destacado en su testimonio profético en defensa de la vida, en la educación de los jóvenes, en la atención a los pobres, enfermos o extranjeros que viven entre ustedes. También hoy el futuro de la Iglesia en América debe comenzar a elevarse partiendo de estas bases sólidas.

Ayer, no lejos de aquí, me ha conmovido la alegría, la esperanza y el amor generoso a Cristo que he visto en el rostro de tantos jóvenes congregados en Dunwoodie. Ellos son el futuro de la Iglesia y merecen nuestras oraciones y todo el apoyo que podamos darles. Por eso, deseo concluir añadiendo una palabra de aliento para ellos. Queridos jóvenes amigos: igual que los siete hombres “llenos de espíritu de sabiduría” a los que los Apóstoles confiaron el cuidado de la joven Iglesia, álcense también ustedes y asuman la responsabilidad que la fe en Cristo les presenta. Que encuentren la audacia de proclamar a Cristo, “el mismo ayer, hoy y siempre”, y las verdades inmutables que se fundamentan en Él (cf. *Gaudium et spes*, 10; *Hb* 13,8): son verdades que nos hacen libres. Se trata de las únicas verdades que pueden garantizar el respeto de la dignidad y de los derechos de todo hombre, mujer y niño en nuestro mundo, incluidos los más indefensos de todos los seres humanos, como los niños que están aún en el seno materno. En un mundo en el que, como, Juan Pablo II, nos re-

cordó hablando en este mismo lugar, Lázaro continúa llamando a nuestra puerta (*Homilía en el Yankee Stadium*, 2 de octubre de 1979, n. 7), actúen de modo que su fe y su amor den fruto ayudando a los pobres, a los necesitados y a los sin voz. Muchachos y muchachas de América, les reitero: abran los corazones a la llamada de Dios para seguirlo en el sacerdocio y en la vida religiosa. ¿Puede haber un signo de amor más grande que seguir las huellas de Cristo, que no dudó en dar la vida por sus amigos (cf. *Jn 15,13*)?

En el Evangelio de hoy, el Señor promete a los discípulos que realizarán obras todavía más grandes que las suyas (cf. *Jn 14,12*). Queridos amigos, sólo Dios en su providencia sabe lo que su gracia debe realizar todavía en sus vidas y en la vida de la Iglesia de los Estados Unidos. Mientras tanto, la promesa de Cristo nos colma de esperanza firme. Unamos, pues, nuestras plegarias a la suya, como piedras vivas del templo espiritual que es su Iglesia una, santa, católica y apostólica. Dirijamos nuestra mirada hacia él, pues también ahora nos está preparando un sitio en la casa de su Padre. Y, fortalecidos por el Espíritu Santo, trabajemos con renovado ardor por la extensión de su Reino.

“Dichosos los creyentes” (cf. *1 P 2,7*). Dirijámonos a Jesús. Sólo Él es el camino que conduce a la felicidad eterna, la verdad que satisface los deseos más profundos de todo corazón, y la vida trae siempre nuevo gozo y es-

peranza, para nosotros y para todo el mundo. Amén.

Palabras del Santo Padre a los fieles de lengua española

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Les saludo con afecto y me alegro de celebrar esta Santa Misa para dar gracias a Dios por el bicentenario del momento en que empezó a desarrollarse la Iglesia Católica en esta Nación. Al mirar el camino de fe recorrido en estos años, no exento también de dificultades, alabamos al Señor por los frutos que la Palabra de Dios ha dado en estas tierras y le manifestamos nuestro deseo de que Cristo, Camino, Verdad y Vida, sea cada vez más conocido y amado.

Aquí, en este País de libertad, quiero proclamar con fuerza que la Palabra de Cristo no elimina nuestras aspiraciones a una vida plena y libre, sino que nos descubre nuestra verdadera dignidad de hijos de Dios y nos alienta a luchar contra todo aquello que nos esclaviza, empezando por nuestro propio egoísmo y caprichos. Al mismo tiempo, nos anima a manifestar nuestra fe a través de nuestra vida de caridad y a hacer que nuestras comunidades eclesiales sean cada día más acogedoras y fraternas.

Sobre todo a los jóvenes les confío asumir el gran reto que entraña creer en Cristo y lograr que esa fe se manifieste en una cercanía efectiva hacia los

pobres. También en una respuesta generosa a las llamadas que Él sigue formulando para dejarlo todo y emprender una vida de total consagración a Dios y a la Iglesia, en la vida sacerdotal o religiosa.

Queridos hermanos y hermanas, les invito a mirar el futuro con esperanza, permitiendo que Jesús entre en sus vidas. Solamente Él es el camino que conduce a la felicidad que no acaba, la verdad que satisface las más nobles expectativas humanas y la vida colmada de gozo para bien de la Iglesia y el mundo. Que Dios les bendiga.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la Ceremonia de despedida*

Aeropuerto internacional John Fitzgerald Kennedy, Nueva York. Domingo, 20 de abril de 2008

Señor Vicepresidente, Ilustres Autoridades, Queridos Hermanos en el Episcopado, Queridos Hermanos y Hermanas:

Ha llegado el momento de despedirme de vuestro País. Los días que he pasado en los Estados Unidos han estado bendecidos por muchas e inolvidables experiencias del sentido de hospitalidad de los americanos. Deseos expresarles a todos ustedes mi profunda gratitud por su amable acogida. Me ha alegrado ser testigo de la fe y de la devoción de la comunidad católica en esta Nación. Ha

sido alentador encontrar a los líderes y a los representantes de otras comunidades cristianas y de otras religiones, motivo por el cual les aseguro mi consideración y estima. Agradezco al Señor Presidente Bush el que viniera a saludarme al comienzo de mi visita, y doy las gracias al Señor Vicepresidente Cheney por su presencia aquí en el momento de mi salida. Las autoridades civiles, los encargados y voluntarios en Washington y en Nueva York han sacrificado generosamente su tiempo y energías para asegurar el sereno desarrollo de mi visita en cada una de sus etapas, y por esta razón expreso mi profundo agradecimiento al Señor Alcalde de Washington, Adrian Fenty, y al Señor Alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg.

Reitero mis felicitaciones y mi plegaria a los representantes de las Sedes de Baltimore, la primera Archidiócesis, y a las de Nueva York, Boston, Filadelfia y Louisville, en este año jubilar. Que el Señor continúe colmándoles de bendiciones en los años venideros. Renuevo mi reconocimiento por su arduo compromiso y su dedicación a todos mis Hermanos en el Episcopado, a Mons. DiMarzio, Obispo de Brookling, a los oficiales y al personal de la Conferencia Episcopal, que han contribuido de diversos modos a la preparación de esta visita. Con gran afecto saludo una vez más a los sacerdotes y religiosos, a los diáconos, a los seminaristas y a los jóvenes, y a todos los fieles de los Estados Unidos, y los aliento a perseverar dando un gozoso testimonio de Cristo,

nuestra esperanza, nuestro Señor y Salvador resucitado, que renueva todas las cosas y nos da la vida en abundancia.

Uno de los momentos más significativos de mi visita ha sido la oportunidad de dirigir la palabra a la Asamblea de las Naciones Unidas. Agradezco al Secretario General, Ban Ki-moon, su atenta invitación y su acogida. Revisando los sesenta años transcurridos desde la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, agradezco todo lo que la Organización ha logrado realizar para defender y promover los derechos fundamentales de todo hombre, mujer y niño en cualquier parte del mundo, y aliento a todos los hombres de buena voluntad a continuar esforzándose sin desfallecer en la promoción de la co-

existencia justa y pacífica entre los pueblos y las naciones.

La visita que esta mañana he realizado a “Ground Zero” permanecerá profundamente grabada en mi memoria. Seguiré rezando por los que fallecieron y por los que sufren las consecuencias de la tragedia que tuvo lugar en 2001. Rezo por todos los Estados Unidos, realmente por todo el mundo, para que el futuro traiga una mayor fraternidad y solidaridad, un creciente respecto recíproco y una renovada fe y confianza en Dios, nuestro Padre que está en el cielo.

Con estas palabras de despedida, les dejo, rogándoles que se acuerden de mí en sus plegarias, a la vez que les aseguro mi afecto y mi amistad en el Señor. Dios bendiga a América.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAABRIL

- Día 5: Reunión con los profesores de Religión y homenaje a los que se jubilan en los Milagros.
- Día 8: Reunión del Consejo Episcopal.
Conferencia pronunciada por el Rvdo. D. José Ramón Hernández Figueiredo, y el Hno. Eligio Rivas Quintas, CM. que tuvo lugar en el Centro Cultural de la Diputación *en el CL aniversario de la llegada de las Hermanas.*
- Día 9: Conferencia pronunciada por el Sr. Arzobispo de Pamplona – Tudela Mons. Francisco Pérez González sobre la Encíclica del Papa “Spe Salvi” en el Centro Cultural de la Diputación.
Celebración de Pascua de la HOAC en la casa rectoral de Santiago de las Caldas.
- Día 11: Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.
- Día 12: Jornada de puertas abiertas en el Seminario Menor.
Misa de Acción de gracias en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours con motivo del 150º aniversario de la llegada de las Hijas de la Caridad a Ourense.
- Día 17: Pincho solidario de Manos Unidas.
Presentación de la publicación “Moral y Política den Quevedo” obra del sacerdote ourensano recientemente fallecido M. I. Sr. D. Celso Pérez Carnero en el Centro Sociocultural de la Fundación Caixa Galicia.
- Día 18: Curso de Doctrina Social de la Iglesia en el Seminario Mayor.
- Día 19: XXXIX Festival Juvenil de la Canción Misionera en el Auditorio.
- Día 20: XXX Festival Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio.
- Día 23: Reunión de Arciprestes en el Seminario Mayor.
- Día 25: Inicio de la novena al Santo Cristo de Ourense, en la recién restaurada Capilla del Santo Cristo de la Catedral de Ourense.
Celebración en la parroquia de Santiago de Allariz del curso: “Parroquia e saúde”.
- Día 26: Festival mariano en la parroquia de la Santísima Trinidad.
Asamblea Diocesana de Catequista en la parroquia de María Auxiliadora de los PP. Salesianos en la ciudad de Ourense.
Retiro de Pascua de la CONFER de Ourense en el Seminario Mayor.
- Días 26-27: Encuentro de los Scouts de toda Galicia en Ourense.



Beati misericordes